

Y todo por una bolita

Mi historia frente al cáncer de mama

Oriana Zaret Gaytán Gómez



UNIVERSIDAD DE COLIMA

Y todo por una bolita

Mi historia frente al cáncer de mama

MARDEFUEGO

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector

Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General

Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social

Mtra. Ana Karina Robles Gómez, Directora General de Publicaciones

Y todo por una bolita

Mi historia frente al cáncer de mama

Oriana Zaret Gaytán Gómez



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© UNIVERSIDAD DE COLIMA, 2023
Avenida Universidad 333
C.P. 28040, Colima, Colima, México
Dirección General de Publicaciones
Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, extensión: 35004
Correo electrónico: publicaciones@uclm.mx
<http://www.uclm.mx>

Derechos reservados conforme a la ley
Publicado en México / *Published in Mexico*

ISBN eBook: 978-607-8814-83-1
DOI: 10.53897/LI.2023.0022.UCOL
5E.1.1/32200/034/2023 Edición de publicación no periódica



Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución – NoComercial – CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Usted es libre de: **Compartir**: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. **Adaptar**: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: **Atribución**: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. **NoComercial**: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. **CompartirIgual**: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution – NonCommercial – ShareAlike 4.0 International License.

You are free to: **Share**: copy and redistribute the material in any medium or format. **Adapt**: remix, transform, and build upon the material under the following terms: **Attribution**: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. **NonCommercial**: You may not use the material for commercial purposes. **ShareAlike**: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005
Dictaminación y edición registradas en el Sistema Editorial Electrónico PRED
Registro: OT-003-23
Recibido: Agosto de 2023
Publicado: Octubre de 2023

Dedicado a mi compañero de vida, mi esposo
Raúl Alberto Rodríguez Alvarado,
quien con su amor y paciencia me abrazó y dio fortaleza
“en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad...
hasta que la muerte nos separe”
Te amo

Índice

Agradecimientos.....	7
Prólogo.....	11
Introducción.....	16
Así comenzó todo.....	18
La operación.....	38
Las quimioterapias.....	62
El descanso.....	123
Las radioterapias.....	150
La recuperación.....	183

Agradecimientos

Son muchas las personas a las que quiero agradecer su participación y apoyo para la realización de este libro, comenzaré agradeciendo a Dios por haberme dejado llegar a este día, por darme la oportunidad de luchar por mis sueños y continuar en este mundo abrazando a mi familia, por permitirme contar mi historia, por darme fortaleza cuando sentí que ya no podía más, por tomarme de la mano y por tantas muestras de apoyo y cariño de todas las personas que estuvieron pendientes de mí cuando pasé los momentos más difíciles.

A mi Alma Mater, la Universidad de Colima, y con ello a quien dirige los destinos de la institución, doctor Christian Jorge Torres Ortiz-Zermeño quien, con la calidez humana que le caracteriza, ha estado pendiente de su servidora desde el primer diagnóstico hasta hoy. Le agradezco

su apoyo otorgado a través de la Dirección General de Publicaciones para esta edición, que da cuenta de mi historia y lucha que enfrenté contra una enfermedad tan desafiante como el cáncer.

Igualmente agradezco a la licenciada Blanca Liliana Díaz Vázquez, quien, como presidenta del Voluntariado de la Universidad de Colima, me dio la oportunidad de participar en dos programas que apoyan la lucha contra el cáncer: el de donación de cabello para pelucas oncológicas y, durante el mes de octubre de 2022, la posibilidad de contar mi historia para apoyar la prevención y detección oportuna del cáncer de mama.

En un plano más íntimo, quiero agradecer a mi esposo Raúl, quien en todo momento estuvo a mi lado, a pesar del miedo y la incertidumbre que nos trajo tan inesperada noticia. Mi amor, mi compañero de vida, siempre se mostró optimista y decidido a luchar hombro a hombro contra esta enfermedad, apoyando todas mis decisiones desde que supimos que estábamos enfermos, y lo digo así, en plural, porque, como bien lo comentó él en una entrevista, cuando alguien se enferma, se enferma toda la familia. Con esa filosofía enfrentamos este reto juntos, en compañía de nuestras hijas Julieta y María Emilia, mis pequeñas; no sé qué habrá pasado por sus cabecitas durante este tiempo de incertidumbre ni qué temores enfrentaron, pero siempre se mostraron fuertes y valientes, apoyándome con una sonrisa, un dibujo, una cartita, un desayuno en la cama o un abrazo para llenarme el tanquecito de amor. Gracias mis niñas hermosas.

A mis padres Juan y Armida, los titones, por estar siempre apoyándome desde su trinchera. No es fácil enfrentar lo que el cáncer puede hacerle a un ser querido, a una hija particularmente, estoy segura que —al igual que

sus nietas— sufrieron en silencio, pero también estoy cierta que encontraron varias respuestas al “para qué” de esta situación, pues salimos más fortalecidos como familia.

A mis hermanas Zaira y Millaray, quienes me hicieron sentir amada con sus esfuerzos por estar cerca, sus palabras de aliento, llamadas, mensajes, visitas y cuidados de Julieta y María Emilia. Muchas gracias de todo corazón.

A todas mis amistades, a mi familia de Colima y de Morelia, y a quienes se acercaron aun sin conocerme, gracias. No quiero cometer el error de dejar de mencionar a cada uno y una de ustedes, sepan que sus acciones cuentan la historia de este libro. Mi forma de reconocerles es relatando todo lo que hicieron por mí.

Al personal de salud: doctores, enfermeros y enfermeras, personal administrativo, asistentes, radiólogos y físicos, tanto del sector público como privado, quienes me atendieron en las tres etapas que viví luchando contra esta enfermedad: operación, quimioterapias y radioterapias. Gracias por sus sabios y amables cuidados; esta enfermedad me hizo valorar el trabajo que realizan.

Al Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) y al Instituto Estatal de Cancerología, perteneciente a la Secretaría de Salud de Colima, por todo lo que hicieron por mí y por la información que me proporcionaron cuando me acerqué a entrevistar a parte del personal que me atendió en ambas instituciones, permitiéndome conocer un poco más de sus historias, sus sentimientos y preocupaciones, así como de la preparación y capacitación que deben de adquirir para proporcionarnos un mejor cuidado; ello me permitió enriquecer lo aquí narrado, y dejar abierta la posibilidad de escribir una segunda parte para dar más luz a quienes viven un proceso como el mío.

Mi agradecimiento especialmente a los doctores Fernando Moreno Ceballos, cirujano oncólogo; Juan Carlos Cásarez Price, oncólogo clínico; Alejandro Barocio Acosta, radio oncólogo; y Carlos Alberto Juárez Gámez, radiólogo con subespecialidad en imagen de mama. A las enfermeras y enfermeros del área de quimioterapia del IMSS: Raúl Antonio Álvarez López, Elizabeth Andrés Castro y Cynthia Fabiola Margarita Mejía Cuevas. Así como al personal del Instituto Estatal de Cancerología: licenciado Román Almeida Trinidad, físico médico; licenciadas Yessica Marlen Torres Rodríguez y María Fernanda Orozco Rodríguez, técnicas radioterapeutas, y a la maestra Karla María Hernández López, de atención a pacientes subrogados.

Al doctor Iván Delgado Enciso, a quién le guardo una estima especial, principalmente por haberme orientado durante el proceso y hacerme el honor de prologar este libro.

Por último, quiero agradecer a un gran amigo y colaborador, quien me apoyó de manera decidida en este proyecto, a Víctor Uribe Clarín. Gracias Víctor por tu ayuda para concluir este libro.

He aquí el resultado.

Prólogo

“Soy como soy”, es una frase común, pero ¿por qué soy como soy? Esta pregunta tiene muchas respuestas. Nuestra manera de vivir, nuestra imagen ante nosotros mismos y ante los demás, la manera de convivir con nuestro entorno y con otras personas, todo es resultado de nuestras vivencias y de cómo éstas son procesadas por nuestra mente. Lo que hemos vivido, bueno o malo, nos moldea; tal como un martillo puede cambiar la forma de un metal, la vida nos va cambiando poco a poco, y algunas veces, de un gran golpe nos cambia el rumbo. Los tropiezos y sonrisas nos dan forma. Lo interesante de nuestra personalidad es que es moldeable y cambiante en todas las etapas de la vida.

Nuestra comprensión del universo es un proceso continuo, un avance que a veces nos incomoda y en ocasiones, es ajeno a lo que teníamos planeado. La convivencia con nuestra familia, con nuestros amigos y la gente con la que nos

topamos, así como lo privilegiado o carente que sea nuestro medio, sin duda todo influye. Otras situaciones generadas dentro de nuestro cuerpo, muchas veces sin aviso ni causa apercibida, también se hacen presentes para influir en nuestras vidas. Cuando hemos forjado una vida para vivirla, un evento externo desafortunado o uno creado en nuestras entrañas, puede llegar para cambiarlo todo.

Oriana Zaret, “Ori” para los amigos, es una mujer que estudió y se preparó para practicar y enseñar temas de economía y otros aspectos de nuestra sociedad. Forjó una vida profesional y personal con dedicación y pasión, caminando con paso firme, segura de sí misma, zigsagueando entre su familia, amigos y altos cargos directivos. Con una vida planeada para su presente y futuro, una *bolita* apareció en su pecho para moverle su universo. No importa el grado académico, nivel económico, lo estudiado o feliz que sea una persona, nadie está preparado para recibir la noticia: “Tienes cáncer”.

Todos quisiéramos tener la suerte de sacarnos la lotería, aunque no compremos boletos, pero nadie quiere tener la *mala suerte* de sacarse en la vida *un cáncer*, para lo cual no necesitamos comprar boletos. Si bien es cierto que hay factores que aumentan el riesgo de tenerlo, lo cual equivale a comprar muchos boletos para la *rifa*, el simple hecho de estar vivos nos da cierta probabilidad de tenerlo, y ésta va aumentando con la edad. Así que, entre más factores de riesgo cargamos a la cuenta de nuestra vida (fumar, obesidad, mala alimentación, contaminación, etcétera), más boletos para la *rifa del cáncer* tendremos. Entre más edad, más boletos; pero ¿alguien con pocos riesgos o *boletos* se puede sacar la rifa del cáncer?, ¡claro que sí! Todos estamos inmersos en la ruleta de la vida, con más o menos probabilidades. Mi consejo: compra los menos boletos —teniendo

hábitos saludables— y, con los boletos que la vida te va dando conforme vas cumpliendo años, hay que estar atentos y hacer lo necesario para lograr un diagnóstico a tiempo, en caso de que suene la campana de la rifa del cáncer.

Ori, la protagonista de esta historia, nos muestra la visión de una persona que estuvo atenta a las señales que nacían de su cuerpo y aunque tenía temor y dudas, como todos las tenemos, decidió chequearse una *bolita* que dio inicio a una travesía de miedos, dudas, preocupaciones e incertidumbres. Pero también, fue el comienzo de un crecimiento espiritual que poco a poco sustituyó al miedo, con la decisión de vivir una vida más saludable, acompañada de amor recíproco en su familia y seres cercanos.

Gracias a su formación en el ámbito académico, ella fue capaz de plasmar, día a día, las sensaciones y contextos del camino que recorre una paciente con cáncer, desde la sospecha de que algo anda mal, hasta recibir y terminar el tratamiento adecuado.

El camino que transita un paciente con cáncer es áspero, seco y lleno de sinsabores, por eso lo ideal es sentirse en compañía. Recibir la noticia, resolver inquietudes para un tratamiento, tener un hombro donde apoyarse cuando el ánimo decae son fundamentales para no caer y seguir adelante.

La historia de Ori, nos muestra lo importante que son los amigos, la familia y los consejos, así como los bien acertados procedimientos de los médicos y del personal de salud. La autora nos comparte sus emociones en cada proceso de este duro camino, cómo afrontó cada evento, los dolores del cuerpo y del alma, pero también cómo se sobrepuso y le plantó una sonrisa a la situación para seguir adelante.

Esta historia sirve para conocer efectos comunes de los tratamientos para el cáncer, donde quien lee acompaña

a Ori en esta travesía; pero ella, con este libro, también puede acompañar a otros pacientes que estén pasando por algo similar. Siempre habrá un paciente que ya pasó por esto, que pueda consolar y orientar al nuevo paciente.

Este libro es una manera de dar ánimo y decir que, aunque el camino es difícil, se puede caminar y salir adelante. Es una manera de decirle a los familiares y amigos de pacientes con cáncer que su acompañamiento y ánimo son importantísimos y cruciales. Es un agradecimiento al personal médico, de enfermería, trabajo social, sicología, nutrición, administrativo y de apoyo; su actuar reconforta en los momentos más difíciles y ayuda a salvar vidas.

Ori tuvo el apoyo familiar, de amigos, del personal de salud; además de la posibilidad económica para, en ocasiones, pagar algún servicio médico privado. Lamentablemente, muchos pacientes con cáncer no cuentan con todo este apoyo, teniendo un camino que puede ser aún más tortuoso, cansado y solitario. No todos tenemos el mismo entorno. Por ello, la labor de las instituciones de salud pública es tan importantes, para atender con calidad y calidez a todos sus pacientes. Me consta que lo hacen, pues trabajo en el Instituto Estatal de Cancerología de la Secretaría de Salud de Colima; también veo el gran trabajo que se hace en el IMSS, ISSSTE y en instituciones privadas.

Por las y los pacientes que caminan casi en solitario es que son muy importantes los grupos civiles que brindan apoyos o compañía en esos momentos tan difíciles.

También es relevante seguir descubriendo las causas y nuevos tratamientos contra el cáncer a través de investigaciones científicas, impulsadas en nuestro entorno, tanto por la Universidad de Colima, el Instituto Estatal de Cancerología de Colima y otras grandes instituciones de México y

el mundo. Un camino mejor se construye día a día con la labor de todas estas instancias.

Oriana, Ori, gracias por abrir tu corazón para mostrarnos tu travesía, con esto nos ayudas a entender más la palabra *cáncer* y nos invitas a cuidarnos y mostrarnos que siempre debemos estar atentos ante las *bolitas*.

Gracias por permitirnos acompañarte, por acompañar con tu libro a otros pacientes y familiares y gracias, muchas gracias, por dar esperanza a quienes la necesitan.

Dr. Iván Delgado Enciso

Introducción

Algunas veces miré hacia atrás, sobre todo de mi niñez y juventud, y pensaba: “Quisiera borrar este episodio”, “por qué me pasó a mí”, “si Dios lo permitiera, jamás viviría esto”. Recuerdo las frases, pero ya no recuerdo en qué momentos llegaban a mi mente; ahora, en esta etapa de mi vida, estoy segura de que no cambiaría nada si tuviera manera de elegirlo, optaría porque todo sucediera igual, incluso con el sufrimiento y las dificultades, porque todo ello me llevó a ser quien ahora soy, porque esas experiencias forjaron mi carácter y me hicieron crecer.

He logrado muchos de los sueños que me planteé desde niña, no están ustedes para saberlo, pero soy una planeadora nata; me inquietaba saber con quién me casaría, a mis cuarenta y uno ya lo sé; en dónde trabajaría, tengo la pregunta resuelta; si algún día construiría la casa de mis sueños, afortunadamente también lo he logrado; si recorre-

ría el mundo, he tenido la oportunidad de viajar y conocer otras culturas. Entonces no, no me interesa cambiar nada, decido vivir el presente y disfrutar lo logrado porque, a pesar de todo, la vida me ha sonreído, especialmente en la última década con logro tras logro en mis propósitos. Debo confesar que, incluso, llegué a pensar que esto no se podía mantener por muchos años, soy economista y conozco de ciclos, sé que todo lo que sube tiene que bajar y, efectivamente, la cuesta abajo no se demoraría en llegar.

Mi nombre es Oriana Zaret Gaytán Gómez, estoy felizmente casada —aunque para muchas personas sea difícil de creer esta condición en el matrimonio—, tengo dos hijas: mi bella Julieta y mi hermosa pequeña María Emilia, trabajo en la Universidad de Colima y soy doctora en Ciencias Sociales. He sorteado muchos retos con éxitos y fracasos, y junto con mi esposo hemos construido un patrimonio para nuestra familia y, pese a nuestra imperfección, hay quienes nos ven como una familia perfecta, así que me parece que no lo hemos hecho tan mal.

Fui diagnosticada con cáncer de mama y, desde el momento de la noticia me sentí tentada a escribir este diario; quería llevar una bitácora de lo que me estaba sucediendo; registrar mis emociones de los momentos difíciles o de cuando estaba cansada o triste, pero sobre todo los felices, de cuando me sentía esperanzada, motivada y bendecida; y compartir cómo fue que descubrí la enfermedad.

En este texto están mis vivencias, está todo lo importante por lo que pasé, espero pueda servirte de utilidad a ti que estás luchando contra algún cáncer o cualquier otra enfermedad de riesgo; a ti que cuidas a la persona que amas con la esperanza de que se recupere pronto; a ti que quieres conocer cómo una persona enfrentó un gran reto en su vida: recuperar la salud. Esta es mi historia.

Así comenzó todo

miércoles 8 de junio de 2022

Decidí ir al ginecólogo para hacerme una prueba de Papanicolaou, dicen que en la primera semana después del periodo menstrual se obtienen resultados más exactos, así que era tiempo de ir al doctor. Además, tengo una bolita en el pecho que me ha molestado en los últimos meses, cada vez la siento más viva y más dentro de mí, antes apenas la notaba, ahora me resulta molesta, no es que me duela, pero no me gusta que esté ahí y no es normal que esté ahí. Los exámenes del año pasado dijeron que no era nada importante, pero tengo un presentimiento y no quiero seguir con él.

Llegué al consultorio, mi doctor es también mi tío; tomó la muestra para el Papanicolaou mientras hablábamos de la familia: Luego le pedí que revisara la bolita que me tiene preocupada. Al momento de examinar mis pechos,

comenzó por el derecho, todo bien; pero cuando palpó el izquierdo, en su expresión observé que no le gustó lo que descubrió, lo noté porque lo conozco, es mi tío, no se inmuta con nada. Tomó su aparato de ultrasonido y revisó cuidadosamente, había en su mirada un reflejo de preocupación. Le recordé que esa bolita ya la había examinado el año pasado y que no resultó nada serio; entonces le pidió a su asistente traer los viejos exámenes para analizar mi expediente clínico.

—Vístete y ahorita platicamos —me dijo mientras salía.

Ya en su escritorio, revisó los exámenes y pudo constatar que en aquel entonces todo estaba bien, sólo que no eran del año pasado, sino del antepasado, de noviembre de 2020. Yo estaba segura de que sólo había transcurrido un año, pero no, ya era año y medio. ¿Cómo pasó tan rápido el tiempo?

El año pasado había sufrido un embarazo ectópico —que es cuando el óvulo se implanta fuera del útero—, situación que, de no haber sido descubierta a tiempo, hubiera sido peligrosa pues no tienen buenos términos, por lo que se tuvo que detener para no poner en peligro mi vida. Cuando la prueba de embarazo resultó positiva dije sí a la vida, ya tenía un bebé en mi panza, aunque habíamos decidido que si me embarazaba una vez más sería a los cuarenta años, después de esa edad no habría marcha atrás y me haría la salpingoclasia. En aquel momento me ilusioné, tal vez era el bebé varón que nos faltaba.

Mi esposo Raúl y yo estábamos emocionados, hasta que el doctor, mi tío Horacio, nos explicó:

—No hay bebé, es sólo un remanente de células amorfas.

Se me fue la sangre hasta los pies, había ganado un bebé y lo había perdido en menos de una hora, mi esposo se sentía igual, fue una noticia muy dura.

Decidí ligarme, tenía cuarenta años, estaba sufriendo un embarazo ectópico; era una señal, *la fábrica* se tenía que cerrar. Finalmente, siempre había planeado una familia de cuatro, son las que pueden viajar con los paquetes todo incluido: dos adultos y dos menores gratis. En mi familia éramos cinco, desde pequeña me di cuenta que mis papás no podían tomar esas promociones porque siempre sobraba una de nosotras. Yo siendo tan planeadora, pensé que tendría una familia de cuatro, para aprovechar las ofertas de las agencias turísticas. No se rían, realmente así lo pensé siempre.

El triste episodio del embarazo lo había relacionado con el descubrimiento de la bolita, pero no, realmente el descubrimiento de ésta había sucedido meses antes. Eso no me gustó, la bolita tenía más tiempo en mi cuerpo del que yo había calculado.

Mi tío me mandó a hacer un ultrasonido con elastografía y puso una nota: “Si es necesario también hacer mamografía”. Me llevé la indicación a casa; no hice la cita inmediatamente, no fui a hacerme el estudio saliendo del consultorio; tengo cosas del trabajo que resolver, aparte de mis actividades cotidianas por la tarde, no puedo reorganizar mi agenda, así que, un día más o un día menos, ya he perdido meses, no creo que haya diferencia.

Lunes 13 de junio

Por la tarde acudí con el doctor Carlos Juárez Gámez, quien resultó un viejo compañero de cursos de verano en el IMSS; su papá es ahora mi amigo y creo que él me ubica por eso y no por los cursos, pero yo sí lo recuerdo de la infancia, a él y a sus hermanos.

Durante el ultrasonido el doctor estaba serio. Parece que ya no es una bolita, ha tomado otra forma y entiendo

que esto es señal de alarma. Decidí entonces hacerme también la mamografía para completar el estudio; en ésta no salió nada, no hay signo de alarma, ¿cómo es eso?, ¿no se supone que es un estudio más especializado?, recuerdo que las campañas de lucha contra el cáncer de mama insisten en hacerte una mamografía, sobre todo si tienes cuarenta años o más.

El doctor me comentó que la mamografía no arrojó nada porque no se observaban calcificaciones, lo que entiendo en automático indicaría cáncer; sin embargo, me dijo que no le gustaba la forma de la bolita, que ya no es bolita, y que tiene que analizar más a detalle el ultrasonido, para categorizarla en un rango del 1 al 5, donde cinco es el grado más alto de sospecha. Además, me sugirió que se me realice una biopsia para obtener un resultado más acertado. Me dijo que el proceso de la biopsia se puede llevar a cabo en el mismo consultorio y que horas más tarde me entregaría el resultado completo, con imágenes y diagnóstico; es decir, hoy por la noche.

Regresé a casa. Sigo aturdida, no entiendo bien todavía, tenía una bolita que en cuanto me descubrí la analicé y salió benigna; luego creció, la analicé nuevamente y me dijeron que todo estaba bien; ahora resulta que posiblemente es mala, pero su posible malignidad es descubierta por un ultrasonido y no por una mamografía. Y si me hubiera hecho nuevamente sólo una mamografía, ¿hubiera salido bien? ¿cómo es eso?

“Si es detectado a tiempo es curable”, esa frase me la sé de memoria, la escuché muchas veces cuando acudí a pláticas sobre prevención del cáncer de mama, cuando fui directora de la Facultad de Economía o como presidenta de la Federación de Egresados de la Universidad de Colima. Ojalá que mi situación, si es mala, esté diagnosticada a

tiempo; o tal vez ese tiempo ya lo he perdido con estudios que no eran los adecuados.

Le comenté a mi esposo lo sucedido, me dijo que no me preocupara, que de seguro todo estará bien. Mandé un mensaje de audio a toda mi familia explicándoles la situación, les dije que me siento tranquila, que hay que esperar los resultados; los que por cierto no estarán listos hoy, sino que me los entregarán hasta mañana por la tarde.

Martes 14 de junio

Recogí los exámenes y ahora me siento más preocupada, el resultado del diagnóstico dice “Categoría Birads 4-C”, ¿4-C? ¿Pues qué no era del uno al cinco?, ahora hasta tiene una letra y es una C. No me gusta, supongo que la A debe de ser mejor. Creo que la sospecha de malignidad es fuerte; como lo advirtió el doctor, el diagnóstico recomienda hacer una biopsia. Le escribo a mi tío Horacio, le comento todo lo sucedido y le pregunto qué debo hacer: “¿Me hago una biopsia o mejor me saco toda la bolita en el quirófano para analizarla?” Él me sugiere consultar con un oncólogo, que sea él quien me oriente en qué hacer.

“¿Un oncólogo? ¿Un doctor que trata el cáncer?” No es una buena noticia para mí, pero no quiero asustarme, tengo que estar tranquila, el especialista me dirá qué hacer. Además, sé que estoy en manos de Dios, hace tiempo que me reconcilié con él, exactamente diez años, no tengo nada que temer, me voy a encomendar a él, todo estará bien.

Vuelvo a ver el diagnóstico, a leerlo con detenimiento, pongo atención en la siguiente descripción “Lesión nodular espiculada [...] de morfología espiculada, estelar [...] zonas de alta dureza interna en toda la extensión de la lesión. El nodo mide 2.4 x 1.5 cm”. “¿Espiculada y estelar? ¿Parece una estrella? ¿Tiene picos alrededor y eso asemeja? Es

como un punto despeinado”, pienso. Ya decía yo que la bolita se sentía más grande y dura. Desafortunadamente decidí vivir con ella más tiempo al no encontrar razón de malignidad en los exámenes. ¿Qué fue lo que pasó?, no sé, pero ahora tendré que enfrentar esas incorrectas decisiones.

Miércoles 15 de junio

Acudí con el oncólogo Fernando Moreno, platiqué largo y tendido con él. Fui sola, no consideré necesario que alguien me acompañara, finalmente todavía no sabemos nada con exactitud. Lo que quería era tener la opinión de un especialista, él me sugirió que: “Hagamos una cirugía completa. Extraigamos por completo la bolita”, me explicó que una biopsia no es lo mejor debido al tamaño de la lesión, si fuera más grande se podría hacer biopsia, pero es muy pequeña y podría no ser suficiente lo que se extraiga para que la analice patología; así que propuso extraerla toda y examinarla. Me parece acertado, finalmente yo para qué quiero una bolita en mi pecho, que además ha estado creciendo. Aun si resultara benigna me seguiría dando lata, y continuaría con la preocupación de que se torne maligna. Me comentó el doctor que, aunque las posibilidades son pequeñas, puede suceder. Mejor que se vaya completa.

¿Cuánto costará extraerla? Entendía que ahora debería entrar a quirófano, esa intervención ya no sería en consultorio, así que pensé que sería cara. Finalmente, la cantidad no resultó tan onerosa para mis expectativas, estaba dentro de mi rango de posibilidades de pago, así que sin dudarle le dije:

—¿Cuándo me opera?

—El lunes por la tarde, la operación puede ser a las cinco, es ambulatoria, te pediría estar a las cuatro para que te preparen.

—Perfecto doctor, entonces lo veo el lunes.

“Alcanzaré a ir al trabajo y dejar todo listo —me dije—, como es una intervención ambulatoria quizás hasta podré ir a laborar al siguiente día; total, si me siento mal me tomo un día más”. Vamos por buen camino, estoy en buenas manos, todo saldrá bien.

Llegando a casa le conté a mi esposo lo sucedido y mi decisión, está de acuerdo y me apoya. Como la vez pasada, mandé un mensaje a la familia para enterarlos. Les dije que me siento bien, que seguiré con mi vida normal y, hasta no saber qué tengo, no pienso preocuparme, tal vez no sea nada, qué necesidad de alarmarse. Toda la familia está de acuerdo, así que el fin de semana lo pasaremos juntos y disfrutando mucho, ya el lunes enfrentaremos la operación.

Lunes 20 de junio

Hoy me quitaré esa bolita *molestona* que hace tiempo habita dentro de mí y que nunca me ha gustado. Muchas veces la acaricié y sentí porque me preocupaba, pero luego me despreocupaba, cuando salían los exámenes bien. Ahora estoy enfrentando un diagnóstico serio. Así es la vida, ahora estás, luego no estás. Hoy estás sano, mañana ya no. La vida puede cambiar de la noche a la mañana y hay que estar preparados para esos golpes. No he querido llorar ni sentirme triste. Estoy tranquila, ¿por qué me voy a preocupar si tal vez no sea nada?, pero ¿y si es algo?, pues ya me preocuparé en su momento. “No llores antes de que te peguen”, pienso. Claro que he soñado que todo está bien y claro que he tenido una que otra noche de insomnio, pero hasta ahí, no quiero que esto me afecte más.

“Hoy sales de mí y en unos días sabré qué onda contigo bolita, bueno, ya no eres bolita, por eso te están retirando de mi cuerpo, te volviste amorfa y esa fue la señal de alarma.

Bolita que ya no eres bolita, espero que no me des mucha lata, es lo que espero de ti”.

Sábado 25 de junio

Llegó el día, gracias a Dios ya extrajeron la bolita, tengo los resultados y hay que esperar su interpretación, claro que no me iba a aguantar para abrir el sobre. Fui por ellos en compañía de mis pequeñas, eran las nueve de la mañana y Julieta entraba a clase de inglés a las diez, teníamos tiempo. No quería abrir el sobre estando sola, así que nos fuimos a casa de mi mamá; ella nos ofreció pan de crema para desayunar y, mientras les servía el desayuno a las niñas abrí el sobre con calma y comencé a leer. Todo iba bien hasta que descubrí la palabra “maligno”, no me gustó, pero seguí leyendo para darme cuenta de que la malignidad está encapsulada, alrededor en los cortes no se observa. Al final del estudio decía “tumor”, tampoco me gustó, pero siento cierta tranquilidad al interpretar que el tumor está aislado. Finalmente, creo que el resultado no es tan malo, está encapsulado y ya me lo quitaron, así que me siento confiada de que todo saldrá bien.

Le envié los resultados al doctor, y después de un rato me contactó y me dijo que quería hablar conmigo, me citó a las cinco de la tarde. Previamente había organizado una comida con mis papás y la familia de mi hermana, así que comimos en familia esperando la hora de la consulta. Un poco antes de las cinco, tomé el sobre con los resultados y me fui a ver al doctor, acompañada de mi esposo y mi mamá.

—Tienes cáncer —me dijo.

Esperaba esa palabra, pero también esperaba la buena noticia de que estaba encapsulado.

—¿Me tendrá que operar otra vez? —pregunté esperando que me dijera que no era necesario, pero su respuesta fue afirmativa.

—Puedes conservar la mama, eres candidata por los resultados del estudio, sin embargo, tengo que hacer un estudio más que tardará diez días. Hay doctores, sobre todo los de mayor edad, que prefieren quitar la mama completa, pero tú puedes conservarla; ahora que, si me dices que prefieres quitarla toda, lo podemos hacer y te puedo operar en estos días, o esperamos el estudio y confirmamos si eres candidata para conservar tu mama.

¿Candidata para conservar la mama? En qué momento pasamos a decidir si me quitan o no un pecho, ¿qué está pasando? Si está encapsulado, ¿por qué me lo quieren quitar?, pero comprendo que es cáncer y el protocolo para atacar esa enfermedad es así, no importa que sea poco malo, el cáncer se trata así.

El doctor nos explicó que después de la cirugía vendrán las quimioterapias, y si deseo conservar la mama, también vendrán las radiaciones. Ahora tengo que elegir someterme a doble tratamiento si quiero conservar mi mama, hay un castigo extra por ser vanidosa, pienso. ¿Lo tomo o lo dejo? ¿Qué hago? No sé. ¿Me verá mal si digo que la quiero conservar? ¿Estaré siendo demasiado vanidosa? Sólo tengo cuarenta y un años, tengo la posibilidad de conservarla y, sí, la quiero conservar. Hablé y comencé a llorar, me escuchaba a mí misma eligiendo por la vanidad, el doble tratamiento con tal de no perder la mama.

—Tranquila, no tienes que elegir ahora, tienes hasta cuatro semanas para hacerlo, podemos esperar el otro estudio y con ello elegir. Si quieres conservarla, puedes hacerlo, la medicina, hoy en día lo permite, estamos a tiempo, tú tienes la decisión —me explicó el doctor.

Me calmé un poco y le dije que quería esperar esos diez días. Quiero estar segura. El doctor me da la confianza y yo la tomo, imagino cuántas veces ha hecho esto, cuántas veces una

paciente se ha derrumbado frente a él, cuántas veces han llorado en su consultorio; debe de ser muy fuerte también para él desvelar la noticia ante sus pacientes. Me veía con ojos de consuelo, pero lo sentía confiado, finalmente no me estaba dando una noticia fatídica, no me estaba diciendo que me iba a morir y que no había nada que hacer. Supongo que no siempre le toca dar “buenas noticias”, o al menos medianamente buenas como ésta. Mi mamá puso su mano sobre mi hombro y mi esposo tomaba fuertemente la mía. No estoy sola, tengo el apoyo de mi familia, saldré adelante, no soy la primera ni seré la última, tengo cáncer, pero no estoy sola, no lo estoy.

Finalmente, el oncólogo me explicó que, previo a la operación, ya sea conservadora o radical, hay que hacer otro procedimiento, la prueba del ganglio centinela, en la cual me inyectarán una sustancia que pinta los ganglios que presentan cáncer, de esta forma sólo se retiran los que están contaminados; antes se extirpaban todos los ganglios del brazo del paciente lo que muchas veces provocaba serias complicaciones. Hoy, gracias a los avances de la medicina, eso se puede evitar analizando el estado de los ganglios con la prueba y retirando sólo los necesarios. El doctor me dijo que este procedimiento lo debo contratar por fuera, y que cuando esté decidida en dónde me lo harán, se lo diga para organizarse con el personal del lugar, ya que el procedimiento comienza fuera del quirófano, pero termina dentro, por ello debe haber coordinación entre los dos equipos médicos.

En fin, cuánta cosa que no había pasado por mi mente, pero está bien seguir el procedimiento que me detalla el doctor, pues en caso de presentar cáncer únicamente en un ganglio, sólo retirarían dos ganglios más, para estar seguros de que el cáncer no migró a ningún otro sitio. Confío en lo que me dice, me pongo en sus manos. Entiendo su explicación y creo que es lo mejor. Todo saldrá bien. Todo saldrá bien.

Domingo 26 de junio

¿Cómo les digo a mis amigas que tengo cáncer? Quiero hacerlo personalmente. Ellas han estado pendientes de mí, la mayoría sabe que me retiraron la bolita y que esperaba los resultados el sábado pasado, ¿ahora qué les diré?

Hablo con mi hermana Zaira, que vive en Puebla, ella estudió un semestre de medicina, ¿o un año?, ya no recuerdo. Seguramente tendrá alguna frase o término médico que me pueda compartir para no decirles nada por teléfono. Siempre he sido una mujer de fiesta y relaciones humanas, tengo que encontrarlas para darles la noticia, sé que me sentiré arropada y apoyada por ellas. Planearé bien las cosas, me reuniré para cenar con un grupo el jueves y otro el viernes.

—Diles que los resultados del estudio no fueron concluyentes, que ahora se mandaron a un laboratorio en Guadalajara y que esperas los resultados para el próximo sábado.

—Muy bien, perfecto, gracias hermana, eso les diré.

Jueves 30 de junio

Hoy me tocó darle la noticia a un grupo de amigas, desde el martes las cité en casa de Mara a las ocho de la noche. Previamente nos pusimos de acuerdo sobre lo que cenaríamos, quedamos de hacer baguettes de carnes frías, cada una llevaría algún embutido y la bebida de su preferencia, cerveza o vino tinto; Mara pondría el queso y los panes.

Llegaron puntuales y guapas, como siempre, al principio todo fue diversión, platicamos de lo que había pasado en la semana, de las nuevas en la política y de nuestros análisis sobre el futuro económico y la incertidumbre internacional derivada de la pandemia y ahora de la guerra en Ucrania. Estaban ahí, por un lado, mis entrañables amigas de los veinte: Yare, Blanca, Claudia y mi hermana Milly;

Ciria no pudo acompañarnos por estar de movilidad académica. Por el otro, estaban Mara y Jaz; Paty se había sentido muy cansada después de su trabajo, se disculpó y no asistió a la reunión, ella no sabía que sería una reunión especial; estaba recién nombrada directora del Archivo municipal y había tenido mucho trabajo en su nueva encomienda.

Una vez que cenamos tomé la palabra, no había comenzado a decir nada cuando vi que el rostro de Yare se ponía triste, esperaba una mala noticia.

—Es sobre el resultado del examen patológico que me hicieron —dije.

Claudia comenzó a derramar algunas lágrimas; Mara y Jaz no entendían nada, ellas no sabían por lo que yo estaba pasando, apenas les pensaba comentar ese día.

Les revelé que me habían encontrado cáncer y que, si antes les había dicho que los exámenes no habían sido concluyentes, era porque quería decírselos en persona. Una vez que les confirmé la noticia, las lágrimas corrieron por sus rostros. Mi hermana Milly estaba a mi lado, y mi hermana Zaira me había pedido estar presente por teléfono, así que, previo a mi discurso, la había contactado por *FaceTime* y seguía la transmisión del acontecimiento.

Todas estaban consternadas, desde un principio presentían que esta reunión sería distinta, y cuando les confirmé que así era, desnudaron el miedo en sus rostros, querían hacerse las fuertes pero sus gestos las delataban. Claudia tomó una botella de vino tinto que acabábamos de abrir y se sirvió una copa, la bebió como si fuera agua e inmediatamente se sirvió otra; parecía que quería tener una reserva por si alguna otra noticia devastadora surgiera. Les expliqué que, no obstante estar el tumor encapsulado, tendrían que volverme a operar; que habría que decidir si conservaba mi pecho o no, y que, si decidía conservarlo, tendría quimio y

radioterapias. Cada noticia provocaba que Claudia se sirviera otra copa, terminándose la botella sin darse cuenta.

Pobre de mi “Bobi Brown”, Claudia querida, fue demasiado para ella, no lo podía procesar. Realmente no decía nada, sólo me escuchaba y con cada noticia, le daba un trago a su copa y derramaba más lágrimas. Yare tomó la palabra y como pudo, pues también las lágrimas le brotaban a borbotones, me ofreció su apoyo, me dijo que, como siempre, saldría adelante y que ella estaría ahí para mí. Mara no sabía que decir, pues ahora estaba descubriendo todo.

—Esta es tu casa Ori, y cuando quieras venir a tomar un café, a desayunar, a leer; cuando te sientas mal, sabes que mi casa es tu casa.

Todas, en su momento, tomaron la palabra para darme aliento y expresarme el apoyo incondicional que tanto necesitaba para enfrentar este proceso. Hubo muchas lágrimas, pero también mucho amor y apapachos; así como el amor de mis hermanas, una de manera presencial y la otra a distancia, para hacerme fuerte. Pude sentir el apoyo de todas. No estoy sola.

Fue una noche de emociones, donde les conté todo lo que viví durante esa semana de silencio, en la que un diagnóstico médico vino a sacudirme la vida y a cambiar mis proyectos; pero también les aclaré que todo esto no me haría sucumbir ni terminaría conmigo, al contrario, sería un reto, un reto que quería vivir acompañada por ellas. Por eso, había hecho esa reunión tan especial.

Viernes 1 de julio

Fue turno de darles la noticia al grupo de amigas de la Facultad de Economía: Cecy, Norma, Yunuen, Carolina, Prado y Deire, aunque esta última no pudo estar en la cena.

La reunión la propuse en casa de Cecy, quería un espacio tranquilo para nosotras —sin interrupciones de los niños y niñas— para convivir y pasar un rato agradable, para expresarnos sin ningún pendiente. La velada comenzó alrededor de las nueve y media de la noche, estábamos todas las que confirmamos y dejé que pidieran la cena para no recibir la noticia con la pancita vacía.

Terminando de cenar, pensé que era el momento indicado, si bien era viernes y podíamos desvelarnos, tampoco quería que la reunión se alargara por mi culpa. Tome la palabra para decirles que, para mí, era muy importante la reunión y el estar todas juntas, pues quería darles una noticia que me había cimbrado en los últimos días y necesitaría de todo su ánimo y apoyo; observé como sus rostros cambiaron de expresión, aparecían signos de interrogación, achicaban los ojos en señal de curiosidad o inclinaban la cabeza para seguir escuchando. No quise hacerlas esperar más ni mantenerlas en suspenso, así que simplemente les comenté que tenía cáncer, vi sus expresiones de asombro, pero continué explicándoles todo con detalle. No sé cuánto tiempo hablé, les dije que estaría bien y que el tratamiento era un protocolo para erradicar la enfermedad de mi cuerpo.

Cuando terminé mi intervención, Prado me dijo:

—Ori, sabes que estamos contigo.

Después, cada una me dijo que me acompañarían en el proceso, recibí sus abrazos y palabras de aliento. Les pedí que me dieran fortaleza porque no sabía realmente lo que enfrentaría, les conté que el cabello se me caería y que no sabía cómo me sentiría con ello, y me ofrecieron estar conmigo cuando eso sucediera y que estarían pendientes de mí durante todo el proceso. Fue un momento muy bonito, esta vez no lloré y ellas tampoco, me sentí fuerte. No sé si por la

impresión o por darme fortaleza, pero no lloraron y eso me ayudó a estar serena el resto de la velada.

De hecho, hasta tuvimos un momento divertido cuando descubrieron que mis pechos no eran naturales, les comenté que me extraería la prótesis del seno izquierdo cuando limpiarán el área donde apareció el tumor. Ellas preguntaron:

—¿Cuál prótesis?

—¿No sabían que tengo implantes?

—¡Noooooo! —contestaron sorprendidas y divertidas.

Nos reímos mucho.

—Pues ya me descubrieron, me operé desde los veintitrés años, lo que ven no es el tamaño original.

Terminamos la velada platicando de muchos temas, de otras cosas, no quiero que el cáncer llene mis pensamientos ni todas mis reuniones. Ahora me siento tranquila, ya les he dado la noticia a mis dos grupos más cercanos de amigas; sé que esta batalla no la enfrentaré sola, las he metido en mi lucha y sé que estarán conmigo, sé que sus palabras de aliento fueron sinceras, de corazón; me siento fuerte y decidida. Ahora a dormir.

Miércoles 6 de julio

Fui a ver al doctor Iván Delgado, un investigador que conozco desde hace tiempo. Recuerdo bien su conferencia sobre el cáncer, y lo que dijo sobre la posibilidad de la “buena o mala suerte” a la que nos enfrentamos los seres humanos que, por el simple hecho de vivir, tenemos una probabilidad de enfrentar esta enfermedad. Al finalizar su charla nos deseó *buena suerte*, esperando que, en un futuro, ninguno fuéramos diagnosticados con dicha enfermedad. Ahora sé que formo parte del grupo de los *sin suerte*, prefiero este término que el de mala suerte. En fin, no quiero sentirme así, quiero tener una actitud positiva y usar la pregunta

mágica que mi amiga la psicóloga Laura Frausto me hiciera años atrás.

—Ori, no busques el por qué, esa pregunta busca culpables, mejor pregúntate ¿para qué?, ¿para qué me sucede esto?

Ahora quiero encontrar la respuesta, ¿para qué me enfermé de cáncer?

Contacté al doctor Iván para tener otra opinión sobre conservar o no mi pecho izquierdo. Me dijo que me recibiría en las instalaciones del Instituto de Cancerología. ¿Dónde queda el Instituto de Cancerología en Colima? La verdad no lo sabía, tuve que investigar la ubicación. ¡Qué barbaridad! no sabía en dónde se encuentra y dentro de unos meses, probablemente, estaré muy seguido por ahí.

El doctor Iván me recibió cordial y tras breve plática le mostré los diagnósticos. Me preguntó si he tenido casos de cáncer en la familia. Por la vía paterna la mayoría de mis tíos han muerto de cáncer; por parte de mi mamá más bien el problema es la diabetes.

—¿Alguna tía, hermana o mamá con cáncer de mama?

—Sí —respondí— una hermana de mi papá tuvo cáncer a los cincuenta y dos años.

Allí me di cuenta de que era la más joven de la familia en presentar cáncer, descubrimiento que, obviamente, no me gustó.

El doctor me pidió que lo acompañara a buscar a un amigo suyo que es oncólogo clínico; mientras lo esperábamos en el pasillo, conversamos con un oncólogo radiólogo que me explicó cómo serían las radio en caso de que me animase a conservar la mama. Me dijo que seguramente esperaría alrededor de dos meses para comenzar las sesiones, pues mi caso, al no haber metástasis, no sería considerado como urgencia. Calculó entre 25 y 30 sesiones, y me dijo que duraría más esperando turno que en la radiación misma. Le

pregunté si no se me resecaría la piel o se me quemaría, me dijo que no me preocupara por eso, me recetarían medicamentos en crema durante todo el proceso y con eso mi piel estaría bien.

Después hablamos con el oncólogo clínico, me reiteró que efectivamente soy candidata para conservar la mama, pero me advirtió que conservarla también lleva un riesgo porque estoy dejando el lugar donde apareció el tumor, aunque la radiación reduce el riesgo, pues con ella se esteriliza la zona donde se manifestó el cáncer. Me explicó que además de la quimioterapia me darían supresores de hormonas debido a que el tumor se alimentó de ellas para crecer, me dijo que el cáncer que me diagnosticaron es como un tigre mansito, y por eso, puedo darme el lujo de conservar la mama.

—Es un tigre manso, pero no deja de ser tigre, por eso que hay que dar un tratamiento completo con quimios, radio y supresores. Hay otros diagnósticos que, al verlos, no sólo se sugiere retirar la mama completa donde apareció el cáncer, sino retirar de una vez las dos mamas.

Con esa explicación entendí que tenía muchas posibilidades de estar bien y que, efectivamente, la decisión de conservar o no mi mama, era sólo mía.

Cuando llegué a casa, Raúl, mi esposo, me brindó todo su apoyo como siempre.

—Eres una mujer joven y si puedes darte el lujo de conservar tu mama deberías de hacerlo, te apoyo en lo que decidas.

Al final tomé la decisión, tengo una posibilidad que no todas tienen, tal vez sea la vanidad la que defina esta decisión y puede ser que muchos me juzguen y digan que para qué me arriesgo. Pero finalmente la vida es un riesgo, todos los días salimos de casa y no sabemos si vamos a regresar; el Covid-19 nos enseñó que un virus puede acabar con tu vida

o con la de una familia entera. La vida es un riesgo y he vivido cuarenta y un años; aquí sigo y quiero seguir completa, si la medicina me da la oportunidad. Decido conservar mi mamá y asumir el riesgo, es mi decisión y está tomada. Se lo comuniqué al doctor Fernando por teléfono. La cirugía quedó programada para el próximo lunes.

Jueves 7 de julio

Hoy hice el amor con mi esposo, era de madrugada y las niñas dormían. María Emilia siempre se va a dormir a nuestra cama y no quiere separarse de mí, por ello resulta difícil tener momentos para nosotros; por más que Raúl la lleva a su cuarto, una vez que ha caído rendida, se despierta y regresa. Así que hoy aprovechamos la ocasión; me preguntó si podía abrazarme y tocarme el pecho, le dije que sí y con mi mano puse su mano sobre mi pecho enfermo, pero todavía suave y grande, ya en algunos días se desinflará. Tal y como se lo dije a mi pequeña, se desinflará, pero luego se volverá a inflar, pues le pondremos otra prótesis cuando esté sano.

Apenas ayer les explicamos a las niñas sobre la enfermedad, un día antes del festejo de María Emilia. Las llevamos al café Moscú; sería un trago amargo, así que decidimos endulzarles el momento con un poco de chocolate caliente con bombones, churros y al final, pan francés con miel y una bola de vainilla a petición de Julieta. En el establecimiento, nos ofrecieron varias opciones de juegos de mesa y las niñas eligieron jugar *Uno*. Cuando llegó la comida interrumpimos el juego y comencé a explicarles que la vida puede ser tan dulce como el chocolate con bombones que estábamos disfrutando, pero otras veces puede ser un poco amarga y así, también, hay que disfrutarla; les dije que en las últimas semanas he estado enferma y que, por ello, había consultado a varios doctores.

—¿Pero estás bien? —interrumpió Julieta.

—Voy a estar bien, tendré que pasar un tratamiento para finalmente estar bien. La enfermedad es agresiva, aunque me dijo el doctor que, si la comparo con un tigre, es un tigre mansito, pero al fin y al cabo un tigre, entonces hay que tratarla como tal. Por lo tanto, mi tratamiento será agresivo, pasaré algunas etapas que no serán tan lindas para mí.

Julieta me escuchaba atenta, mientras María Emilia se descuidaba tratando de sacar su bombón ahogado en el chocolate.

—Ya han oído hablar de la enfermedad, en la tele o en alguna película, se llama cáncer; el lunes me van a operar y después vendrán las quimioterapias y las radioterapias, y tal vez se me caiga el cabello.

Les expliqué que había decidido que, antes de comenzar el tratamiento, me lo cortaría y lo donaría, para que puedan hacer una peluca para alguna persona que también esté enferma.

—¡Yo me lo corto contigo mamá! —exclamó la hermosa Julieta sin pensarlo dos veces.

No sé cómo le hice para contener las lágrimas; no lloré, mi hija me estaba demostrando ser valiente ante la adversidad y no la iba a defraudar derrumbándome ante ella, también debía demostrarle mi valentía.

Luego escuché a mi lado, a mi esposo que decía en voz baja: “Yo también me lo corto”.

María Emilia sin dejar de jugar con su chocolate, dijo:

—Mamá me siento *terrorífica*, ¿no te va a pasar nada verdad? ¿Si vas a ir a mi fiesta mañana?

—Voy a estar bien e iré mañana a tu fiesta, tu cumple número seis.

Vi cómo se dibujó una hermosa sonrisa en el rostro de la pequeña.

—Pues a seguir jugando —dijo Julieta.

Continuamos hasta que, con estrategia logré que María Emilia nos ganara a todos.

Hoy es la fiesta de María Emilia, se la adelanté casi una semana por mi operación, quiero disfrutar la celebración con ella y atender a los invitados como es debido. Ella no sabe que todavía no es 15 de julio, en la mañana al despertar me preguntó:

—Mami ¿a qué hora cumpla años?

—Pues en tu fiesta —le contesté— a la hora que tú quieras.

—¿Cuándo salte a la alberca?

—Sí, cuando saltes a la alberca estarás cumpliendo seis *añotes*. Híjole ya no me alcanzan los dedos de una mano para contar tu edad, María Emilia, ya necesitamos las dos manos, ¡qué barbaridad, estás grandísima! ¿A dónde se fue mi bebé?

Por ahora, no quiero que nada me perturbe, la lucha comienza el lunes, hoy es el cumpleaños de María Emilia, por primera vez fuera de casa, por la pandemia no la habíamos podido celebrar en un lugar para fiestas. Después de la noticia del cáncer no lo pensé más, este año nuestra hija pequeña la pasaría con sus amigas de la escuela, con los sobrinos y familiares cercanos, estaba decidido, nos vamos de albercada.

Es día de disfrutar, de vivir la vida, de abrazar a mis hijas y a mi esposo, ya vendrán los tiempos difíciles, hoy estoy de fiesta; hoy, cáncer, no te quiero en mis pensamientos, hoy estás fuera de mis preocupaciones.

La operación

Lunes 11 de julio

Comienza una nueva etapa de mi existencia. Inicio, formalmente, la lucha contra el cáncer; una lucha de la cual estoy segura saldré victoriosa, pues todos los pronósticos están a mi favor y me aprovecharé de ello. Me siento tranquila, mis amigos y familiares me mandan mensajes de aliento, ayer muchos me abrazaron y platicaron conmigo. Fue un fin de semana muy activo: la albercada de María Emilia, la cena de jubilación de mi amigo Luis (del grupo de los “Ñoñes”), el cumpleaños cincuenta de Isabela (amiga de Raúl) y ayer domingo el cumpleaños de “Bobi Brown”, mi amiga Claudia Velázquez. Ahí hablé con mi amiga Yare, quien está sufriendo el problema del cáncer a través de su papá, se le quebró la voz cuando quiso darme palabras de aliento, yo me mantuve fuerte porque no quiero sentirme triste, he tomado esa actitud y toda la semana me la he pasado de fiesta.

Ayer me dormí hasta la medianoche, tratando de cansarme para conciliar el sueño y lo logré. Soñé que me habían operado con éxito, podía ver mi cicatriz y ni siquiera había necesitado vendas, mi seno izquierdo seguía ahí como si nada, ¡hágame usted el favor! Pero bueno, así son los sueños, en él yo me sentía feliz del resultado y todo estaba bien.

¿Cómo será la realidad? No sé qué esperar de la operación ni cómo me veré mañana; no he querido buscar información en internet, prefiero irme sorprendiendo, no quiero tener mis diagnósticos hechos. Tal vez si busco encontraré datos que me asusten o información que me tranquilice, no quiero jugármela, mejor espero a ver qué pasa. No perderé la esperanza de que todo lo que suceda en este año se irá en el que viene, que esta destrucción será después reconstrucción. A veces no puedo evitar el llanto, y lloro hasta porque voló una mosca, pero otras veces lo evito sin ningún problema, así es que, en cierta forma, tengo autocontrol en eso de la llorada y creo que está bien.

Sólo espero que la prueba del ganglio centinela salga bien, estoy segura de que así será, no tengo por qué preocuparme, no creo que haya metástasis en los ganglios, pero es un procedimiento que debemos de hacer por seguridad, más vale prevenir.

Antes de entrar a la sala de operación publiqué en mi perfil de *Facebook* “Hoy comienza la guerra, voy por la primera batalla, encontrando muchas respuestas al ¿para qué?”

No estaba segura de hacer público mi caso, pero hoy me animé a decir que algo me está pasando, que algo no está bien. Al subirlo a las redes sentí que me liberé de no sé qué, veremos después si continúo diciendo más sobre mí y sobre lo que me pasa, mientras tanto sólo espero que todo salga bien en la operación.

Miércoles 13 de julio

Ya estoy en casa, la operación fue un éxito; no obstante, hubo una sorpresita. Resultó que, en la prueba del ganglio centinela, un ganglio salió positivo, es decir, el cáncer hizo metástasis en uno de ellos. Lo pude escuchar durante la operación, porque a pesar de la anestesia podía escuchar la conversación de los doctores; el oncólogo dijo que un ganglio es positivo, así que me asusté un poco.

No oí más, me fui a soñar con la ayuda de los tranquilizantes, soñé que me descubrían más ganglios positivos, hasta en la cabeza, y me abrían la cabeza diciendo positivo, positivo, positivo. Ahora sí no me salvé, “ya me cargó el payaso”. Regresé un momento del sueño para escuchar que le preguntaban al doctor.

—¿Y ahora qué sigue?

—Pues recibirá quimio y radio —contestó.

Seguí soñando y lo último que recuerdo es al doctor decir:

—Estoy muy cansado, pero ya casi termino.

Pobre de mi doctor, está cansado y apenas es lunes, que friega se lleva, la verdad, es bien trabajador.

El anesthesiólogo, amigo de muchos años, me tomó de la cabeza y me dijo:

—Ori, ya acabamos. ¿Cómo te sientes?

—Bien —contesté, mientras con la mano buscaba en mi cabeza las cicatrices de las heridas que, según yo, me habían hecho al sacarme los ganglios infectados en mi cerebro, afortunadamente no tenía ninguna y sólo había sido un mal sueño.

En la habitación del hospital ya me esperaban mi padre y mi esposo, se notaban preocupados, ya sabían del resultado de la prueba del ganglio centinela. Mi papá me confirmó la noticia y mi esposo comentó que tendría que someterme a radioterapias debido a que el ganglio fue po-

sitivo. No se preocupen de todas formas iba a recibir la radioterapia para conservar la mama, eso ya estaba decidido, vamos por buen camino; además, me había enterado de que los otros ganglios habían sido negativos, sólo me quitaron tres, entonces no podía ser tan malo el pronóstico. Efectivamente el doctor me comentó que todo iba bien, que seguíamos por buen camino.

Ahora estoy en mi casa descansando, he recibido las primeras visitas, mis queridas *angels*, así las llamo desde que fueron mis coordinadoras: Yunuen, Cecy y Norma, además de mi amiga Claudia Prado; luego llegó mi cuñado. Les platicué toda la experiencia de la operación y me escucharon con atención. Mi cuñado me regaló el libro *Rayuela* de Julio Cortázar, hace tiempo le había pedido que me lo prestara, pero se tomó la molestia de comprarme un ejemplar y dedicármelo, fue un bonito gesto.

Me siento muy arropada, amistades me contactan por redes sociales para saber cómo me siento, me echan porras y están atentos de mi recuperación. Ya les he comunicado mi situación a dos más de mis queridos grupos: el de los “Ñoñes” y el de mis amigas de Morelia, a quienes les informé de mi situación vía *chat*; de este último grupo me ha contactado mi amiga Alejandra, quien ha escrito “Permíteme acompañarte y estar atenta a ti, aquí estoy para cuando desees platicar, sólo para escuchar”. Ella también tiene cáncer, la enfermedad la atacó, por primera vez, hace seis años, no como un tigre mansito sino como uno muy agresivo, y hace un año le regresó, parece que ahora es inoperable, tiene muy pocas opciones de tratamiento, el cáncer está en una zona muy difícil, ha crecido lento, no hay mucho que hacer, sólo esperar a que se manifiesten los síntomas.

—¿Qué harás cuando esto suceda? —le pregunté.

—Manejar el dolor —su respuesta me paralizó.

La acabo de ver en *Facebook*, con su familia, en la graduación de secundaria de su hija. Creo que ha digerido la noticia, seguramente nos vamos acostumbrando de a poco. En este proceso que para mí apenas comienza trato de asimilar lo que me pasa; por ejemplo, cuando le comenté de mi enfermedad a Jessy, la chica que me ayuda en el aseo de la casa, se puso a llorar; sin embargo, yo me sentía tranquila, la abracé y le dije:

—Llora, yo ya he llorado bastante.

Viernes 15 de julio

Poco a poco me sigo recuperando, el dren que me dejó el doctor después de la operación se sigue llenando, tengo que ver con cuánto líquido se llena durante el día y cuántas veces lo tengo que vaciar, pues esa información servirá para decidir en qué momento me lo podrá retirar. Hoy es el verdadero cumpleaños de María Emilia, no haremos nada, si acaso vendrán sus abuelitos y primos, Fátima y Sebastián, a visitarla a la casa; yo sigo de incapacidad y con dificultad para moverme. Sólo deseo que este día mi hija sea feliz, cumple seis años y es evidente su angustia porque mami está enferma, espero que para el próximo cumpleaños lo pase de forma distinta, estoy segura de que así será. “Ya verás, mi bebé, que me recuperaré y estaré muy bien cuando cumplas siete añitos”.

El brazo izquierdo me duele, lo siento extraño, entumido, como si todavía estuviera anestesiado; la incomodidad no la siento tanto en el pecho como en el brazo, la verdad el pecho no me duele tanto. Lo que sí me duele es recordar los piquetes que me dieron el día de la operación. El procedimiento del ganglio centinela fue muy doloroso, pues la sustancia la introdujeron a través de cuatro inyecciones subcutáneas alrededor del pezón, sobre la aureola. Los pi-

quetes formaron cuatro ampollas pequeñas de líquido que tuve que masajear para que mi cuerpo lo absorbiera y cumpliera su función de marcar los ganglios enfermos. Fue lo más doloroso del procedimiento, junto con la canalización para ponerme el suero, ya que tuvieron que picarme dos veces para encontrarme la vena. ¡Como odio los piquetes! Me dan más miedo que la operación en sí. Lo bueno es que todo salió bien y las molestias postoperatorias son tolerables. Dios quiera que todo siga bien.

Lunes 18 de julio

Cumplo cinco días de haber sido operada, el dren sigue llenándose, no tanto como al principio, pero todavía hay líquido saliendo de mi herida, me pregunto hasta cuándo, aunque el doctor me dijo que diez días. Espero comunicarme el miércoles y preguntarle si me puede revisar para ver cómo ando. Además, faltan los resultados patológicos de lo que me extrajeron en la operación, al parecer todo ello será determinante para que él pueda hacer el resumen que me llevaré al IMSS, donde recibiré las quimioterapias.

He pasado dos pruebas con el dren: asistir a las graduaciones de mis pequeñas bendiciones, la primera a tres días de haber sido intervenida y la segunda el viernes. No me podía perder estos grandes acontecimientos, María Emilia salió de preescolar para dar el gran salto a la primaria.

—Mami, no me siento preparada para ir a la primaria.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque no sé estudiar.

—¡Ah! no te preocupes por eso, ningún niño o niña a tu edad sabe estudiar, sólo quieren jugar, ya verás que con el tiempo aprendes.

—Pero tengo amiguitas que sí saben.

—¡Ah! pues es que cada persona aprende a su tiempo, vas a ver que pronto aprenderás, además recuerda que tu abuelito, tu Tito, te ayudará a estudiar en vacaciones, entrarás bien *filosita* a la primaria. Tu prima Andy tampoco sabía estudiar cuando salió de preescolar, pero en vacaciones tu Tito la ayudó y ves que ya sabe, así que no te preocupes por eso.

—¿Mami, vas a irte así a mi graduación?

—¿Cómo?

—Así, con eso colgando, creo que mis amigos se van a asustar, a mí también me asusta.

—¡Ah! no te preocupes, voy a esconder el dren.

Realmente no había caído a la cuenta de que tenía que esconderlo, pero mi hija menor me lo hizo saber, así que tuve que buscar opciones dentro de mi vestidor para poder ir a los dos eventos sin *asustar* a la gente.

Fue todo un reto porque nada me acomoda ahora, mis vestidos holgados de abajo son pequeños de arriba; con las vendas y sin poder mover mucho el brazo me resultan difíciles de entrar en ellos; la opción de pantalón y blusa tampoco era viable porque ninguna blusa me tapaba el dren. La mayoría de mis muchas blusas son largas pero claras, por lo que transparentan mucho las vendas. Finalmente encontré un saquito que sí tapaba el dren; así que, con María Emilia, me puse pantalón de mezclilla, blusa y saco; y con Julieta pantalón y una de las pocas blusas largas y oscuras que encontré.

Mi hermosa Julieta dejaba seis años de primaria para irse a la secundaria.

—No quiero dejar de ser niña, no quiero dejar la primaria ni a mis amigas.

—No las dejarás de ver, puedes seguir en contacto con ellas; algún día las puedes invitar a comer a la casa, no te preocupes, no perderás el contacto y además harás nuevas amigas, ya verás.

Le expliqué que no tenía que dejar de ser niña, uno nunca debe dejar de soñar, aunque el cuerpo cambie y la forma de pensar también; son etapas de la vida y hay que disfrutarlas todas. Espero haberle dado a Julieta la niñez que se merecía; yo fui muy dichosa, mis papás se esforzaron porque creyéramos felices, pasear en vacaciones, arreglar la casa, jugar, participar en cursos de verano, aprender nuevas cosas; he tratado de imitarlos en eso, y tal vez mejorarlos, porque considero que tengo una buena relación de pareja, amo a mi esposo y él me ama a mí, y eso lo sienten nuestras hijas.

Mi esposo, “mi amor” —como le digo de cariño—, está a mi lado en esta prueba que enfrentamos como familia; ayer por fin vio como quedé después de la operación, me ayudó a ponerme las gasas y las vendas, antes lo había hecho Julieta. Creo que le costó trabajo mirar, tal vez no quería ser indiscreto, pero finalmente lo hizo y me preguntó:

—¿María Emilia ya vio?

—Sí, ya vio la chichi desinflada —le contesté.

—Entonces, yo creo que por eso está asustada, varias veces me ha dicho que se le acelera el corazón —dijo Raúl con tono preocupado.

Ojalá que no sea nada de cuidado, los niños y niñas reaccionan de muchas maneras, confío en que con el tiempo lo supere.

Martes 19 de julio

Fui a desayunar con mis amigas, a pesar de todo me encanta salir; aunque de incapacidad, también estoy de vacaciones y no quiero estar encerrada en casa; he encontrado varias formas de esconder el dren para salir, estoy reutilizando mis vestidos de embarazada, vestidos largos y holgados

que conservo de aquella época, puedo ocultar el dren entre toda la tela, también son más anchos de la espalda, así que puedo andar vendada sin ningún problema. Además, mi amiga Yare me ha traído otros para que tenga más opciones. Siguen las muestras de cariño de quienes me rodean.

El desayuno fue muy placentero, aproveché para invitar a una amiga que también está pasando por un mal momento; ha estado enferma, tose mucho y no tiene diagnóstico, le han hecho varios estudios y no encuentran el motivo, pensaron que eran alergias, luego covid-19, también le hicieron prueba para tuberculosis, con resultado negativo; teme que pueda ser cáncer. ¡Cáncer otra vez! ¡ahora otra amiga! ¿qué está pasando? Parece que me estoy familiarizando con esa enfermedad, antes no la escuchaba y ahora está en todas partes. No están seguros del diagnóstico, es sólo una hipótesis, hay que hacer más estudios, entre ellos una tomografía de emisión de positrones (PET), que es escaneación del cuerpo en busca de cáncer. En el caso de mi amiga, revisarán específicamente los pulmones, pues detectaron, a través de una radiografía, que hay algo allí. Un doctor le sugirió hacer una biopsia, pero el oncólogo le dijo que podría no ser bien tomada la muestra y arrojar un falso diagnóstico.

Me sentí con la confianza de sugerirle que le hiciera caso al oncólogo y se hiciera el PET, creo que es la mejor decisión, pues en la poca experiencia que tengo con esta enfermedad, resultó mejor lo que me propuso el oncólogo. Ella aceptó, el estudio se lo realizará en Guadalajara, pues en Colima no existe dicho servicio.

Miércoles 20 de julio

Ayer me preguntó el doctor Fernando Moreno cuánto líquido estaba drenando, le comenté que entre 5 y 6 mililitros cada

12 horas, y me indicó que ya me podía quitar el dren, así que hoy fui a su consultorio. Me felicitó por la cicatrización. El próximo lunes me retirará los puntos. Me siento muy contenta, mi recuperación va bien.

Le comenté que sigo con el brazo entumido, no tiene la misma sensibilidad que antes. “Es normal debido a la extracción de los tres ganglios”, responde, y añade que no debo hacer ningún esfuerzo, pues corro el riesgo de que se forme una linfedema —hinchazón que causa la acumulación de líquido linfático en el cuerpo—, es un riesgo pequeño, pero, debido a que la operación es reciente, debo tener cuidado. Me quitó las vendas postoperatorias que traía, ya no las necesito, sólo me puso un trozo pequeño de cinta *Micro-pore* en la herida que dejó el dren. Al vestirme, “¡chin, no traje brasier! ¿Y ahora?” Así me regresé a casa, sin vendas y sin brasier, lo bueno es que traía una blusa oscura; todavía pasé a la tienda a comprar leche para María Emilia.

Llegando a casa contacté a una persona que me recomendó mi amiga Yare para comprar un brasier especial; me pudo recibir por la tarde, así que no perdí tiempo y fui a verla. Me probé varios, en este momento no tiene de mi talla ni el color que quiero, así que lo encargué. 34 de espalda; no, mejor 36, la comodidad, ante todo, me cuesta algo de trabajo aceptarlo, pero como dice mi marido: “Soy talla 34, pero con la 36 me siento a toda madre”.

Pensé que el brasier sería distinto, que estaría abultado de una copa y de otra no, y que simplemente tendría que elegir el tamaño de la copa izquierda que más se asemejara a la derecha; pero es igual de ambos lados, solo tiene la facilidad para introducir una prótesis; entonces pensé poner la misma prótesis que me quitaron o introducir varias copas de tela para generar un bulto que asemeje a mi pecho derecho; en fin, me di cuenta que había un mundo de posi-

bilidades para introducir en el compartimento del brasier. Así que no me preocuparé por comprar una prótesis especial para rellenarlo. También pensé que sería más barato generar un bulto en mis brasieres convencionales, ni siquiera necesito uno especial, me tranquiliza saber que tengo muchas opciones, sólo basta darle vuelo a la imaginación.

Lunes 25 de julio

Hoy se cumplen 499 años de la fundación de la Villa de Colima y la Sociedad de Estudios Históricos de Colima, a la que pertenezco, será parte de los festejos que, además, marcan el inicio de la celebración de los 500 años. Hubo una cena de gala. Al principio no pensaba ir, pero resultó que para esta noche ya no traigo el dren, así que me puse un vestido azul pegadito; ya llegó el brasier especial pero no he pasado por él, lo solucioné con una copa que se pega al cuerpo, la utilicé para emparejar mis pechos y todo se veía bien. Alacé mi cabello y me sentí guapa. Todavía tengo el cabello largo, una melena que pronto perderé. No voy a pensar en ello, voy a disfrutar; además, ya lo puedo peinar, no me duele el brazo izquierdo. Mientras pueda, seguiré disfrutando mi larga cabellera.

La noche fue muy divertida. Tengo agenda llena toda la semana: mañana vendrá mi amiga Flor a casa, actualmente vive en Alemania; el miércoles saldré a cenar con mis amigas Yare, Blanca, Claudia y mi hermana Milly; el jueves iré a la terraza de Mara con Claudia, Ciria y Jazmín; y el viernes albercada con los amigos de mi esposo, una misa especial en la parroquia del Espíritu Santo y finalmente una cena en casa de Carolina, ahí también veré a mi amigo José Manuel, director de la Facultad de Economía.

Para el sábado, Yunuen dijo que quería celebrar su cumpleaños, no ha asegurado nada, pero desde luego que algo

haremos, era el último fin de semana de vacaciones. Mucho que hacer en esta semana: tarea de inglés, leer el libro que me regaló mi cuñado y arreglar los jugueteros de las niñas.

Martes 26 de julio

Conocí al doctor Cásarez Price en su consultorio particular, el doctor que me tratará en el IMSS, así me lo había sugerido el doctor Fernando.

—Ve a verlo para que le digas que eres derechohabiente y que te tratarás en el IMSS, es importante que te conozca antes.

Cuando llegó el doctor pensé que era el asistente, pero para mi sorpresa era el especialista; lo imaginaba de mayor edad, es muy joven, estuve a punto de decírselo porque me dijeron que tenía mucha experiencia, pero se me regresaron las palabras, no quería que me malinterpretara y creyera que su juventud me hacía pensar que no tendría experiencia. Por el contrario, me dijeron que era muy buen médico; que se las sabe de todas, todas; que es el mejor en el Seguro Social, por ello nunca creí encontrarme con un doctor de menos de cuarenta años.

Después de revisar mis análisis, comentó sobre la importancia de hacerme un estudio llamado Panel Genético para Cáncer de Mama Hereditario. Para él era importante saber si el cáncer había llegado a mí por herencia, y si esa herencia era lo bastante fuerte como para migrar a mis hijas. Con el examen podríamos saber la probabilidad de que Julieta y María Emilia pudieran presentar ese problema en el futuro. Si los resultados del examen resultaran mayores al 50%, seguramente una de las dos presentaría más adelante la enfermedad, y si era de 25%, significaría que las dos tendrían ese porcentaje de probabilidad de presentar dicha enfermedad en su vida.

¿Para qué quiero saber eso? No me quiero asustar, no quiero que mis hijas se asusten, no quiero saber qué probabilidades tienen de repetir mi historia. El doctor me comentó que era muy joven para tener cáncer, que esa enfermedad casi siempre se presentaba después de los sesenta y que, en Colima especialmente, le había tocado ver mucho cáncer por herencia. También me advirtió que el examen no era costoso, comparado con la información que arrojaba; al parecer, el resultado también influiría en mi tratamiento, para no aplicarme quimios de más o de menos. Yo no sabía qué contestar, le pedí el contacto del laboratorio y le dije que seguramente lo haría, total era mejor saber antes que después. Pero la verdad no estaba convencida.

Hablé al laboratorio para preguntar el precio del estudio y como dijo el doctor, no era tan caro, pero tampoco barato; ya no quería seguir gastando dinero, había decidido tratarme por el IMSS después de la cirugía que había pagado en particular, y no estaba convencida de querer saber el futuro y menos pagar para que me lo leyeran. Decidí no hacerlo, una amiga me dijo que tal vez el IMSS podría subvencionarlo, pues había servicios que otorgaba a través de particulares o gestionando convenios, entonces decidí esperarme y ver si el Seguro Social podía apoyarme con ese gasto.

Viernes 29 de julio

Desperté en la madrugada después de un sueño muy extraño. Soñé con mi abuela paterna, mi tita Tere; en el sueño corría con varias mujeres, todas llevábamos vestidos de velo en tonos pastel, parecía que estábamos en una fiesta; corríamos para refugiarnos de una tormenta. Todas mirábamos al cielo y veíamos como éste se tornaba gris y se llenaba de nubes, mientras un fuerte viento nos volaba el cabello y los vestidos, sentíamos mucho miedo. No podía

reconocer bien a cada persona, pero sabía que ahí estaban mis hermanas Milly y Zaira, mi mamá, mis primas y mis tías paternas; y sabía que el techo en el cual nos refugiábamos era el de la alberca de mi tío Manuel; él y mis tías Amalia, Lupe y Paty, quienes también padecieron cáncer estaban ahí, la única que lo superó fue mi tía Paty, el resto falleció.

Mi tita Tere sentada en su mecedora, flanqueada de sus dos hermanas: Amalia y Lupita, nos decía que nos calmaríamos, que la tormenta pronto pasaría. Sus palabras nos dieron cierta seguridad de que las cosas irían bien. Fue un sueño muy extraño, para mí fue un mensaje que me daba tranquilidad, habría que enfrentar una tormenta, pero al final pasaría y todo estaría bien, me lo decían mis ancestros, mi familia, mi abuelita. Me sentí aliviada, volví a dormir y cuando desperté seguí sintiendo la calma, paz y tranquilidad que mostró mi tita sentada en su mecedora; esa mecedora que tanto usó en vida y que me recordaba la infancia, cuando la visitábamos los domingos o cuando nos cuidaba en su casa porque mis papás tenían que trabajar.

Martes 2 de agosto

Hoy me recibe el doctor Cásarez en el Seguro Social, estoy nerviosa porque se viene la etapa más difícil, hasta me brinca el párpado derecho, siempre me sucede cuando me estreso, cuando tengo que entregar un artículo, concluir un trabajo u organizar un evento importante. Esta vez mi intranquilidad no tiene que ver con la parte laboral sino con algo más importante: mi salud, y eso me pone más nerviosa; solemos decir: “Hay más tiempo que vida”, pero ahora la vida está en juego y, aunque tengo fe en que saldré adelante, el subconsciente a veces me traiciona.

El doctor me preguntó por el estudio y le dije que no lo hice porque no entiendo bien su importancia. Entonces

me explicó, nuevamente, por qué es necesario realizar el Panel Genético para Cáncer de Mama Hereditario:

—El IMSS no lo hacen ni lo subvencionan porque no está en sus protocolos para tratar el cáncer de mama, apenas se está aplicando en países desarrollados. Lo fundamental del estudio es que arroja información precisa sobre la paciente y permite diseñar un tratamiento más específico, incrementando las posibilidades de éxito.

Me explicó que el tratamiento es más importante que la misma cirugía, y si éste se realiza de manera personalizada de acuerdo con la información que se tenga de la paciente, es mucho mejor.

Salí convencida de pagar el estudio y por ser derechohabiente del IMSS me ahorraré el pago de la tomografía que necesito para evaluar cómo están mis órganos y estar seguros de que el cáncer no migró a ningún otro lugar; además, no gastaré en el estudio de gammagrama que en su momento me habían sugerido, pues el doctor Cásarez me dice que con la tomografía será suficiente. La tomografía la tendremos hasta el 5 de octubre y el panel hereditario en quince días aproximadamente, pero ya tenemos que comenzar con las quimioterapias. El doctor me informa que, a partir del quince de agosto, me programará tres quimios, pues con la información que tiene, sólo necesitaré seis en total, una cada dos semanas. Sin embargo, de acuerdo con los exámenes que me van a realizar, incluido el del panel, las otras tres quimios podrían cambiar, tanto en medicamento como en duración, o podrían aumentar a ocho en total. Tengo fe en que sólo necesitaré seis, esperemos que los exámenes confirmen mi hipótesis.

Hay que subir, bajar e ir de un lado a otro para realizar los trámites en el IMSS, es todo un sistema, aunque bien organizado, a uno no le gusta esperar y qué más qui-

siéramos que todo fuera a la cuenta de ¡ya!, pero no somos los únicos enfermos, así que hay que tener paciencia; reunir sellos y firmas para completar todos los trámites. Con paciencia, mi esposo y yo conseguimos casi todo hoy mismo: ya tenemos la cita para la tomografía y para los demás estudios previos que nos solicitaron, así como la medicina que me recetó por si las quimios me provocan efectos secundarios, como náuseas o vómitos.

Todavía en el consultorio del doctor Cásarez había leído en las indicaciones que me proporcionó para la cita de las quimioterapias, que también puedo sufrir deshidratación, anemia, neutropenia y alopecia.

—¿Se me caerá el cabello? —le pregunté.

—Sí, comenzarás a ver como se te desprende a partir de la tercera semana.

Miércoles 3 de agosto

Día de recoger mi agenda de citas para las quimioterapias en la clínica 1 del Seguro Social, no tenía idea que éstas se gestionaban en el mismo lugar donde se lleva a cabo el tratamiento. Fue impactante ver a las pacientes que estaban ahí, la mayoría personas adultas; observé también que muchas aún conservan su cabello ¿será que les tocó otro tipo de quimio? Casi en la entrada miré a un joven que sí lo ha perdido, pero la verdad se ve bien; en mi interior le deseé de todo corazón que sane, su juventud me enterneció y conmovió.

Vi a dos señoras con turbante y otra con el cabello cortito, imagino que ya tienen más tiempo en tratamiento. Pienso seriamente en comenzar a ver opciones de turbante, ayer me dijo mi tía Paty que éstos son cómodos y frescos, a diferencia de las pelucas que suelen dar mucha comezón, sobre todo en época de calor. Aquí en Colima es común

bromear en que sólo hay dos estaciones: la del tren y la del calor. Comenzaré la búsqueda, le preguntaré a mi tía dónde los compró en aquel entonces; también tengo que ocuparme en comenzar a buscar opciones de pelucas.

Hace rato me llamó mi hermana Zaira. Mi primera quimio quedó programada para el miércoles 17 y ella había programado llegar el día 18, para la fiesta del cumpleaños 70 años de papá, el 29 de agosto. Al enterarse, ha decidido llegar un día antes, quiere estar conmigo cuando reciba la primera quimio, quiere ser mi acompañante, como me dijo por teléfono mientras llorábamos: “Yo voy a inaugurar los juegos del hambre”. Me conmovió mucho su gesto; sé que ha querido estar a mi lado desde el principio y no ha podido, la distancia nos lo ha impedido, pero ahora vio la posibilidad de estar en un momento importante y no lo piensa dejar pasar. Me preguntó si no le molestará a mi mamá o a Raúl que sea ella la primera en estar conmigo en esta difícil prueba

—No lo creo, ellos comprenderán, podrán estar conmigo en las posteriores, tú te regresas, así que tendrán que darte chance a ti primero.

Mi hermana estará conmigo cuatro horas, eso es lo que dura la quimio, por lo menos eso me dijeron hoy que me dieron las citas. ¿Por qué tanto? Creía que sería una hora, pero ni modo; lo bueno que serán cuatro horas para estar juntas y a solas. Me programaron por la tarde, me sugieren venir comida y traer agua para hidratarme, una cobijita o abrigada, porque —me comentan— suele sentirse frío cuando ponen el tratamiento; también me piden venir acompañada, aunque veo que la gente está sola recibiendo su quimio, imagino que al final te puedes sentir mal y seguramente el acompañante es para llevarte de regreso a casa sana y salva. Pues mi querida hermana estará conmigo cuatro horas, aunque después caigo en la cuenta que ese tiempo lo pasará en la sala de espera.

Viernes 5 de agosto

Mi mamá está sufriendo un derrame en un ojo, creo que está muy tensa y estresada por mi situación; últimamente ha tenido mucho dolor de cabeza, sufre migraña y la situación que estamos padeciendo como familia no le ayuda a mejorar. Me ha abrazado muchas veces, dice que los abrazos curan; también me manda videos e información de cómo combatir el cáncer, de qué pensar para que éste no regrese o se transmita a mis hijas a través de la herencia y mucha información más que no alcanzo a leer completa porque sigo muy ocupada entre el trabajo, la casa, el inglés, escribir este libro, leer *Rayuela*; en fin, no me alcanza el día. Consigo leer algunas cosas y creo que mi mamá tiene razón en que hay que pensar positivo y alejarse de lo negativo para salir adelante; sin embargo, creo que ella no ha logrado hacerlo, inconscientemente o conscientemente se preocupa por mí, ha de imaginar escenarios negativos que, seguramente, trata de borrar con meditación, pero terminan por vencerla, causándole ese horrible dolor de cabeza.

Me ha enviado un mensaje muy bonito:

Te amo muchísimo y te lo reitero por si acaso tienes alguna duda al respecto. Pido a Dios fervientemente que sanes y te recuperes pronto y que te sean leves todas las molestias. Te amo mi *shula* y si en alguna ocasión te decepcioné o fallé como madre, aquí estoy para ayudarte a salir bien de esto.

En alguna ocasión leímos juntas, no recuerdo ya en qué libro, sobre los sentimientos negativos que cargamos y nos provocan ciertas enfermedades; decía que el cáncer de mama tiene que ver con resentimiento hacia la madre, supongo que por eso mi mamá tiene cierta preocupación al respecto. “Mami, no te preocupes, tú no tienes nada que

ver con lo que me pasa, duerme tranquila y quita ese pensamiento de tu mente, yo te amo más”.

Sábado 6 de agosto

Ofelia y Javier, progenitores de un amigo muy querido, cumplen 50 años de casados, es un día muy especial para la familia Ureña Castellanos. Lo celebraron con una misa en la parroquia del Espíritu Santo, ahí renovaron sus votos y yo me emocioné por dicha acción. Qué bonito ha de ser llegar a esa edad, acompañados, con la pareja que elegiste para estar toda la vida. Los que estamos casados sabemos que la vida matrimonial no es fácil, aunque tampoco imposible. Estar ahí presenciando ese acto de amor, ese “sí quiero” nuevamente, fue muy romántico. Seguramente, tuvieron que sortear dificultades y desencuentros, y después de todas las tormentas están ahí, ante Dios, renovando su compromiso de amor. ¡Qué bonito! Ojalá mi esposo y yo, algún día, podamos renovar nuestros votos, no sé si lleguemos a los 50 años de casados, pero sueño con tener esa oportunidad, porque nuestra historia es increíble, los que la conocen lo saben; también es una historia de amor de encuentros y desencuentros, de lucha por una relación matrimonial que hemos sabido disfrutar con todos sus defectos y virtudes; hemos sabido perdonar y eso nos ha llevado a reencontrarnos en nuestras vidas y estar juntos “hasta que la muerte nos separe”, como prometimos, sólo espero que la muerte tarde mucho en llegar.

Miércoles 10 de agosto

Ayer hablé con una amiga que sufrió cáncer hace varios años, un cáncer que se extendió por varias partes de su cuerpo. Al igual que yo, tardó tiempo en descubrirlo, pero a diferencia mía, ella lo hizo cuando ya había hecho

metástasis. Su recuperación fue un milagro. Hace tiempo me había contado su historia, cuando trabajábamos juntas, pero en aquel entonces yo no tenía idea de lo que me pasaría; ahora tenía muchas preguntas que hacerle, sobre todo de su experiencia con las quimios.

Me heló su respuesta cuando le pregunté sobre cuántas quimios le habían aplicado para salvarla:

—Ochenta y cinco, Ori.

¿Cómo puede ser eso? No lo podía creer, a mí me darán seis, posiblemente dos más, pero ¡ochenta y cinco! ¿Hay cuerpo que aguante?, sí, ahí está mi amiga Momis, aguantó y se recuperó.

Me sirvió mucho lo que platicamos, me dio *tips* para cuidarme; me dijo que me prestaría un libro para entender mejor lo que me estaba pasando y me recomendó sábila fría después de las radios. Platicamos largo y tendido, y una vez más ratifiqué que estoy llena de amigas, de personas resilientes, que son empáticas, que me quieren y se preocupan por mí, de gente que quiere verme bien y que está orando por mi salud. Con todo eso me siento afortunada y feliz.

Hoy tengo reunión por la noche, saldré con Claudia Prado, Cecy, Yunuen, Norma, Carito y Deire a cenar a un restaurante que nunca hemos ido juntas, hace unos días lo visité con otro grupo de amigas y me encantó, así que lo puse a consideración y estuvieron de acuerdo. Queremos reunirnos para brindar por la vida, esa vida que nos puede ser arrebatada en cualquier momento y no precisamente por cáncer. Bien lo comenta mi esposo.

—Mi mamá siempre se preocupó por sus vecinas enfermas y ellas siguen vivas y mi mamá ya se fue. “Ay, mi amiguita tiene cáncer”. “Ahora ella también lo tiene”. “Pobrecitas”, decía, y en un dos por tres ella falleció de un infarto fulminante y sus amigas enfermas siguen aquí.

Lo mismo me dijo Momis, hubo personas que le dieron fortaleza, que se compadecieron de ella y la abrazaron; y ahora esas personas ya no están y ella sigue viva. Por eso hay que vivir el presente, dar gracias por lo que tenemos y enfrentar con fortaleza las pruebas que la vida nos pone.

Pues bien, esta noche saldré con ellas y mañana con mi esposo, iré con él a una cantina en el centro de la ciudad, que le gusta y que hace tiempo no visita.

— ¿Quieres venir conmigo? —me dijo.

— ¿A dónde?

— A El Taurino.

— Sí, te acompaño.

No es lugar para las niñas. Hemos invitado a Carolina que hace unos días cumplió años.

El viernes haremos una cena con los amigos de Raúl, con quienes corre en las madrugadas, es un grupo muy sano que queremos seguir conservando. El sábado haremos carne asada con mis papás, mi hermana y su familia; pero antes, por la mañana, tal vez me vaya de desayunar con otros amigos. El domingo a misa, a pedir que me vaya bien en las quimioterapias. El lunes, Ciria y Claudia quieren verme, me preguntaron que si podríamos vernos el martes, pero el martes ya debo portarme bien, el miércoles tengo mi primer tratamiento. ¡Qué descaro, cuánta fiesta!, pero así soy.

El sábado pienso llegar a la carne asada con nuevo *look*, ya tengo cita con David, un estilista que me atendía cuando tenía veinte años, me lo recomendó mi hermana Milly, dice que se volvió experto en cabellos cortos y es lo que necesito. Pienso sorprender a todos, tengo que irme preparando, poco a poco, para cuando pierda el cabello; mejor perder poco que mucho, así que más vale irme acostumbrando al cabello corto, pues ese será mi *look* por un buen tiempo.

Jueves 11 de agosto

Escribí en *Facebook*: “Las amigas siempre están cuando se les necesita, muchas gracias chicas por tan excelente velada”. En la cena de ayer con mis amigas, Deire me dio una gran sorpresa, una libreta que tiene, en la portada, los rostros de mi familia y la frase: “Estamos contigo”; al parecer, tomó la foto de mis redes, en ella estamos Raúl, Julieta, María Emilia y yo; en la contraportada tiene otra foto donde aparece ella con Yunuén, Claudia Prado, Cecy y Norma. Me llenó de felicidad recibir tan hermoso obsequio.

Hace tiempo, le había comentado a Deire que quería escribir este libro, llevar un diario de lo que me estaba pasando; por eso me hizo ese precioso obsequio, para animarme a escribirlo. La verdad es que ya comencé desde hace tiempo, por lo que esta libreta la conservaré con mucho cariño y le encontraré alguna otra utilidad. Por lo pronto, dejo estos párrafos para recordar el bello detalle y para agradecer el hermoso grupo de amigas que tengo, pues con su apoyo y presencia me han fortalecido.

Sábado 13 de agosto

Fui a cortarme el cabello para obtener la trenza que donaré a cancerología, estaba nerviosa, pero me gustó el resultado, finalmente no me lo dejé tan cortito. David me sugirió un corte con volumen sólo por un lado; como me lo dejó peinado se veía muy bonito. Al principio me sentí —como suele decirse para personas de mayor edad— aseñorada con el cabello tan alto, pero mis hijas me animaron diciéndome que se me veía bien, de hecho, Julieta dijo que quería cortárselo igual. Así que confié en ellas y salí hacer mis pendientes como siempre; uno de ellos consistía en llevarlas a cortarse el cabello.

María Emilia decidió dejárselo a la altura del hombro y Julieta emparejárselo para quitarse las puntas maltratadas, con la intención de donarlo algún día.

—Así, si lo dono, ya lo tengo parejo —me dijo.

Tuvimos la oportunidad de ver a una linda niña que le trezaban su larga cabellera para cortársela para donación; el hecho nos conmovió, además de que quedó preciosa con su corte a los hombros, tan linda como mis hijas.

De ahí nos fuimos rumbo a la carnita asada, estaba lista para que mis amigas me vieran con mi nuevo *look*, de camino recogimos a mi marido en la universidad, donde imparte clases, cuando me vio me dijo que había quedado hermosa, y sus palabras me hicieron mucho bien. Sigo dudando si me lo dicen por compromiso y hacerme sentir bien o si lo creen de verdad, pero me dejó querer. Llegamos al terreno de mi amiga Yare, quien había trabajado mucho para tener todo listo. La acompañaban sus hijos Santy y Mateo que en todo momento están prestos para ayudar a su mamá, me llamaron por primera vez Ori y me trataron con una amabilidad que no había sentido de su parte, son unos niños hermosos.

Después llegó Milly y familia; luego mis papás; Choché con su esposa y su hija e hijo, este último, a pesar de ser ya un adolescente, juega un montón con nuestras pequeñas; finalmente llegó Cristina y Chore con su niña pequeña. Ya estábamos todos, y el clima, a pesar de que amenazaba lluvia, nos dejó comer con calma; más tarde comenzó el ventarrón y decidimos venirnos a casa para seguir la fiesta, acá llegó Jaz con su hijo y nos pasamos una velada encantadora, llena de sentimientos encontrados, de canto y lloradera, la catarsis ante lo que viene, aunque ya llevo varias catarsis con tanta despedida, pero soy así y a pesar de todo sigo pensando que la vida es una y hay que vivirla, no por estar enferma voy a dejar de sonreír y divertirme.

Estoy segura de que el periodo de quimios será diferente, durante ese proceso tendré que cuidarme, no podré andar de fiesta en fiesta, mis amigas me conocen y saben que extrañaré todo esto por un tiempo. Gracias a todas las personas que están a mi lado. Gracias. Me siento muy feliz.

Lunes 15 de agosto

Finalmente, el domingo publiqué fotos mostrando mi nuevo *look*, siguieron felicitándome y diciéndome que me quedaba muy bien, la gente me sigue dando ánimos. El lunes, en la Facultad de Economía, igual: “doctora que bien se ve”, “se ve más chiquita”, “le queda muy bien ese corte”. Ahora luzco mi cabello como es, al natural, chino y esponjado, así que no sé si realmente les gusta o no. Ya regresará el alaciado y el *glamur*; por ahora, lo que quiero es estar bien, aceptar que lo que viene es perder el cabello, así que seguro me veo mejor hoy que como me veré mañana.

Fui a cenar con Valeria, Karina, Ciria y Claudia, ¡qué consentida me tienen!, la pasamos muy bien. Me comí una tostada gigante de marlin y otra de atún, además de unos taquitos de frijoles; pensé que no podría dormir por tan llena, pero ayudó el *gin tonic* y el *clericot* que me tomé para brindar por última vez antes del tratamiento.

Las quimioterapias

Miércoles 17 de agosto

Se llegó el día, hoy recibí la primera quimioterapia, supe cómo se siente y padecí sus primeros efectos.

La noche de ayer fue placentera, dormí como bebé gracias al aceite de tomillo y lavanda que me regaló mi mamá. Había pasado todo el día trabajando, dejándolo todo listo, tanto en la oficina como en casa, pues el regreso a clases de nuestras pequeñas está por comenzar y hay que dejar los útiles escolares preparados.

Hoy también comencé el día con mucha actividad: desayunar, llevar a Julieta a su examen de inglés, arreglar un asunto de firmas en la Facultad de Economía, comprar algunas cosas en el súper, llevar los útiles a forrar y el momento más emotivo: entregarle mi trenza de cabello a mi amiga Blanca Díaz, presidenta del voluntariado de la Universidad

de Colima, para que, a su vez y a nombre de la institución, sea donado al Instituto de Cancerología de Colima. Para mí fue todo un ritual, me acompañó Julieta, quien se dio cuenta de la importancia de la donación.

—Mami, cuando done mi cabello espero que me digan las cosas tan bonitas que te dijeron ahora.

La abracé, le di un beso y le aseguré que así será, que es maravilloso que nuestro cabello quede en buenas manos para que lo conviertan en una peluca para ayudar a una persona con cáncer que, igual que yo, perderá su cabello, para que la pueda usar y sentirse un poco mejor.

Blanca me comentó que quería difundir mi donación en redes sociales y me preguntó si estaba de acuerdo; le contesté que sí, que me encantaría. La difusión podría ayudar a que más personas decidan donar su cabello en lugar de tirarlo a la basura; además, motivar a quienes están pasando por lo mismo que yo a que, en lugar de aferrarse al cabello que pronto perderán, lo donen para darle un noble destino. Me sentí muy feliz cuando vi la publicación, qué palabras tan lindas me dedicó Blanca. Me sentí arropada por mi institución, la Universidad de Colima, que tanto me ha dado como trabajadora, alumna y bailarina.

Alcancé a llevar a lavar mi camioneta, tenía como un mes que no se lavaba; luego a comer. No tuve mucho tiempo para pensar en el inicio del tratamiento con tanta actividad y fue mejor. Mi hermana Zaira llegó puntual a Colima, comió con mi papá y ahí nos encontramos para irnos al hospital. Llegamos y pasamos inmediatamente al lugar que había conocido dos semanas atrás y en el que ahora me tocaba estar junto con los demás enfermos y enfermas, como una paciente más del sistema de salud.

La atención fue de primera, todo el personal muy amable; me sentí como en familia, la gente saluda cuando

llega y cuando se despiden; algunas personas que salen de recibir la quimio desean buena suerte a quienes estamos ahí, y en sororidad deseamos lo mismo. Se respira hermandad, es una comunidad muy empática.

Llegó el momento del pinchazo para colocar el suero, la enfermera amablemente me explicó el procedimiento y me dijo que canalizaría una de las venas que se encuentran en la muñeca de mi mano derecha, tomará esa por si se desgasta ir utilizando, de manera posterior, las demás venas; sólo podía hacerlo en el brazo derecho porque el izquierdo sufrió la extracción de los ganglios y se corre riesgo de linfedema.

No pudo canalizarme en el primer intento, cambió a otra vena arriba de la muñeca. ¡Que dolor! ¡Tampoco pudo!, me sentía lastimada, sé que mis venas son difíciles para eso, siempre pasa que me deben picar varias veces.

—Ya la piqué dos veces, te toca —le dice la enfermera a otra compañera.

Percibí mayor seguridad en la enfermera a la que le pasaron la batuta, como orgullosa de recibir el reconocimiento de las demás. Revisó las venas en la parte inferior de mi brazo y me dijo que como ya estoy lastimada, me canalizaría más arriba. A la primera, consiguió canalizarme justo en el doblar del brazo. Respiré profundamente, aguantando el dolorcito que se siente cuando entra la aguja.

Mi hermana esperaba afuera, puede pasar cada veinte minutos por si se me ofrece algo. Entró exactamente cuando me estaban poniendo la premedicación; le conté lo sucedido: “Tengo hinchada la mano por los dos piquetes fallidos”, Zaira me motivó diciéndome que lo importante es que ya comencé el tratamiento y que éste me va a curar. Asentí con la cabeza mientras ella volvía a salir. Así transcurría el tiempo, luego de la premedicación me lavaron la vena con agua salina, porque ya seguía la quimio, me sentía un poco mareada, me dijeron que era normal.

Conversé un poco con Estela, una señora que está recibiendo su segunda quimio. Llevaba mi libro *Rayuela*, pero no pude leerlo por el mareo, entonces aproveché la plática. Mi nueva conocida ha comenzado a perder el cabello, me habló de su frustración porque se le está cayendo a mechones, le platicué que doné el mío y se lamentó que no se le haya ocurrido, ha decidido raparse a la brevedad.

Llegó a verme mi prima Aline, quien labora en el área administrativa del Seguro Social, me conmovió verla y derramé unas lágrimas; al ver su rostro recordé cuando era pequeña, no puedo creer como ha pasado el tiempo, yo la veo igual pero ahora es mamá de tres hermosos hijos; estuvo en el hospital preocupada por mí y eso me conmovió un montón. También fue a verme mi primo Rafa, él trabaja en el área de farmacia, siempre bromista, alegra los corazones de quien se acerque a él, así es su forma de ser; llevó refrescos para el personal que nos atendía.

—¿Qué van a querer de comer mañana? aprovechen que traigo quincena —les dijo a las enfermeras.

Me hace reír, mi primo hermoso. Me ha apoyado mucho en estos días.

Mi hermana regresó cuando me comenzaban a aplicar la quimio, es de color naranja muy fuerte, casi rojo, parece sangre. Se puso en cuclillas junto a mí mientras veíamos cómo avanzaba por la sonda la colorida medicina, la seguimos con la mirada hasta que comenzó a entrar en mi cuerpo; habíamos inaugurado “Los juegos del hambre”.

Doy gracias a Dios por ese momento, Zaira estaba ahí, valió la pena el viaje. Pensé que sentiría algo o que me ardería, pero no sentí nada; durante esa parte del procedimiento ni siquiera me mareé; durante la quimio pude leer mi libro y estar tranquila. Después vino otra lavada de vena que duró diez minutos y preparó el brazo para la siguiente

quimio que es blanca y luego nuevamente otro lavado para terminar el proceso.

Regresamos a casa, aquí estaba toda la familia esperándome, cenamos juntos. Tenía mucha hambre y me comí dos mangos grandes, yogurt con cereal, una quesadilla y un taco de frijoles; eso sí, todo casero, pues me recomendó la enfermera no asistir a restaurantes durante la primera semana, ya que estaré con las defensas muy bajas; tampoco puedo andar en tumultos ni recibir muchas visitas. Me sugirieron cambiar la ropa de cama cada tercer día, lavar mi ropa aparte y cada vez que utilice el baño limpiarlo con cloro; voy a estar desechando la quimio durante la primera semana, así que debo tomar muchas precauciones.

María Emilia no podrá dormir conmigo esta semana ni siquiera podrá abrazarme, trae mucha tos y mocos y me puede enfermar. Mi bebé llorará porque le da miedo estar sola en su cuarto, así que la dejaremos que duerma en el cuarto de Julieta. Pobre de mí Julieta, es una niña noble y tierna, pero le cuesta trabajo atender a su hermana; sin embargo, lo hará porque sabe que así me apoya y está en la mejor disposición de hacerlo.

Antes de dormir rescaté la foto que mi hermana Zaira se tomó en el hospital con mi primo Rafa y mi prima Aline y la publiqué con una frase: “No hay plazo que no se cumpla, se llegó el día, comienza la segunda batalla y esta vez está a mi lado mi hermana mayor”.

Sábado 20 de agosto

Hoy recibí un mensaje de una persona muy especial, mi compañera de trabajo y gran amiga Cecy Velasco, quien desde que llegó a la Facultad de Economía ha sido mi brazo derecho y me ha seguido en la aventura por varios de mis encargos administrativos. Me envió una foto suya

con el cabello corto y un bello texto: “Mi Ori, una pequeña muestra de que estoy contigo; es sólo cabello y crecerá, no significa que dejemos de vernos bonitas. Sabes que te quiero montones y estaré siempre que me necesites. Saldrás de esto como una mujer más fuerte. Estoy contigo”.

Quedé super conmovida por la foto y sus palabras. Agradecí mucho su gesto, espero verme como ella cuando me crezca el cabello, pues el corte que eligió, en verdad, le sienta muy bien.

“Cecy, te ves hermosa con cabello largo o corto, luces igual de bella. Gracias por estar siempre, por demostrarme tu apoyo a través de este hermoso y valiente gesto, valoro muchísimo tus palabras de aliento, y todo lo que me dijiste en el mensaje; por cierto, algunas de tus palabras no las comparto aquí, porque las quiero sólo para mí, para guardarlas en la mente y en mi corazón”.

Martes 23 de agosto

Después de algunas gestiones pude adelantar la cita para la tomografía, era importante para confirmar cuántos ciclos de quimio me tendrían que programar, el doctor Cásarez saldría de vacaciones y teníamos que saber los resultados para que dejara indicado el tratamiento completo. Ya tenía también los resultados del Panel Genético para Cáncer de Mama Hereditario y, con la revisión de ambos exámenes, el doctor me confirmó que sólo serían seis quimios en total, que el resultado de la tomografía indicaba que estaba limpia y que en el estudio hereditario no se encontraba ningún gen malo. Dos buenas noticias.

A la consulta me acompañó mi esposo. Horas antes habíamos estado conviviendo en la propiedad de mi amiga Yare, el ambiente estaba de maravilla y no quería que mi hermana Zaira se perdiera nada de la reunión que se había

organizado especialmente para ella, tampoco quería alejar a mis padres de la fiesta, así que consideré que ir con Raúl era lo mejor.

Esperando la consulta conversé con una mujer que acompañaba a su mamá, quien también padecía cáncer de mama, pero a ella no la pueden operar porque tiene problemas de corazón y presión alta, tampoco le pueden poner quimio intravenosa, sólo pastillas; además, estaba tomando un té que le recomendaron y, según su versión, gracias a éste ya estaba limpia. Los pacientes que vamos a recibir quimioterapia debemos firmar un documento que nos obliga a no utilizar remedios herbolarios, pues algunos pueden resultar tóxicos o contravenir con el tratamiento que se recibe, así que la escuché atenta, pero decidí que no tomaría ningún remedio casero.

La señora y su hija entraron a consulta y a su salida me comentaron que el doctor estaba sorprendido con los buenos resultados. Salieron contentas y con la esperanza de que todo iría bien. Me alegré por ellas.

Mientras la hija realizaba algunos trámites, la señora se quedó conmigo y me platicó que descubrió el cáncer mientras se bañaba, cuando salió de su pezón un líquido maloliente, me sorprendió la forma en que descubrió la enfermedad; también me platicó que es viuda, que tiene cuatro hijos: tres mujeres y un hombre al que no ve en persona desde hace 30 años, sólo por videollamada o escucha su voz por teléfono, pero no lo ha podido abrazar en todo ese tiempo; que además se hace cargo de un bisnieto que vive con ella; que quiere seguir viviendo por el niño, pero también por ella. Ese último comentario me fascinó, pues siendo una mujer mayor todavía piensa en ella; se preocupa por los demás, pero también por sí misma, y eso me conmovió. Ella se hace cargo del bisnieto, porque su nieta no lo

quería traer al mundo y ella la convenció; la nieta no se hace cargo del niño, pero estoy segura de que, algún día, agradecerá que su abuelita le haya salvado la vida. Un niño que ahora es la mejor compañía para su bisabuela y, en parte, su motor para seguir adelante. ¡Qué bonito!

Viernes 26 de agosto

Se llegó el día en que festejamos el cumpleaños 70 de mi papá. Originalmente, mi hermana Zaira había planeado su viaje para esta ocasión especial, pero coincidió con el inicio de mis quimios, así que su viaje fue doblemente especial; además de su valiosa compañía en estos momentos tan importantes para mi salud, gozamos mucho estando juntas, platicando y riendo, con las ocurrencias de todos, especialmente de mi marido que siempre nos hace reír, desde que éramos novios, siempre es el alma de la fiesta y a mí me encanta que lo sea. El viaje de Zaira también estuvo lleno de actividades, el fin de semana fueron a la playa, disfrutaron la alberca del hotel y el mar, regresaron todos bronceados, a mis hijas se les sigue descarapelando la piel y a mis sobrinas poblanas hasta insolación les dio, pero qué bueno que pudieron gozar, como mis síntomas *post* quimio fueron llevaderos, se sintieron con la confianza de irse a divertir. Me quedé con Raúl en casa y él me cuidó muy bien, hasta nos escapamos una noche al cine, aprovechando que no estaban las niñas.

A la celebración de mi papá no faltó nadie: sus hermanas con sus maridos, mi mamá, mis hermanas, sus yernos, sus nietas y su nieto, toda la familia reunida. Primero fuimos a misa a dar gracias y de ahí a mi casa, que previamente había sido arreglada por mis hijas: Julieta había hecho la decoración y María Emilia me había apoyado preparando la mesa con vajilla, vasos y copas. Las dos estaban emocio-

nadas de poder ayudar, todos estuvimos puntales en casa, menos mi papá. No llegaba el festejado, tuvimos que llamarle por teléfono.

—Estoy haciendo tiempo por si me tienen una sorpresa —contestó.

—No, Titón, la sorpresa era que vieras cómo arreglamos la casa y ya todo mundo llegó, se sentó y no viste nada.

A mí se me olvidó tomar foto de la mesa, y cuando mi papá llegó ya no estaba igual. Lo recibimos con abrazos, le tomamos fotos y seguimos con la amena fiesta. ¡Claro que había una sorpresa! El mismo trío musical que mi papá había contratado para el festejo de mi mamá, ahora ella le regresaba el gesto. Cantamos y hasta bailamos un vals con él, ocurrencia de sus hermanas, todo el ambiente estuvo muy bonito, fue una fiesta inolvidable para mi papá, tal y como la habíamos planeado.

Yo estaba feliz, casi sin efectos secundarios de la primera quimio, ya habían pasado diez días; así que agradecí a Dios que me permitiera gozar la fiesta, lo único que me faltó fue brindar con mi papá con el tinto en la mano, pues él por primera vez después de su operación de corazón, hace más de cinco años, se permitió tomar una pequeña copa de vino y brindar.

Mi tía Paty y mi tío Rafa fueron los primeros en irse, mis tíos Adriana, Daniel, Edna y Víctor se quedaron más tiempo y la fiesta se prolongó hasta las tres de la mañana; Zaira y su familia iban a regresar, así que tenían que dormir y descansar un poco, afortunadamente mi cuñado Sergio sería el conductor designado y no podía tomar, por lo que mi hermana gozó la noche sin problema.

Zaira estuvo feliz, ayer se había dejado convencer por las amigas de cortarse el cabello y peinarse con un buen alaciado para este día tan especial, le hicieron cita para que se

consintiera y se viera maravillosa; en Puebla no tiene tanto tiempo para ella, así que aquí sí se lo tomó y se veía bellísima. Todas estábamos relucientes, el Titón se puso la camisa verde que le di en navidad y un pantalón beige.

—Vengo vestido de pino —dijo cuando estábamos en misa.

Era cierto, el tronco y las ramas, me gustó esa combinación. “Eres un árbol papá, un tronco, así quiero verte y recordarte siempre, te amo”.

Martes 30 de agosto

Hoy es la fiesta de Rebeca, hija de mi amiga Blanca, pienso llevar a mis hijas y dejarlas un rato a cargo de Milly, ya que tendré una clase virtual de seis a ocho de la noche; sin embargo, no quiero perderme la oportunidad de estar ahí cuando menos una hora antes de mi clase; quiero convivir, pues viene mi segunda quimio y no sé qué pasará.

Cuando me bañé me di cuenta que había quedado cabello en el piso de la regadera, esperaba que su caída comenzará después de la segunda quimio, pues el doctor me había comentado que hasta la tercera semana lo notaría; pero cada cuerpo reacciona diferente y yo comencé hoy, un día antes de la segunda quimio y antes de cumplir las tres semanas. Traté de no darle importancia y me terminé de bañar. Al peinarme con las manos, como acostumbro hacerlo, se me quedó cabello entre los dedos. No voy a mentir, lloré un poco, una sabe que va a suceder, pero es impresionante cuando comienza; seguramente cada vez será peor, estaré dejando cabello en la almohada, en los sillones y en el piso, no hay vuelta atrás. Me consuela que es una situación temporal, y pienso que, cuando vuelva a crecer, me haré todos los cortes que siempre quise probar y nunca me atreví. Después de esta prueba, ver mi rostro con el cabello corto

será lo que menos me importará. Seré la nueva Oriana que disfruta los cortes alocados que nadie se atreve hacerse por miedo al qué dirán; no tendré miedo, sino ganas de mostrarme tal y como soy, una sobreviviente, una guerrera, una nueva mujer que venció al cáncer. Si Dios quiere, así será.

Miércoles 31 de agosto

Le tocó a mi mamá acompañarme a la segunda quimioterapia, esta vez no platiqué con nadie, me dediqué a leer *Rayuela*. Me tocó un sillón cama que me permitió estar muy cómoda; además, me encontraron la vena a la primera y no me picaron muchas veces. Estoy segura de que tuvieron mucho que ver las terapias que hice para preparar mi brazo; siguiendo las indicaciones del doctor Cásarez, me coloqué paños calientes con una solución de agua caliente con sal y aspirinas efervescentes, para después aplicar un poco de diclofenaco en gel durante los últimos cinco días, además de hacer ejercicios con una pelotita apretando diez veces y descansando cinco segundos cada vez, para fortalecer mis venas.

El resultado fue que Raúl, enfermero del hospital, pudo canalizarme en una vena cercana a la muñeca, la que la vez pasada lastimaron tanto; estaba lista para recibir el medicamento. Durante el procedimiento, imaginé que mis venas eran gordas y grandes, llenas de sangre roja, listas para recibir el piquete y la medicina. Así fue, lo logré. Vi dos documentales que me ayudaron a entender que tenía que preparar mi cuerpo para este momento: hablarles a mis venas y darles ánimo, así como mantenerme en un estado de paz y relajación. Me puse en manos de Dios y del equipo de enfermería que estaba atendiéndome.

Esta vez, mi actitud no fue de miedo sino de confianza, de que todo saldría bien y que mi cuerpo estaba preparado para ello. Fue algo mágico. No tuve la incertidumbre

de lo que sucedería, pues ya tenía la experiencia de la primera quimio. Ni la quimio ni la premedicación me habían hecho reacción negativa, así que no tenía por qué pasarme eso ahora; también sabía que no causaba dolor la solución entrando en mi cuerpo. Además, contaba con la presencia de mi mamá y eso me fortalecía aún más. Pues como buena acompañante, estuvo pendiente de mí en todo momento.

Igual que en la sesión anterior, al finalizar, las enfermeras me entregaron un medicamento llamado Filgrastim, cinco ampollitas que debo inyectarme cada 24 horas durante cinco días seguidos, comenzando el quinto día después de la quimio. La primera vez no sabíamos que me darían ese medicamento que requiere refrigeración, así que no íbamos preparadas para recibirlo, por lo que mi primo Rafa nos consiguió una hielera y unas bolsitas que se congelan haciendo las veces de hielo; esta vez, mi mami y yo fuimos preparadas con la hielera y las bolsitas que nos había dado mi primo. Para mantenerlas congeladas, ya que el proceso dura cuatro horas, le pedimos a la encargada de una tienda cercana que nos permitiera guardarlas en su refrigerador, quien accedió con gusto. Casi al finalizar el procedimiento, mi mamá fue por la hielera para tenerla lista; pobre, se empapó los pies al cruzar la calle, pues momentos antes había caído una gran tormenta, con rayos y mucho viento.

Al salir nos tomamos una foto y la compartí en mi red social: “Saliendo, hoy me acompañó mi mamita hermosa”. Como siempre, las muestras de cariño y ánimo no dejaron de llegar, pues si bien no he dicho abiertamente que estoy sometida a un tratamiento contra el cáncer, la gente sabe que algo me está pasando y la mayoría, sin preguntar nada, me dice que está orando por mí.

De regreso a casa yo conduje el auto, pues mi mamá ya no acostumbra hacerlo y yo me sentía bien. Mi esposo

nos esperaba, las niñas acababan de llegar después de toda la tarde al cuidado de mi papá primero y de mi hermana Milly después. Tenía muchísima hambre, así que me hice un sándwich con jamón, lechuga, cebolla y mucho jitomate, mucho, se me antojaba en demasía, no sé por qué, me sentía como si estuviera embarazada, con ascos, mal sabor de boca, pero con mucha hambre y antojos.

La verdad es una sensación super rara, pero así me siento, desde la primera quimio me ha dado demasiada hambre, puedo escuchar mis tripas rugir, así que no me queda más remedio que alimentarlas. Mi esposo le ha comentado a su familia lo que me sucede y su hermana Mini, que es enfermera, le ha dicho que me deje comer todo lo que quiera, que me alimente sanamente ahora que tengo hambre, porque puede ser que esto sea temporal. Así que eso estoy haciendo, estoy alimentándome bien, preparándome por si después ya no me siento bien.

Viernes 2 de septiembre

Ayer temía bañarme porque sabía que se me caería más cabello, lo que no imaginaba era la cantidad, fue impresionante. Gracias a Dios tomé la decisión de bañarme sola, sin María Emilia, porque imaginé que no sería un buen día. En cuanto me cayó el agua sentí como el cabello se desprendía y se escurría por mis hombros, dude si tendría caso aplicarme champú, pero tenía que lavar mi cabello y lo hice. Cada vez que masajeaba, sentía más y más cabello en mis manos, me apresuré a quitarlo con el agua, tenía que limpiar todo el desastre que había hecho en mi cabeza con el champú; cada vez que me tocaba me traía en las manos más y más cabellos, hasta que por fin pude quitarme toda la espuma.

Ahora a secarlo con cuidado, pero ni toda la delicadeza del mundo pudo evitar que se cayera, miré un gran mechón

en el piso, me quedé en *shock*, era una bola grande de pelo que había brincado de mi cabeza, tuve ganas de vomitar; ya no froté el cabello para secarlo, decidí esperar a que seicara sólo. Mi hija Julieta entró y vio mi cara de desconcierto.

—Ya se me comenzó a caer el cabello —le dije.

—Mami, no se ve ningún huequito —me consoló.

Le hice prometer que me avisaría en cuanto viera que se me notaba un hueco.

Por la noche llegaron a casa mi cuñado Ramiro y su esposa Rosy junto con sus hijos, estaban de visita en Colima y, como físicamente me sentía bien, estuve con ellos en la charla; preparamos pizzas y pasamos un buen rato, me olvidé por unas horas del asunto. Cuando me fui a dormir descubrí que mi partidura era más grande, había más espacio entre un lado y el otro; me acosté y comencé a llorar, mi esposo me consoló:

—Recuerda que esto es parte de tu recuperación, el cabello volverá, tú eres muy hermosa y vas a ver que peloncita también te verás bonita.

Pensé que podría enfrentar este momento con mayor entereza, hasta me había visualizado con turbantes; pero ahora me daba miedo estar pelona, así que le escribí a Yare para decirle que me pidiera la peluca que me había mostrado antes. Me sentí un poco más tranquila, ya tenía asegurada una peluca; además, mi amiga me había dicho que su jefa me prestaría otra, así que eso me consoló aún más. Después pensé en las bellas palabras de mi esposo y traté de dormir, tardé un poco en conciliar el sueño, pero dormí profundamente.

Me levanté y la almohada estaba llena de cabello, sigo tirando cabello por toda la casa, como perrito que está mudando. No quiero estar así, no quiero volver a lavar mi cabello, no quiero que se quede pegado en mis manos. Es mejor enfrentar lo que viene, así que le mandé un mensaje

a mi hermana Milly para decirle que le tomara la palabra a Mayra, una estilista que conocemos desde pequeñas y que se ofreció a raparme cuando se llegara el momento. Acordamos que a las siete y media que se desocupe de su trabajo vendrá a mi casa.

Son las seis de la tarde mientras escribo estas líneas, me la he pasado llorando todo el día, y me siento mal por eso, siento que hago una tormenta en un vaso, sé que el cabello volverá, pero me gana la vanidad. Tengo un pronóstico favorable: Dios está conmigo y me ha mandado muchas señales de que me ama, mi familia y mis amigas están pendientes de mí y vendrán a verme en un rato, después de que me corte el cabello, también estarán conmigo mis hermanas (la mayor a distancia); sin embargo, es muy difícil lidiar con esto, ya no quiero llorar, pero es inevitable y ahora que escribo vuelven a brotar las lágrimas.

Sábado 3 de septiembre

Ya estoy rapada y no puedo negar que me divertí un poco. Cuando llegó Mayra, ya estaban conmigo mi hermana Milly y sus hijos, mis hijas, mi papá y mi esposo —quien por cierto llegó con un ramo de hermosas flores—; cuando pasamos al baño había gran expectativa, Mayra me comenzó a rapar y de repente ya sólo tenía la mitad del cabello, observé como se descubría mi cabeza y pensé que no se veía tan mal, parecía estrella del *rocky* tomé la foto del recuerdo; no me sentía triste y milagrosamente tampoco estaba llorando, había imaginado que lloraría durante todo el corte, pero no, más bien me la pasé riendo, asombrada por mi nueva apariencia; sin miedo, más bien con tranquilidad. Todos y todas dijeron que me veía bien y yo me sentía bien. Mi hermana Zaira estaba al teléfono con sus hijas a través de video llamada, así que las porras también llegaron desde Puebla. En ese momento decidí que

no quería usar turbante, por lo menos mientras tuviera algo de cabello, aunque sólo fuera la sombra.

Yare me había llevado la peluca de su jefa, así que aprovechamos a Mayra para que la arreglara, me pidió que me la probara para hacerle algunos recortes, ajustarla y quitarle el cabello maltratado. Me dejó la peluca lista para cuando se me ofrezca, espero que no sea pronto. Mayra me comentó que mucha gente se rapa por gusto y que yo debería de salir así, y eso pienso hacer.

Así recibí a mis amigas de la facultad, no pienso ponerme un turbante para esconder mi cabeza sin cabello, ellas vinieron para darme fuerza y hacerme sentir bien; llegaron con un hermoso ramo de girasoles que se sumó al que me había traído Raúl y a otro que me había dado Milly. La casa se llenó de flores.

Fue un día especial que guardaré en la memoria toda la vida. Desafortunadamente mi mami no pudo vivirlo conmigo, tiene síntomas de covid-19 y no pudo estar, debo cuidarme mucho.

Lunes 5 de septiembre

Me siento bien, estoy fuerte. El sábado Yare nos invitó a su terreno para comer en familia, llegué con la cabeza rapada. Durante el fin de semana también salí a hacer algunas compras con el *look* de pelona, así acudí al Hospital Colima a ponerme la vacuna de Filgrastim —el tratamiento complementario que me dan por las quimios—. No voy a dejar que ninguna mirada me haga sentir mal, mi esposo y mis hijas me apoyan. María Emilia me ha cuestionado si no prefiero salir con turbante o peluca, le contesto que no, que me siento bien así. Pobre de mi bebé, fue la única que lloró el día que me rapé, se aferró a su tía Milly, quien la abrazó fuerte mientras me cortaban el cabello, creo que se sentía triste y desconcertada, pero ahora

está mejor y hasta acepta algunas bromas que le hago, como cuando salimos con Yare, que les dije a las niñas:

—Apúrense que ya es muy tarde.

—Mami, pero todavía tienes que peinarme —me dijo María Emilia.

—Pero ¿para qué te peino?, yo no pensaba peinarme.

—¡Ay mami! pero tú no tienes cabello.

—¡Ah, sí es cierto!

—Ay mamiiiiiiiiiii.

He publicado seis fotos con la cabeza rapada: con mi marido, con Julieta, con María Emilia, con mi hermana Mily, la del sábado que Yare nos invitó a comer y la que me hice con las chicas de economía el día que me raparon. No quiero ocultar mi imagen, la verdad no me veo tan mal, por lo menos eso me dicen: que me queda bien por mi forma de cara o de mi cráneo, que parezco un maniquí. No lo sé, lo único que sé, es que quiero mostrarme así; quiero mostrar la lucha que estoy librando y alimentarme con las muestras de cariño que recibo de toda la gente. Aquí estoy, sin tapujos, esto es lo que me ha hecho la enfermedad, pero sepan que la venceré, que será una etapa más en mi vida y, mientras eso pasa, seguiré documentando lo que me está pasando.

Aproveché para ir a la escuela y firmar la nómina que tenía pendiente, de igual forma me fui con la cabeza descubierta, no hubo muchos estudiantes que me vieran, así que pasé prácticamente desapercibida, pero lo importante para mí es la seguridad que estoy adquiriendo, salir de mi casa sin pensar cómo me veo. En parte, esa la seguridad es gracias al taller de Oración y Vida que estoy tomando desde hace unas semanas. Con lecturas y oración he encontrado la fuerza para enfrentar la adversidad.

El nombre del taller me llamó la atención un domingo que fuimos a misa a la parroquia del Espíritu Santo, el

sacerdote invitó a toda la gente a tomarlo, inmediatamente pensé que por el horario podría asistir sin problema, que me serviría en este proceso; la ayuda médica ya la tenía, la parte emocional la estaba procesando a través del libro que Momis me había prestado, pero la parte espiritual me faltaba, así que decidí inscribirme. No me arrepiento, siempre que necesito un aliento lo encuentro en los Evangelios que me dan para leer cada día de la semana; por ejemplo, el día que decidí cortarme el cabello me tocó leer el Evangelio de Isaías 41, 8-20, que en el versículo 10 dice: “No temas, pues yo estoy contigo; no mires con desconfianza, pues yo soy tu Dios; yo te he dado fuerza, he sido tu auxilio, y mi diestra victoriosa te ha sostenido”. El sábado que decidí salir de casa sin ponerme turbante o peluca me tocó reflexionar sobre el de Josué 1, 1-9, en el que descubrí un mensaje especial en el versículo 9: “¿No te he mandado que seas valiente y firme? No tengas miedo ni te acobardes, porque Yahvé, tu Dios, estará contigo donde quiera que vayas”. Esta lectura me llevó a la siguiente reflexión, que escribí como ejercicio para el taller:

Dios me dice que sea valiente, que no tema.

Él me mandó ser valiente y firme a donde quiera que vaya, pues está conmigo, y si está conmigo, ¿quién contra mí? No voy a tener miedo, no me voy a acobardar, seré valiente y firme a donde quiera que vaya.

Gracias Padre por darme la valentía para enfrentar esta nueva apariencia que tengo, para no esconderme por cómo me veo, sino más bien, ser valiente y firme a donde quiera que vaya, porque sé que tú estás conmigo y me das fortaleza para vencer mis temores y mis miedos.

Me comprometo a ser valiente y fuerte por mí y por quienes en este momento no pueden serlo, llevando tu palabra de fortaleza ante la adversidad.

Comparto este ejemplo de lo que vivo en este bonito taller, con la esperanza de que, quienes me leen, hagan conciencia que la parte espiritual es también importante para la sanación, acercarnos a un ser superior, al Dios en el que creemos, en mi caso es Jesús. Esta enfermedad me permitió acercarme mucho a él, y lo agradezco; él estuvo, está y estará conmigo durante todo el proceso de sanación. El taller comenzó una semana después de mi primera quimio y terminará cuando haya concluido este tratamiento y esté a punto de comenzar las radioterapias.

¿Coincidencia o destino? ¿suerte? No, la verdad no creo en la suerte, estoy convencida que Dios puso este taller en mi camino para acompañarme en el proceso, para decirme que no estoy sola: “No temas, pues yo estoy contigo”.

Viernes 9 de septiembre

Hola Mayra buenas tardes, ayer no alcancé a escribirte para agradecerte el champú que me mandaste. Milly llegó muy a tiempo, cuando me estaba bañando, así que ya lo estrené. Muchas gracias por tu apoyo, eres un angelito más, que Dios me ha mandado para demostrarme que no estoy sola.

Este es el mensaje que le mandé a Mayra para agradecerle que me haya enviado un producto especial para lavarme la cabeza ahora que la tengo rapada y que comenzará a sufrir, con mayor frecuencia, la calvicie, perdiendo la sombra de cabello que me queda.

Ella me ha comentado que no debo rasurar mi cabeza, sólo raparla con la maquinita; y lavarme con champú y no con jabón para cuerpo. Mucha gente comete ese error,

pues como no tienen cabello les da igual pasarse el jabón del cuerpo por la cabeza, sin embargo, esa acción no le hace bien al cuero cabelludo. Me siento feliz y bendecida, nuevamente alguien está para mí, apoyándome y acompañándome en este reto de salud.

Tengo mucho trabajo como coordinadora de posgrado y, aunque estoy de incapacidad, no puedo mantenerme ajena a lo que sucede en mi labor académica; trabajamos en una actividad muy importante que había esperado desde que tomé la coordinación y que por una cosa u otra no se había dado, ahora que estoy de incapacidad llegó el reto de registrar el doctorado en Relaciones Transpacíficas en el Sistema Nacional de Posgrado, con la finalidad de que nuestros estudiantes tengan la oportunidad de concursar por una beca del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Estoy en la disyuntiva de apoyar a mi amigo José Manuel —director de la Facultad de Economía— en este reto o no tener más presiones y enfocarme a atender la enfermedad. Pues bien, después de meditarlo he decidido apoyar este desafío laboral, trabajando la mayor parte desde casa, pero sin que llegue a mermar más mi salud.

José Manuel me ha dicho que me despreocupe, pero no puedo dejar de hacerlo; como director tiene mucho trabajo y presión, y no quiero abonar con mi ausencia; además, él está pasando por un momento difícil, pues no sólo yo me he enfermado, hay otro profesor de la facultad que de manera intempestiva también ha sido diagnosticado con cáncer. Nos ha cimbrado a todos, por eso quiero apoyar. Además, no estoy sola, mi brazo derecho incondicional, mi querida Cecy, está dispuesta a apoyarnos y a entrarle al reto. Estoy convencida de que lo vamos a lograr, nuestros alumnos lo merecen.

Hago oración por la sanación del profesor de la Facultad de Economía, nuestro amigo Eduardo Solís, a quién le he estado dedicando mi Taller de Oración y Vida, sé que su reto de salud es más grande que el mío, pero para Dios nada es imposible, también sé que está en las oraciones de mucha gente que lo quiere. Es algo mágico, observar y sentir cómo se unen los seres queridos en oración para que sanemos, para que yo sane, para que Eduardo sane, Dios quiera que así sea.

Sábado 10 de septiembre

Mi esposo publicó en sus redes sociales: “Hay que subirse a la ola”, frase acompañada con una foto del nuevo *look* que ha decidido portar. Me ha sorprendido con un hermoso detalle, se ha afeitado la cabeza para verse igual que yo, incluso se ve más pelón que yo. Entró a bañarse y cuando salió era otro. Pobre María Emilia, se quedó desconcertada cuando vio a su papá.

—¡Tú también te quedaste pelón papi! —exclamó impactada. Creo que va a necesitar terapia mi bebé, ahora tiene a mamá y papá sin pelo.

Raúl ha decidido raparse para apoyarme, por decisión propia, por empatía, por amor. La verdad no tengo palabras para expresar lo que siento; el amor se expresa con hechos, y mi esposo me ha demostrado de qué está hecho nuestro amor. Te amo.

Lunes 12 de septiembre

Ya viene la tercera quimio y cada día me siento mejor, no puedo quejarme, tengo algunos efectos secundarios: náuseas, como cuando estaba embarazada; mal sabor de boca, igual como cuando estaba embarazada; y mucha hambre, esa no se me ha quitado, como cuando estaba embarazada, ¡Oh, Dios! me siento en estado de ingravidez, que chistoso. Lo único que

me recuerda que ese no es mi estado es la calvicie, pues ya se ha comenzado a notar más. La sombra de cabello que había quedado se ha ido cayendo en los últimos días.

Ya no me gusta mi aspecto, ya no me miro como una peloncita simpática sino como una persona que se está quedando calva. Ahora me cuesta trabajo animarme a salir así, no me gusta cómo me veo con turbante; la peluca que me trajo Yare —que era de su jefa— no se me ve bien, me siento muy artificial, la que ella me compró me encanta, pero me provoca mucho calor. No sé qué hacer, la verdad por más que trato de prepararme y hacerme el ánimo no puedo.

El fin de semana que festejamos el cumpleaños de Fátima me puse la peluca que me regaló Yare, me tomé una foto con mi sobrina y mis hijas y la publiqué en *Facebook*. La foto recibió más de mil reacciones, nunca había recibido tantos *likes*; me dio mucho gusto que la gente me diera tantos ánimos. Sin embargo, cuando llegué a casa y me quité la peluca, volví a mirar a la persona calva en el espejo. Veo como mi imagen va cambiando, poco a poco, de una persona sana a una enferma, así me siento, mi aspecto es de enferma.

Hace unos días me habló Cristina, una amiga de hace mucho tiempo, acaba de regresar de Turquía y me dijo que me trajo un turbante de regalo, y que mi amiga Blanca le pidió que me trajera otro de parte de ella; entonces, al parecer, tendré dos turbantes turcos. Ya los he visto en internet, son como rebozos, tal vez me guste ese aspecto. Los turbantes que tengo no me gustan, me hacen ver enferma, pequeña y disminuida; no me gusta verme así, no me quiero sentir así.

Martes 13 de septiembre

“¿A las cuántas sesiones de quimioterapia se cae el bigote?” publiqué la pregunta en redes. Puedo ponerme a llorar o tratar de divertirme con lo que me pasa. Es verdad, ya

no tengo nada de cabello y el bigote sigue ahí, también las cejas, lo que aprecio muchísimo, la verdad no quisiera que se cayeran, pero ¿Por qué el bigote no se cae?! Pasé un rato agradable leyendo todos los comentarios, algunos divertidos, otros de ánimo; todas las respuestas me reconfortaron y me dieron fuerzas. Transcribo algunos:

Ay Oriana, jajaja, me encanta que en medio de la tormenta le sonrías a la vida. Gracias por existir.

Que se caiga el bigote, pero nunca las ganas de reír, de reinventarse, sobre todo la buena vibra. Abrazo enorme para ti, lleno de los mejores deseos y con toda la buena vibra. Eres grande.

Ese allí se queda Ory, ni modo, dándole fuerza a tu sonrisa y a tu fortaleza.

El bigote es inmortal, jejeje, le mando un fuerte abrazo y me da gusto que se mantenga con mostacho y con mucho ánimo. ¡Le mando buenas vibras!

Mensis, jejeje, me hiciste reír, otra vez, ¡me encanta tu entusiasmo y buena vibra, el buen ánimo hace la diferencia!, aquí andamos para lo que se ofrezca mi Ori... besos.

Jajaja ¡Me encanta esa actitud! Eres ejemplo de fortaleza ante la vida. Mis respetos y cariño. Recibe luz y mis buenos deseos de que sigas muy bien.

Según Tiziano Ferro a las mexicanas ¡nunca! Amiga te admiro muchísimo por toda tu fortaleza y por demostrar que también hay otros matices. ¡Abrazote!

Miércoles 14 de septiembre

Mi esposo me acompañó a la tercera quimio, nuevamente iba nerviosa por mis venas, llevaba listo el discurso para decirle al enfermero Raúl, que no me picara en ninguna de

las dos venas que ya hemos utilizado, porque todavía me duelen; le pediría que tomara la vena que se utilizó en la tomografía, pues sé que está fuerte, aunque chueca como me comentó la enfermera Esmeralda cuanto acudí a dicha prueba. Así lo hizo y todo salió bien.

Me enteré de que, para una tomografía con contraste —como la que me hicieron—, es importante dejar por lo menos ocho días, antes y después de la quimio, pues el líquido utilizado es muy agresivo con los riñones, al igual que la quimio; por ello, no es recomendable realizar los dos procesos en periodo cercano, para evitar un posible daño renal. Cuando el enfermero me comentó eso me sorprendí, nadie me lo había advertido.

Gracias a Dios la tomografía con contraste fue seis días después de la primera quimio y la siguiente quimio ocho días después de la tomografía, eso me mantuvo alejada de un daño; pero nadie me advirtió sobre ello, creo que faltó esa explicación por parte del doctor o de las personas que hacen los estudios, el paciente debe tener en cuenta ese tipo de advertencias para ajustar las fechas de los procedimientos y no correr riesgos innecesarios.

Mientras estaba canalizada conocí a una mujer que estaba a mi lado recibiendo una dosis extra de un medicamento que la fortalecería, pues había terminado su tratamiento hace algunos meses y estaba yendo a revisiones periódicas. Ella ya había pasado por todo lo que estoy pasando y pasaré. La chica, llamada Dulce, recibió nueve quimios con una separación de una semana cada una, el cáncer fue descubierto luego de tres biopsias realizadas en el Seguro Social, dos negativas y la última positiva. Había recibido mucha atención de la institución, ya que su mamá había fallecido de cáncer, eso la convertía en un foco rojo y era checada constantemente por el sistema de salud. Me

platicó que se le comenzó a caer el cabello hasta la tercera semana, que se le había hecho como de chicle y que volvió a salirle como mes y medio después de la última quimio. Está por cumplir un año desde que le diagnosticaron cáncer y sigue luchando contra la enfermedad; la veo fuerte y decidida, es casi de mi edad, pero tiene un hijo de veintidós años y una hija más pequeña. Espero que le vaya bien y que el cáncer nunca más la aqueje ni a ella ni a su descendencia.

Durante mi sesión, Raúl estuvo al pendiente de mí todo el tiempo, cada media hora regresaba para preguntarme si se me ofrecía algo. Puso alarmas en su celular y puntualmente entraba a verme. Algunas veces me encontraba leyendo *Rayuela*; otras, escuchando la música que nos ponen mientras nos aplican el tratamiento, disfruto mucho hacerlo, pues nos anima y alegra el corazón; los diversos géneros musicales me recuerdan mi juventud y hasta mi niñez.

Hoy pusieron la canción “Abrázame muy fuerte” y no pude evitar unas lagrimitas; efectivamente, hay que abrazarnos mucho en la vida, no sabemos hasta cuándo estaremos aquí. Quiero abrazar a mis hijas, a mi esposo y a mis padres, sobre todo a mis padres que ya están grandes, pues “...el tiempo pasa y él nunca perdona”, como bien dice la letra. Hoy que tenía a mi esposo apoyándome, me prometí que el tiempo que me de Dios lo sabré aprovechar, definitivamente no me voy a quedar a pelear, sino a vivir abrazando a los que amo.

Al finalizar el tratamiento nos tomamos la foto del recuerdo “Saliendo de la mano con mi amor Raúl Rodríguez. Oficialmente a mitad del tratamiento”. Gracias mi amor por ser tan lindo, por demostrarme tu amor en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad. Te amo.

Sábado 17 de septiembre

Ayer por la noche me acosté llorando, no me he sentido bien, todo el tiempo tengo ascos, mareos y el estómago inflamado; me duelen las piernas y la vena que recibió la quimio. Sentirme mal me pone triste. Recibí un video que Luis me mandó desde Puebla, en el cual me muestra que él, su esposa Yunuen, Claudia, Ciria, Adriana y demás amigos conquistaron la cima de La Malinche y, a petición mía, estando arriba gritaron: “¡Cáncer que aqueja a Ori, chinga tu madre!”, se me ocurrió un día antes y lo hicieron. Eso me llenó de emoción. Hoy irán a la conquista del Pico de Orizaba y realizarán el mismo grito si logran llegar a la cima, espero que les vaya muy bien y puedan llegar hasta lo más alto para mentarle la madre a esta enfermedad.

Sigo triste, no pude acompañar a Raúl al acto académico donde fue padrino de generación; no tenía ánimos de levantarme temprano y arreglarme, me siento débil y debo cuidarme de no andar entre tanta gente. Así que me levanté más tarde, las niñas también; Julieta se puso a hacer *hot cakes*, no alcancé a decirle que el mío lo quería sin chispas de chocolate, no se me antojaban, más bien tenía ganas de ponerle miel. Cuando bajé ya había vaciado las chispas en la mezcla. Comencé a llorar, de la nada, me sentí triste de no poder comer mi *hot cake* con miel.

—¿Qué tienes mami? —me preguntó Julieta.

—Es que yo lo quería con miel y no con chispas de chocolate, pero ya ni modo, no te preocupes.

Me puse a lavar los trastes y cuando terminé con la primera tanda, me di cuenta de que Julieta estaba colando la mezcla para quitarle las chispas de chocolate y hacerme mi *hot cake* con miel. Con paciencia, había estado haciendo esa tarea, simplemente para que yo tuviera el desayuno que deseaba.

Trato de ser fuerte, pero a veces no puedo; no me gusta que mis hijas me vean llorar, cuando lo hago procuro que sea en la intimidad de mi habitación, con mi marido o en soledad, pero ahora estaba tan triste que no pude contenerme; sin embargo, ese acto de amor de mi hija me dio fortaleza, voy a seguir enfrentando esta enfermedad que por ahora me ha hecho sentir triste y desanimada. Gracias Julieta, te amo.

Lunes 19 de septiembre

Un día increíble, todos los mexicanos estamos consternados, volvió a temblar en 19 de septiembre; van tres veces que sucede en la misma fecha: 1985, 2017 y ahora en 2022. El sismo tuvo una magnitud de 7.7 con epicentro en Coalcomán, Michoacán; muy cerca de Colima, por ello lo sentimos fuertísimo.

Me encontraba en un consultorio del Hospital Colima, ubicado en la planta baja, a punto de que me pusieran una dosis de la vacuna que fortalece mi sistema inmunológico después de las quimios, cuando comencé a ver que el enfermero se movía delante de mí, de un lado a otro, pensé que me estaba mareando pues a él lo veía muy tranquilo, tomando el algodón con alcohol para limpiar mi brazo e inyectarme. Antes de recibir el piquete confirmé que estaba temblando, le dije que nos saliéramos y comencé a caminar de prisa; escuché un fuerte crujido de la tierra y sentí como el edificio vibraba violentamente; intenté correr, alcancé a ver la hielera en donde se encontraba mi medicamento y pensé que, si se perdía, ni modo, no iba a regresarme. Lo único que quería era salir de ahí, sentía que el pasillo se hacía más largo, me animaba diciéndome que, si el edificio continuaba en pie, podría salir.

Todo esto sucedió en segundos, pero en esos momentos el tiempo parece detenerse. Logré salir sana y salva hasta el estacionamiento, me alejé lo más posible del edificio y volteé para ver que estaba en pie, sin ningún rasguño. Que angustia habrán sentido los enfermos que no pudieron salir, afortunadamente sólo había sido el susto. Pensé en mis hijas, en mi esposo y en toda mi familia, me tranquilicé argumentando que, si el hospital que tiene tres pisos estaba de pie, las escuelas de mis hijas también; y esperé a que me pusieran la vacuna.

Regresé caminando a casa, cruzar las avenidas fue toda una odisea, la gente manejaba como loca, si no había muerto por el temblor, tal vez atropellada sí. La gente estaba histérica, queriendo llegar rápidamente con sus seres queridos, pues las líneas telefónicas colapsaron y eso generaba más incertidumbre y angustia.

Una cuadra antes de llegar a casa mi vecina Adanary a grito abierto me ofreció *raite*, le dije que sí, me sentía muy cansada y agitada de caminar de prisa con el sol a cuestas; ya arriba me preguntó si quería que me llevara a algún otro lado y le pedí que fuéramos a recoger a Julieta al colegio, pues estaba segura de que primero irían por los más pequeños y dejarían a Julieta al final. Antes, decidimos llegar a nuestras casas, para ver cómo se encontraban. En mi casa todas las ventanas estaban en su lugar, y eso me tranquilizó; tenemos una ventana, muy grande, con vista a la calle, me preocupaba que algún vidrio hubiera tronado. Le toqué la puerta a Jessi, la chica del aseo, pero no contestó, pensé que había ido por su hijo; desafortunadamente no me había llevado llaves, ella estaba haciendo la limpieza y se supone que seguiría ahí cuando yo regresara, pero no contábamos con el temblor. Mi teléfono celular se había quedado adentro y no podía entrar a mi casa, me sentí desprotegida, lo bueno

que había encontrado a mi vecina, así que regresé a su casa para que me llevara al colegio por Julieta.

Cuando llegamos al colegio había muchos autos, pero la fila avanzaba. Me bajé para ir ganando tiempo. En la puerta del colegio había otra gran fila de papás, así que me formé.

—¿Ori cómo estás, vienes por Julieta? —me grito al verme mi amiga Blanca— no te preocupes, yo la recojo junto con Rafita, vete a mi camioneta, prende el aire y espérame ahí.

También estaba Araceli, la esposa de mi amigo José Manuel, quien la secundó:

—Sí, hazle caso a tu amiga y vete a esperar a la camioneta, nosotras aquí nos hacemos cargo, no te preocupes, ella está bien.

Me vieron con el semblante desencajado o por mi enfermedad y querían apoyarme, las dos insistieron y les hice caso; antes fui con mi vecina para comentarle que había encontrado a otras amigas que me ayudarían a recoger a Julieta y me llevarían a casa de mi mamá, le di las gracias y ella regresó con su familia.

Por fin llegó Blanca con Julieta, sus hijos Rafita y Rebeca y su sobrina Ainhoa; ya todos listos en la camioneta nos pusimos en marcha. Blanca me ayudó a comunicarme con mi hermana Milly, con Raúl y con mi papá, les avisamos que ya teníamos a Julieta y que iríamos a casa de mi mamá, donde habíamos decidido, anticipadamente, que sería el punto de reunión. Mi papá ya tenía a María Emilia y a mi sobrina Fátima, ahora iba por Sebastián; sin embargo, Milly ya lo había recogido y ahora intentábamos contactar a mi papá para avisarle que ya no fuera; todo era un caos, pero afortunadamente estábamos bien, asustados, pero bien.

Durante el recorrido a casa de mi mamá, Rebeca, la hija de Blanca, nos contó que, en su escuela, sus compañeritos habían gritado “simulacro” cuando temblaba, pues no

creían que, justo hoy, estuviera sucediendo de verdad, ya que unas horas antes habían tenido el simulacro para conmemorar los sismos de 1985 y de 2017; todos soltamos la carcajada y nos pusimos a contar, uno a uno, nuestra vivencia.

Martes 20 de septiembre

Han llegado los dos turbantes que me trajeron de Turquía, el de Blanca es rosa intenso con gris y el de Cristina rosa con beige, los dos están hermosos, estoy muy feliz y agradecida con ellas. La verdad no sabía cómo ponérmelos, pero me puse a ver un tutorial de una chica que tuvo cáncer y con ella aprendí, ahora hace videos para que las que estamos pasando por lo mismo conozcamos las distintas formas de usarlos.

Qué bonito que alguien pueda apoyar con su experiencia a quienes estamos pasando por procesos similares. Espero que este libro, en algún momento, también sirva para darle ánimos a alguien, para ayudarlo a prepararse para lo que viene, para tomar decisiones, para saber que se puede salir adelante y que es sólo un episodio en nuestra vida, una prueba que para muchas personas se puede superar.

Mañana cumplo una semana de haber tomado la tercera quimio, el fin de semana espero salir algún lugar a comer en algún restaurante y estrenar mis turbantes. De ahora en adelante pienso usarlos, mi valentía de salir a la calle sin nada en la cabeza ha disminuido considerablemente, la calvicie me invade y la vanidad me gana, ya no tengo fuerzas para salir pelona. Creo que se vale sentirse así, no puedo ser la mujer inquebrantable siempre, la que toma la enfermedad con buena actitud, la que recibe a sus amigos cada vez que la vienen a visitar con una gran sonrisa y les dice que todo va bien, porque la verdad es que no todo va bien. Ya no me gusta cómo me veo, pero tampoco quiero deprimirme. Los turban-

tes me están dando una oportunidad, me veo al espejo, me siento linda con ellos y voy a aprovecharlos.

Muchas gracias, chicas, por todo. Gracias por los turbantes, gracias por la peluca, ahora son mis grandes aliados, esas prendas no me dejarán caer y por un tiempo esconderán la enfermedad que hasta hace poco mostraba con orgullo; no por estar orgullosa del cáncer, sino porque quería demostrarles a todos que estaba luchando por mi vida, salir a la calle sin turbante mostraba esa lucha interna que estoy llevando. Ahora ha comenzado otra etapa, seguiré luchando por mi vida, pero ahora tratando de verme bien, para sentirme bien, para verme de colores y no monocromática como a veces me percibo. Dicen que la actitud es lo que cuenta, pues ahora, esa es la actitud.

Miércoles 21 de septiembre

Me encuentro a mitad del tratamiento y he notado que mis uñas han cambiado de color, poco a poco se han comenzado a poner moradas en su nacimiento, me pregunto si será normal, le escribí a mi cuñado Riky, quien es médico, para preguntarle si sabe algo al respecto; consultó con varios de sus compañeros y argumentan que es efecto de la quimio, yo también creo que eso debe de ser, la verdad me siento bien, no se han incrementado mis malestares, así que no pienso preocuparme, seguramente tiene que ver con la quimio.

Consulté un sitio de internet que arrojó la siguiente información: “Debido a las quimioterapias las uñas pueden oscurecerse o despigmentarse y volverse más quebradizas durante el tratamiento, pero esta situación se revierte una vez terminada la quimioterapia”.

Mis uñas están fuertes, no se doblan ni están débiles, sólo se tornan moradas. La verdad prefiero que se pinten a que se caigan, pues me parece que es peor que la quimio te debilite las uñas a que por la toxicidad se pinten de color.

Mi hermana Zaira me llamó por teléfono y me expresó su preocupación: que si no estaré muy intoxicada o que si estará disminuyendo el oxígeno en mi sangre; me pidió que comenté esta situación con el oncólogo y vea la posibilidad de espaciar las quimios. La tranquilizo diciéndole que siempre que me van a poner la quimio me toman los signos vitales y salgo bien, con oxigenación del 98. No quiero retrasar ninguna quimio, quiero salir de esto lo antes posible.

No me inquietaré de más, mejor me mentalizaré y prepararé mi brazo y mis venas para que estén fuertes. Estoy comenzando a sentir un dolor en el brazo que recibe las quimios, supongo que se encuentra muy lastimado por dentro, ya me había comentado mi tía Edna de su sobrina, quien se encuentra en la misma situación, que le dolía mucho el brazo debido a las quimios. Al principio a mí no, pero ahora ya sentí el dolorcito y no me gusta. ¿Qué puedo hacer? Pues consentir a mi bracito, darle calor e hidratarlo para que resista; sólo faltan tres: “Vamos a la mitad, tú puedes bracito, tú puedes”.

Martes 27 de septiembre

Ayer me sucedió algo hermoso, nos reunimos a festejar la vida en casa de mi amiga Mara, en su hermosa terraza que siempre arregla de manera maravillosa para nosotras: Claudia, Ciria, Paty, Ianina, Jaz, Margarita y yo. Ahí me sorprendió con un regalo. Primero le dio a Margarita los obsequios que había repartido cuando lanzó su marca Mansión Folclor en la Ciudad de México, entre ellos un molcajete pequeño que a todas nos encantó.

Luego dijo que tenía un regalo para mí, levanté la mirada y recibí con gusto una pequeña caja.

—¡Ábrela! —me dijo.

Era una cinta métrica. ¿Será una broma? ¿para qué quiero una cinta métrica?

—Ven y trae la cinta —me dijo— corta veinticinco centímetros de mi cabello, te lo quiero donar para que lo uses en lo que más te convenga.

Todas nos sorprendimos. Mi reacción fue decirle que ya tenía una peluca y que la usaba poco, además de que tengo ya muchos turbantes, que no era necesario que se cortara el cabello por mí.

—No importa que no lo necesites, lo puedes donar para que alguien más se beneficie con él, es una muestra de que estoy contigo, tu perdiste tu cabello, yo puedo perder una parte del mío.

Su respuesta nos conmovió a todas hasta las lágrimas, en especial a Margarita. Yo no lloraba, estaba en *shock* con las tijeras y la cinta métrica en las manos. Le pedí a Jaz que lo hiciera, y yo la apoyé para medir los veinticinco centímetros. Cortamos el cabello de Mara entre gritos de emoción. Fue un gesto muy bonito que jamás olvidaré, como el de Cecy cuando se cortó el cabello para mostrarme su apoyo o cuando el maestro Rábago me mandó una foto pelón y afeitado de coco para decirme que estaba conmigo; y que decir de Raúl, mi esposo, quien a la fecha sigue afeitado de cabeza y rostro, no importa que yo me ponga peluca o turbante, él siempre anda así conmigo, demostrándome su amor.

Hoy, el cabello de Mara está en el Instituto de Cancerología del Estado, cuando lo entregué me preguntaron el nombre de la donante y reconocieron que se trataba de la exsecretaria de Turismo, conocida por su larga cabellera y por portar con orgullo vestimenta tradicional mexicana. Ahora su cabello es más corto, pero para mí luce más hermosa que nunca, como mujer y como persona. Mara nos reveló que desde la secundaria no se dejaba el pelo tan

corto, una vez la confundieron con niño y desde entonces decidió no dejarlo así, pero ahora era el momento de vencer ese trauma y hacer algo por las demás.

En la reunión, Jaz me confesó su miedo cuando supo que yo había sido diagnosticada con cáncer, pensó que le pediría apoyo para raparme y que sintió alivio cuando alguien más lo hizo; sin embargo, en el fondo creo que lo que me estaba diciendo era: “Amiga yo habría podido ayudarte, tenía miedo de que me lo pidieras, pero si lo hubieras hecho ahí habría estado para ti”. Es cierto, ¿por qué no le pedí ayuda a Jaz? ella a eso se dedica; tal vez estuvo esperando mi llamada que nunca llegó, y me sentí mal porque sin pretender la dejé fuera de este acompañamiento, y es que en verdad nunca pasó por mi mente a quién recurrir para ello. Perdón amiga si te ofendí al no considerarte para esta gran tarea.

Miércoles 28 de septiembre

Se llegó el día de la cuarta quimioterapia, esta vez me acompaña mi amiga Yare, me había apartado la fecha desde hacía tiempo y aunque sé que tiene que organizarse como madre, esposa y trabajadora, cuando se ofreció le dije que sí, porque sé que lo hace por convicción, porque quiere vivir este proceso cerca de mí, no para quedar bien como amiga; ella es como una hermana, tengo varias amigas en esa categoría, por ejemplo mi amiga Claudia.

Yare llegó super puntual y yo aún no estaba lista, me tuvo que esperar quince minutos. Cuando salimos rumbo al IMSS iba nerviosa por mis venas, aunque había comenzado las terapias con lienzos calientes una semana antes, pero no había hecho los ejercicios con la pelota, pues no la había encontrado; apenas hoy conseguí una pelota más pequeña y menos suave, pero al fin pelota, así que todo el camino me la pasé apretándola, tratando de recuperar el tiempo perdido.

Como las otras veces, llegamos a la tienda a comprar una botella de agua y a pedir el favor de que nos guardaran la hielera para transportar las vacunas. El día estaba soleado, no esperaba que lloviera, pero no me lo van a creer, se vino la tormenta; afortunadamente, cuando Yare salió por la hielera ya había dejado de llover y no se mojó tanto como Raúl o mi mamá.

Yare fue una excelente cuidadora, cada quince minutos iba a ver si se me ofrecía algo. Yo le había dicho que cada media hora, pero la enfermera que nos recibió le indicó que viniera cada quince y Yare, muy obediente, cada quince minutos estaba ahí. Me ayudó para ir al baño varias veces, a reacomodarme en el sillón cuando me levantaba, a darme la botella con agua y a cargar mi teléfono para estar en contacto con mis hermanas y amigas que querían saber cómo iba el proceso y, sobre todo, si me habían podido canalizar a la primera.

Sí, me canalizaron en el primer intento. Esta vez no fue el enfermero Raúl sino Cyntia, una chica muy amable. Cuando llegó con lo necesario le pregunté por Raúl, me dijo que ahora le tocaba a él preparar las quimios y a ella canalizar, confieso que me dio un poco de temor, con Raúl me sentía segura y ahora tenía menos venas disponibles. Tardó varios minutos observando mi mano, revisando cuidadosamente, tocando mis venas; luego aplicó alcohol sobre la que parecía la correcta, pero no se decidía a pincharla, ante su indecisión la animé a que lo intentará; casi al mismo tiempo, otra paciente que estaba observando comentó que a ella la habían canalizado en el antebrazo. Cyntia la escuchó, giró suavemente mi brazo y descubrió una vena que parecía ideal, también yo la miré, se veía gruesa y grande: “¡Vamos a picarla!”

Cuando la enfermera introdujo la aguja, imaginé que mi vena era fuerte, con un torrente sanguíneo rojo y abundante. No regresaba sangre y pensé que no había funcionado, Cynthia no se dio por vencida e hizo algunos movimientos para tratar de pescar bien la vena y lo logró.

—Ya quedó —me dijo mientras conectaba el suero.

Luego llegó la enfermera que no pudo canalizarme en la primera quimio, ahora sé que se llama Elizabeth, y comentó:

—Te dije que era difícil, es la paciente de las venas difíciles.

Entonces me di cuenta que, previo a mi llegada, Cynthia había sido advertida de que le tocaría canalizar a una paciente de venas difíciles, o sea yo. Ya soy famosa entre las y los enfermeros, ahora entiendo por qué se tardó tanto, sabía que podía fallar varias veces y al parecer se puso el reto de lograrlo a la primera. Le agradezco mucho que haya tenido tanto cuidado, evitó lastimarme y eso lo valoro mucho.

La quimio transcurrió sin novedad, hasta al final que nos dimos cuenta de que la vena se había infiltrado, es decir, se había perforado y derramando líquido, que provocó una inflamación en el antebrazo. Cynthia retiró la aguja y me comentó que por suerte no se había derramado la quimio sino la solución salina, pues el incidente sucedió cuando ya estaba lavando la vena.

—¿No sentiste dolor? —me preguntó.

—El dolor lo siento todo el tiempo, en todo el brazo, entonces no puedo notar la diferencia.

—Me imagino, pero estás bien. Ya terminamos.

Respiré cuando me dijo eso, ya faltan menos, sólo dos más. Al finalizar publiqué una fotografía y el texto: “Terminando, esta vez me acompañó mi amiga Yare”.

Viernes 30 de septiembre

Ayer comencé el curso virtual de nutrición para pacientes diagnosticadas con cáncer, al que me invitó mi cuñada Mini. Si bien ya estoy terminando la parte más pesada del tratamiento, me pareció importante conocer sobre la sana alimentación que debemos de tener las pacientes con cáncer. Aprendí un nuevo concepto, la *caquexia*, una situación de anorexia en el paciente con cáncer; es cuando el cuerpo, cansado de luchar contra la enfermedad, no responde bien a la ingesta de alimentos. La caquexia implica una pérdida extrema e involuntaria de peso y masa muscular, relacionada con factores como cambios en la dieta o falta de apetito, efecto secundario de los medicamentos que cambian el ritmo metabólico del cuerpo o desnutrición crónica derivada de la enfermedad.

Cuando supe de esa condición en la que el o la paciente ya no quiere comer, o come, pero el cuerpo ya no absorbe los nutrientes, entendí por qué el doctor Cásarez no me restringió la ingesta de ningún alimento, incluyendo los altos en grasas o azúcares. Cuando le pregunte qué podría comer y qué no durante el tratamiento, me contestó:

—No puedes comer uvas, ni toronjas porque se contraindica, y después de las quimios evita comer demasiada soya, plátano y aguacate, de ahí en más puedes comer de todo; embutidos, carne, pan dulce, de todo con moderación.

La respuesta me sorprendió, pensé que me restringiría la alimentación.

Durante el curso aprendí que la mayoría de los nutriólogos clínicos coinciden en que un enfermo con cáncer puede comer de todo; muchas veces se les restringía la comida para meterlos a un régimen saludable, lo que les tocaba comer no se les antojaba y dejaban de hacerlo, debilitándo-

se o perdiendo peso, y eso les impedía seguir el tratamiento por no estar en condiciones de soportarlo.

Como bien dice mi esposo, el cuerpo es sabio y cuando sabe que algo te hará daño no se te antoja; pero cuando lo necesita, te dan ganas de consumirlo; creo que por eso he tenido comportamientos de embarazada, se me antojan cosas extrañas y otras que me gustaban las he despreciado, seguramente el cuerpo me está hablando para decirme que sí y que no llevarme a la boca.

Durante el curso explicaron cómo podemos alimentarnos de forma saludable, no sólo los pacientes con cáncer, sino cualquier persona. Aprendí a distinguir los alimentos alcalinos de los no alcalinos, y supe que los alimentos alcalinos nos ayudan a combatir la enfermedad. Entendí el porqué se me había restringido la toronja, esta fruta contiene una sustancia llamada furanocumarina, la cual evita que el intestino o el hígado descompongan ciertos medicamentos que pueden llevar a sobredosis peligrosas. La soya contiene un componente llamado isoflavonas, que puede evitar la efectividad de la terapia hormonal. Hoy aprendí mucho.

Martes 4 de octubre

Fui a cita médica, me atendió el doctor Ciprés, porque el doctor Cásarez está de vacaciones; la cita era para solicitar mi comprobante de incapacidad, pero aproveché para comentarle lo de las uñas moradas, los dolores del brazo y la preocupación de que mis venas se están adelgazando y que ya me provocaron una infiltración. El doctor me explicó que todo es parte de los efectos secundarios del tratamiento; sin embargo, ante mi temor de no aguantar la quinta y sexta quimios, por lo vivido en esta etapa del tratamiento, le pregunté sobre la posibilidad de colocarme un catéter para ya no sufrirle tanto.

—Si te mando poner un catéter, el procedimiento te lo harán en dos meses —me sorprendió su respuesta, no tenía caso, para entonces ya habrá terminado el periodo de quimios—. Sólo te quedan dos quimios, te tienen que encontrar las venas, y te voy a recetar una crema para que alivie un poco el dolor.

Asentí con la cabeza, tenía razón, finalmente me tendrían que encontrar esas dos venas que faltaban para acabar el tratamiento, estoy segura de que el equipo de enfermeros lo logrará. Ánimo.

Jueves 6 de octubre

Ha sido un día fantástico, realicé la primera entrevista para nutrir la información de este libro, y tal vez en un futuro hacer otra publicación; esta experiencia con el cáncer se está construyendo y para completarla quiero entrevistar a la gente que está a mi alrededor: enfermeros, doctores y administradores. Hoy comencé con Raúl, el enfermero que atiende por la tarde, que es cuando me toca quimio. Nos vimos en el restaurante Los Naranjos y degustamos un café capuchino cada uno, hora y media de puro aprendizaje, estoy muy emocionada, este día es el inicio de lo que vendrá.

Más tarde recibí una invitación para dar una charla sobre mi experiencia con la enfermedad, acaba de comenzar el mes que conmemora la lucha contra el cáncer de mama y el doctor Carlos Juárez Gámez, quien me detectó la *bolita*, sugirió a los organizadores que me invitaran a contar mi historia. Claro que acepté, me emociona contribuir para hacer conciencia de que las mujeres se cuiden y se revisen, pues como bien se dice: “El cáncer detectado a tiempo es curable”.

También retomé el diplomado de inglés que estoy cursando desde que comenzó el año, pues pretendo alcanzar un nivel B2+, sé que a veces me cuesta expresarme en es-

pañol, ahora imagínense en inglés. Estoy un poco nerviosa porque me siento lenta debido a la acumulación de quimios, pareciera que siempre traigo una o dos cervezas encima; en serio, así me siento, pero la *teacher* me dijo que no me preocupara y eso haré, sólo me ocuparé. Espero que todo salga bien, el examen final será hasta enero y para entonces espero estar completamente desintoxicada.

Terminé el día yendo a cenar con mis amigas de la Facultad de Economía, pasamos un rato agradable, reímos mucho y nos pusimos al tanto de todo, como siempre. Me vestí con pantalón de cuero y una blusa rosa fuerte que me acabo de comprar, y para coronar usé la peluca que me regaló Yare. Son detalles que me hacen sentir muy *chic*. Mis hijas me dijeron que me veía muy bonita y con esa actitud salí de casa.

Lunes 10 de octubre

Acudí temprano a la cita en el Instituto de Cancerología para comenzar el trámite de las radioterapias, me atendió el doctor Barocio, fue una cita rápida, me revisó la operación y le informé cuando tendría la última quimio. Me dijo que estaba bien en fechas, ya que la fila para tener un lugar en radiología es de dos meses, así que, más o menos, estaré comenzando las radioterapias a mediados de diciembre, hecho que nos dificultará ir a Morelia para Año Nuevo. Esto me hace caer en la cuenta de que, nuevamente, la enfermedad está restringiendo nuestras vacaciones. Ni modo, ya es lo último, estoy segura de que las niñas y Raúl lo entenderán.

Finalmente, lo importante es que todo se está acomodando para que se efectúe en tiempo, me habían dicho que era sustancial recibir las radios antes de cumplir seis meses de operada, así que comenzar en diciembre queda genial, y

me da un periodo de descanso, mes y medio después de las quimioterapias, lo que definitivamente resulta mejor para que mi cuerpo descanse y se recupere.

El doctor Barocio revisó la tomografía que me realizaron en el IMSS, la que el doctor Cásarez dijo que estaba limpia, y notó líquido inusual en el útero, me preguntó si estaba por comenzar mi periodo menstrual cuando me hicieron la tomografía o si había sufrido endometriosis.

—No que yo sepa —le dije.

La posible endometriosis se podría descartar con un ultrasonido pélvico, así que me sugirió pedirlo en el Seguro. La verdad es que ya no quiero más sorpresas ni malas noticias, y me da mucho miedo tener que hacerme otro estudio, pero hay que hacerlo lo más pronto posible; así que, en el momento, decidí hacerlo de manera particular con el doctor Carlos Juárez, quién había detectado la malignidad de la bolita y, si algo está mal, prefiero que sea él quien me lo diga.

Me programaron una cita para una simulación con el tomógrafo, un procedimiento necesario para comenzar la radioterapia. Salí del Instituto de Cancerología con cierto alivio porque seguía en el camino de la recuperación, pero también con preocupación porque había algo que se debe analizar y no quiero recibir una mala noticia más.

Llegando a casa le comenté a mi esposo la situación, muy seguramente recibiremos el Año Nuevo en Colima, las radiaciones comenzarán en diciembre, ya sabemos que serán treinta, veinticinco en el pecho y cinco más en el área donde estuvo el tumor, así que se terminan hasta enero. Raúl me dijo que no me preocupara, que ahora le tocaría a la familia pasar las fiestas con nosotros. Me reconfortaron sus palabras y su apoyo, nos abrazamos y comimos juntos.

Por otra parte, estoy feliz de seguir activa en el ámbito académico, logramos que una estudiante obtenga con éxito su grado de doctora y ya enviamos la petición para inscribir nuestro doctorado en el Sistema Nacional de Posgrado. Si lo logramos, sería la primera vez que un doctorado de nuestra facultad accede a este programa. Sí se puede, confío en que lo lograremos.

Miércoles 12 de octubre

Quinta quimioterapia. Traté de pasar un día normal, despertarme, desayunar, ir al Taller de Oración y Vida —que me anima mucho y me deja tranquila para poder enfrentar lo que viene— y comer algo ligero: pescado con verduras y arroz, y tan ligero que en plena quimio me dio mucha hambre.

Mi amiga Raquel, del grupo de los “Ñoñes”, llegó super puntual a recogerme. Iba nerviosa, como siempre; el brazo todavía me duele, no bastaron los fomentos con agua caliente ni la pomadita que me estuve aplicando durante diez días para desinflamar las venas, no siento que mi brazo esté al cien. Hablo con mis venas, les digo que vamos por la quinta, que hay que sacar la casta, que ya falta poco.

Llegamos puntuales y nos dirigimos como siempre a la ventanilla para solicitar la *vigencia de derechos*, luego al elevador, tercer piso, llegamos al área de quimio y aviso que ya estoy allí.

—Espéranos tantito, Oriana, ahorita te pasamos —después de diez minutos, mi turno. Gracias a Dios veo que Raúl, el enfermero, es el encargado de canalizar y eso me tranquiliza, pues me inspira confianza.

Raúl observa cuidadosamente mi brazo, no sé qué vena pueda funcionar, mientras las revisa, me dice:

—Están muy quemaditas y delgaditas, ¿si tomas agua?

Elige una vena que está cerca de mi dedo gordo, en la parte superior de la palma.

—Va el piquetote —me advierte.

Cierro los ojos y respiro profundo, trato de imaginar mi vena gordita, roja y con un super torrente sanguíneo, como otras veces, pero no puedo, en mi mente sólo veo rojo, puro color rojo sin forma, y me angustio; siento como Raúl mueve la aguja intentando canalizarme.

—Ya quedó, voy a pasar la solución salina —respiro, ya pasó todo—. Espera, te la voy a tener que quitar, se te reventó la vena, se está saliendo el líquido, mira cómo se te está inflamando, la voy a sacar.

Segundo intento. Raúl escogió una vena junto al dedo meñique; nuevamente cerré los ojos, mi cuerpo sudaba de angustia, pero trataba de relajarme, de respirar, de concentrarme en mis venas, le dije a la vena: “Por ahí va a entrar la medicina que nos va a curar, ábrete, deja que Raúl pueda canalizarte”. Pude sentir los movimientos que hace para tratar de agarrar la vena, un poco de dolor, comencé a rezar: “Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor está contigo...”

—Ya pude —dijo Raúl. Seguí con el Padre Nuestro, con el angelito de la guarda y finalmente con el Dulce Madre—. Está un poco lenta y como que le cuesta que pase la solución, pero vamos a darle tiempo.

—Creo que ya quedó, voy a pasar la premedicación.

Me apuré a cubrir mi brazo para calentarlo, aun así, sentí frío y me dolió mucho; pero la vena siguió como toda una campeona, sin quebrarse, sin rajarse mi linda venita, tan fuerte que resistió hasta el final. Mi mano se puso fría durante toda la quimio, la mantuve rígida, no quería doblar los dedos, no quería hacer ningún movimiento en falso. Fue una de las quimios más duras. Como siempre que puede, mi primo Rafa pasó a verme.

—Te ves cansada prima, ánimo —me dijo.

Después de que me canalizaron, lloré un poco en silencio, no sé si fue de dolor, angustia, felicidad o temor por lo que podría pasar, como en la quimio anterior. Para tranquilizarme, traté de continuar la lectura de *Rayuela*, pero no pude, me sentía mareada, así que decidí descansar un poco más antes de retomar el libro que me ha estado acompañando desde la primera quimio, y que me propuse terminar en la última sesión.

A pesar de mi angustia y dolor, la vida siempre compensa, tenía a mi cuidadora estrella: Raquel, estaba super pendiente de mí, cada quince minutos me daba una vuelta para apoyarme en todo lo que se me ofrecía: con el agua, con el libro, para ir al baño, para darme ánimos, para todo estaba ahí Raquel. Pasaron las cuatro horas, no había llovido, ahora el clima estaba apacible. Terminamos, sí terminamos.

—Una menos Ori, ya estás más cerca de la meta, una más y terminas —me recordó Raquel. La esperanza de que esto acabaría pronto invadió mi cuerpo.

Finalmente, llegué a casa, con mi familia, a descansar. En el camino le hablamos a Luis, esposo de Raquel, para darle la noticia de que ya habíamos salido, se alegró mucho por mí y me dio ánimos. Estaba feliz de haberlo logrado, fue difícil y doloroso, pero lo logré. Publiqué la foto con mi amiga y el siguiente texto: “Saliendo, cansada, pero con ánimo, esta vez me acompañó mi amiga Raquel Gutiérrez Sosa”.

Jueves 13 de octubre

Me siento muy cansada; estoy triste, adolorida y con ganas de llorar. Ya falta poco, pero me preocupa la última quimio, tengo miedo de que ninguna vena funcione. Me comentó el enfermero que mi sangre está oscura y he investigado que puede ser por falta de oxígeno, y la mejor forma de

oxigenarla es con ejercicio. No había hecho nada desde que comenzaron las quimios, por flojera, falta de tiempo, porque me siento cansada y con ascos, por miles de cosas y pretextos. Necesito ayudarle a mi cuerpo, a mis venas, necesito que estén bien para el último jalón. Estoy triste, pero no me voy a dar por vencida; he llorado por todo, incluso ahora que escribo estoy llorando, pero no me voy a dejar, no voy a claudicar, sólo son seis quimios, me parece que me están dando el mínimo, no me fue tan mal, hay mujeres que han resistido más, muchísimas más, yo no me voy a dar por vencida con seis. Me duele el brazo, está inflamado, pero tiene que responder, y yo le voy a ayudar.

Decidí salir a caminar al jardín donde antes solía correr, me salí antes de que llegaran mis hijas, no quería que me detuvieran; me llevé una gorra para tapar mi calvicie que ya es muy notoria. Terminando la cuarta vuelta un hombre me paró.

—¿Está usted recibiendo quimios?

—Sí.

—Oiga y ¿puede hacer ejercicio?

—Sí, de hecho, hoy comencé, tengo que ayudar a mi cuerpo a respirar, mi sangre necesita oxígeno.

—Mi esposa tiene cáncer y también está pasando por lo mismo.

Así comenzamos una plática de quince minutos. Me contó que a su esposa le encontraron el cáncer en unos ganglios de la ingle, lleva varias quimios, ahora está en tratamiento de radio y que ya está muy cansada, que a veces no quiere seguir. Le dije que me gustaría conocerla, platicar con ella, darle ánimos.

—Dígale que no podemos darnos por vencidas.

—Ustedes, las mujeres, son muy fuertes, muy fuertes, esta enfermedad es muy pesada, incluso para mí —me dijo.

Me quedé pensando y es verdad, toda la familia sufre: esposo, hijos, papás; todos sufren, especialmente quien lleva el acompañamiento directo del enfermo, muchas veces sufre en silencio mientras trata de transmitir fortaleza. Fue una catarsis para mí, yo que me sentía deprimida y triste, estaba ofreciendo mi ayuda para que alguien más no se sintiera como yo. Hay personas enfermas que están mucho peor, creo que debemos ayudarnos y darnos ánimos, ser valientes, seguir luchando y nunca darnos por vencidas; sobre todo, tomarnos de la mano de Dios y dejarnos apapachar, dejarnos querer por quienes nos hablan y visitan, por quienes nos dan un mensaje de aliento, son pequeños ángeles que nos hacen bien y nos impulsan a seguir luchando. Gracias a todas las personas que me han impulsado a seguir adelante, viejos y nuevos amigos, gracias.

Viernes 14 de octubre

Fui con Mayra para que me apoyara a cortarle el tupé a la peluca que me regaló Yare, ya van varias veces que me la pongo y me pica los ojos; por más que la aviento hacía atrás, se regresa y me los vuelve a picar. No me atreví a recortarle el fleco yo misma, no quería trasquilarla, así que acudí con la experta y me quedó muy bien. Aproveché para llevarle unas galletas como muestra de agradecimiento por todo el apoyo que me ha dado: raparme el cabello, darme otra rapadita en las áreas donde todavía me sale cabello, regalarme el champú, arreglarme las dos pelucas; todo sin cobrar un peso, sólo por el simple gusto de ayudar. Espero que disfrute las galletas junto con sus hijos.

Sábado 15 de octubre

Me pregunto si tengo derecho a llorar, a mostrarme frente a mis hijas como me siento: débil, triste y harta. Estoy cansada de intentar sentirme fuerte y ocupar mis días como si nada

pasara: levantarme temprano para alistarlas para la escuela, preparar su desayuno, atender cosas del trabajo, escribir este libro, estudiar inglés y otras más para continuar mi vida.

Ayer me sentí mareada y con nauseas, traté de ignorar mi condición haciendo las tareas cotidianas. Me enteré que mi mamá no se siente bien, pues sus migrañas le aquejan con más fuerza en los últimos meses, le llevé algo de comer para que no preparara, al fin que tenía preparado pollo en salsa de jitomate. Después de estar un rato con ella regresé a casa a comer, estaban los carpinteros terminando de detallar los *closets*; el olor a solvente era insoportable, abrí todas las ventanas, comí poco porque sentía ascos, pero al mismo tiempo tenía hambre; me sentía vacía, me comí medio pan dulce. Descansé un rato y me fui a visitar a mi amigo Eduardo Solís, quien también comparte esta lucha. Me sentía mal, desesperada. Cuando manejaba rumbo a casa de Eduardo subí los cristales de la camioneta y me puse a gritar muy fuerte, ya no podía más, seguía activa porque no me quería dejar vencer. Estuve platicando con mi amigo y su esposa por casi dos horas; sin embargo, por la noche, ya en casa, no pude más y comencé a llorar; mi esposo y mis hijas me abrazaron, me dieron de cenar, me llevaron a la cama y me dormí.

Hoy me desperté con ganas de llorar otra vez, mi hija Julieta estaba a mi lado y simplemente comencé a llorar, ella se dio cuenta, pero hizo como que no; me volteé para el otro lado de la cama mientras ella me hablaba de la plantita que ayer le compró su Tito, luego llegó María Emilia y me abrazó, traté de ocultar mi tristeza, pero no pude. ¿Debo ocultar mis lágrimas?, no quiero que mis hijas me vean así, pero tampoco quiero que crean que soy de hierro; soy humana, soy su mamá, y las mamás también lloran.

Ahora me siento mejor, ya desayuné y escribo esto en lo que llega de visita mi amiga Deire y su familia. Ayer no fui

a caminar y no vi al señor Carlos, el de su esposa con cáncer; ojalá que por la tarde tenga ganas de ir, tal vez lo encuentre y nos pongamos de acuerdo para visitar a su esposa; yo, la “sin ánimos”, tratando de animar a otra enfermita, así es la vida, tal vez si la motivo también me anime y nos ayudemos mutuamente; ayer hice lo mismo con mi amigo Eduardo y su esposa, aunque yo no me sentía bien. En nuestra condición hay que luchar por vivir, hay que sonreírle a la vida.

Lunes 17 de octubre

Hoy le escribí a la *teacher* Noemí Venegas, con la que he estado estudiando inglés:

Mtra. Noemí:

Me ha sido difícil tomar esta decisión, pero finalmente no podré seguir en el diplomado, los quimios se me han acumulado y esta semana me he sentido muy mal, no puedo hacer la tarea y me cuesta trabajo asistir a las clases.

Espero que en el siguiente año se vuelva a abrir la posibilidad de cursar el nivel B2+, en verdad no quería perdermelo, pero necesito estar tranquila y dedicada a mi completa sanación.

Me costó mucho trabajo tomar esta decisión, ya que era parte de mi planeación de este año alcanzar el nivel B2+, pero el cerebro no me deja expresarme ni pensar bien. No me siento con la suficiente habilidad para hacerlo en inglés, el nivel que quiero alcanzar es avanzado y requiere demostrar cuatro competencias: la auditiva, la lectora, la gramatical y la de expresión oral. Era demasiado estrés para mí, aún y con todo el apoyo que la *teacher* me expresó para no darme por vencida y seguir adelante he decidido parar. Le agradezco sus palabras de aliento, estoy segura que vendrán tiempos mejores y más oportunidades para crecer en el plano académico.

Martes 18 de octubre

Es un nuevo día y me siento mejor. Había estado a punto de llamarle a Luisa Fernanda, conductora y productora de la sección de entrevistas *Panorama UdeC*, para cancelar mi participación para compartir mi historia de lucha, a propósito del mes rosa que promueve acciones de prevención y concientización contra el cáncer. Me alegro de no haberlo hecho.

Gracias a Dios amanecí mucho mejor, así que temprano me arreglé y acudí a la cita. Habíamos acordado una entrevista de diez minutos, pero duró el doble. Luisa tenía muchas preguntas y la plática fue haciéndose amena y fructífera, y ella decidió no cortar. Yo contestaba con mucha honestidad, estaba un poco nerviosa porque debido a las quimios me siento más lenta en mi pensar, es decir, las ideas no me vienen a la cabeza con tanta fluidez y a veces me cuesta trabajo armar alguna oración, así que tenía miedo de contestar de forma inadecuada, ser repetitiva o simplemente quedarme en blanco, pero por fortuna, nada de eso pasó, las palabras surgieron y me sentí como pez en el agua.

Luisa decidió proponer la entrevista como un programa especial, pues el mes lo ameritaba y quería que mi experiencia tuviera más eco entre las universitarias y público en general, así que me pidió hacer unas tomas en casa, con mi familia y también en las instalaciones de la universidad; me pidió que le mandara fotos que ilustraran esta lucha contra el cáncer: el antes y el después. Me emocioné mucho y le mandé todo lo que me pidió, pues si podíamos hacer más visual e interesante la entrevista para llegar a más personas, me sentiría encantada. Creo que quedará muy bonita, ya la quiero ver, me comentó que saldrá el próximo viernes en la página oficial de la Universidad de Colima.

Miércoles 19 de octubre

Día internacional de lucha contra el cáncer de mama. Hoy me siento con mucha fuerza para salir adelante, nos toca a nosotras que estamos dando la batalla sacar la casta y animar a aquellas mujeres que no están tan seguras de lograrlo. Recordemos que esta lucha se libra a tiempo, con mente positiva y ganas de vivir, por eso no hay que dejarnos vencer; es difícil, porque hay días muy malos, pero también hay muchas razones para salir adelante. La mía, la principal, es ver crecer a mis hijas y envejecer con mi esposo.

Aproveché para salir a divertirme en familia, mi hermana Milly y Poncho nos invitaron a Tonila a pasar un rato agradable con ellos y su familia, estuvieron los papás de mi cuñado, su hermano Claudio con su esposa Alejandra y sus hijos. Fue una buena idea para que nuestras hijas se distrajeran y jugaran con sus primos y con los primos de sus primos, se armó el relajo en grande entre la chiquillada.

Me ha pasado algo maravilloso, sigo recibiendo regalos de gente de la cual no espero sino palabras de aliento, que “me llenan el tanquecito de amor”, como dice mi hija María Emilia. Pero hoy he recibido otro maravilloso regalo: una Biblia, el señor Alfonso, papá de mi cuñado, me la ha obsequiado con mucha estima; sabe de mi situación de salud y que estoy aferrada a Dios, tomando el Taller de Oración y Vida, para salir adelante; la herramienta perfecta que me acompañará de ahora en adelante a todas las sesiones. No sé si planeó dármele en este día o sólo ha sido coincidencia, pero de cualquier forma lo tomo como un mensaje divino, pues nuevamente Dios, a través de este regalo, me dice que está conmigo, me abraza y me llena con su amor.

—Te recomiendo que leas el evangelio de San Lucas, que nos enseña a orar.

—Claro que sí, señor Alfonso, le prometo que así lo haré.

La Biblia tiene el tamaño perfecto, pues al inicio del taller había utilizado una biblia que heredamos de mi tía Lola, es grande y bonita, pero poco práctica; después, me había encontrado la biblia que nos obsequiaron cuando nos casamos, pero es pequeña y tiene la letra chiquita que me cuesta trabajo leer. Esta Biblia me será de gran utilidad y la conservaré con mucho aprecio. Gracias de todo corazón.

Jueves 20 de octubre

En un capítulo del libro que, en 2015, escribió una profesora de la Facultad de Pedagogía de la Universidad de Colima, quien ha luchado contra el cáncer en las últimas dos décadas, descubrí un concepto que llamó mucho mi atención: “Cerebro quimio”. Mi amiga Claudia Prado me regaló un ejemplar, en él se cuenta la experiencia de la autora con el cáncer, un autoetnografía que amplió mi panorama con respecto a lo que me pasa.

Con las quimios me he sentido más lenta, me cuesta trabajo pensar, enfocarme y a veces hasta articular algunas palabras; el tratamiento es muy fuerte y afecta el cerebro de quienes lo recibimos. El texto define *cerebro quimio*, como una condición que presentan los pacientes como efecto secundario y que puede prolongarse por tiempo indefinido. Espero que una vez que termine mi tratamiento esto desaparezca por completo, seguramente no en el primer mes, pues entiendo que tarda meses la desintoxicación, pero por lo menos espero estar lista cuando comience el próximo semestre escolar.

Por lo pronto utilizaré el concepto “cerebro quimio” para explicarles a mis amigos y conocidos mi condición, sobre todo cuando se den cuenta que se me traba la lengua o se me dificulta hablar o expresarme correctamente. Ahora entiendo que es algo real y no mi imaginación, algo que nos sucede a los pacientes que estamos en tratamiento de cáncer.

Viernes 21 de octubre

Hoy tuve la oportunidad de exponer mi experiencia ante estudiantes de la UNIVER, y aunque ya los agarré medio cansados, pues la conferencia comenzó a las doce del día, después de su jornada matutina, me parece que logré captar su atención. Me dio gusto que hombres y mujeres escucharan atentos, varios chicos asentían con la cabeza cuando yo hablaba de mi situación y trataba darles ejemplo de fortaleza, o cuando les platicué que la pregunta que decidí hacerme cuando fui diagnosticada no fue ¿por qué? una expresión que busca culpables, sino ¿para qué? la interrogante perfecta que permite hurgar en nuestra conciencia en busca de oportunidades ante la adversidad. También les hablé de la actitud que debe de tomar la familia de la persona diagnosticada para enfrentar esta o cualquier otra enfermedad. Seguro que entre la audiencia había varios estudiantes que vivieron o estaban viviendo de cerca la experiencia con el cáncer a través de algún o alguna familiar, amistad o alguien conocido; la atención que me pusieron y sus gestos me lo confirmaban.

Traté de enfocar la charla en lo positivo, no en la tristeza o el agobio; sin embargo, no pude evitar las lágrimas cuando les platicué, con voz entrecortada, que había decidido tomar el Taller de Oración y Vida justo cuando comenzaba la fase de quimioterapias y que, para mí, no había sido coincidencia, sino que Dios me había tomado de su mano para decirme: “Estoy aquí, no tienes que pasar este proceso sola”. La reacción ante mi emoción fue de aplausos y ánimo; logré reponerme y continué hablándoles de este gran reto de enfrentarme a Goliat, como bien decía el banner que anunciaba mi charla: “Una mujer contra Goliat”.

Sábado 22 de octubre

Sigo recibiendo felicitaciones por la entrevista que me hizo Luisa Fernanda y que fue publicada en la página oficial de la Universidad de Colima ayer por la noche. Mucha gente la compartió y tuvo bastantes reproducciones, espero que continúen para que más personas conozcan mi historia, para que cada vez más mujeres sepan la importancia de la autoexploración, lo vital de no quedarse con un sólo examen cuando presientan que algo no anda bien. Yo perdí tiempo al no hacerme un ultrasonido cuando observé que la bolita había crecido, acudí a hacerme una mamografía que no arrojó nada. No era el examen adecuado para detectar lo que me estaba pasando, lo aprendí después, y gracias a Dios no me costó la vida, pero cuantas personas sí la pierden por un mal diagnóstico, por un descubrimiento tardío.

No hay que esperar, cuando algo no anda bien hay que acudir al doctor, también hay que revisarse de manera periódica, aunque no haya ningún síntoma. El cáncer es silencioso, no avisa, pero la tecnología puede detectarlo y salvarnos la vida.

Domingo 23 de octubre

Me siento muy recuperada, el brazo ha mejorado, aunque todavía adolorido y con dos bolitas pequeñas en la muñeca, al parecer un pequeño derrame de medicamento. Esta vez no he realizado las infusiones calientes para mi brazo, al parecer no estoy haciendo las cosas bien, creo que estoy poniendo los lienzos muy calientes y en lugar de relajar las venas las estoy resecaando con el calor, así que me estoy aplicando sólo la crema; por lo demás, todo va viento en popa. Viene la última quimio y quiero que salga bien, así que estoy haciendo algunas cosas distintas: alimentación, ejercicio y el tratamiento de la recuperación de mi brazo.

Ayer hice senderismo con mi familia, por fin fuimos a una de las caminatas que organiza la Asociación Colimense de Universitarias a la que pertenezco. Cada mes, en sábado, las mujeres de esta asociación, junto con sus familias y amigos, realizamos una caminata para convivir y fomentar una cultura saludable. No había podido acudir, porque no me sentía en condiciones después de haber recibido las quimios, pero esta vez la actividad se programó en la segunda semana después de mi quimo, apenas unos días antes de la última, así que era el momento de hacerlo, lo comenté con Raúl y le pareció buena idea; nos fuimos con toda la familia a realizar uno de los recorridos más pesados que han organizado, en el Centro Ecoturístico Huitzilín, en la comunidad de Suchitlán, Comala. Los anteriores habían sido más ligeros, como en el parque La Campana y en Comala.

Me emocionaba la idea de descender hasta un río y atravesarlo caminando; terminados hundidos en él, con los zapatos y la ropa mojada. Nos habían indicado que eso podría suceder, así que nos preparamos con calzado y ropa extra. Fue una experiencia fantástica para las niñas, llena de aventura, ¡quiero hacerlo otra vez!, quiero hacer este tipo de actividades con mi familia. Espero también pronto poder hacer senderismo de alto impacto con un grupo de amigas que andan muy metidas en actividades de este tipo.

Mi meta para 2023 es subir la cima del Nevado de Colima, estoy segura que podré hacerlo, sólo tengo que estar bien para que no me afecte la altitud; terminar el tratamiento; seguir alimentándome bien y hacer ejercicio. Mente sana en cuerpo sano.

Martes 25 de octubre

Por fin se realizó el evento sobre la “Detección oportuna del cáncer de mama”, al que fui invitada. Fue imposible llevarlo

a cabo en la fecha programada originalmente debido a una gran tormenta. Luego se intentó reprogramar, pero las agendas de los participantes no coincidieron. Finalmente se decidió hacerlo de manera virtual como parte de un programa que se transmite los martes, en vivo, a través de la página del DIF del municipio de Villa de Álvarez con el nombre “Diálogos de salud”.

Acepté la invitación para platicar nuevamente mi historia y experiencia, retomando muchos de los temas que había tocado días antes en la UNIVER. Esta vez no fui la única ponente, sino parte de una mesa de diálogo con Liz Guzmán (secretaria de relaciones públicas de la asociación Kilómetros X Alegría), el doctor Carlos Juárez Gámez y Martha Martínez Díaz (coordinadora del área de servicios médicos del DIF municipal), quien fungió como conductora.

Una vez que intervenimos las y los participantes, Liz Rodríguez (directora del DIF Villa de Álvarez), quien me hizo la invitación, le pidió a mi esposo que compartiera su vivencia ante esta enfermedad. Raúl estaba distraído cuando escuchó su nombre y la invitación, pero con cara de gusto y sorpresa pasó a contar su historia.

Algo de lo que dijo y me impactó fue: “Esta lucha se lleva en familia, no sólo mi esposa está enferma, toda la familia lo está, y todos debemos salir adelante juntos”. No fui la única que apreció las palabras de mi marido, al finalizar, Liz Rodríguez lo felicitó por la forma en que reaccionó como esposo y compañero ante la enfermedad, y el hecho de que, en su intervención haya recalcado que la lucha es familiar y no de una sola persona. Después de ese comentario, Liz nos dio a conocer el porcentaje de hombres que abandonan a su pareja cuando es diagnosticada con cáncer de mama, el dato es espeluznante: 75%. ¿Cómo es posible que una persona abandone, en una situación de salud tan delicada, a quien supuestamente es el amor de su vida?

Espero que las palabras de mi esposo le hayan abierto los ojos a quienes están pasando por una situación similar en la familia, sean esposos o esposas, hijos, hijas, hermanos, etcétera. Cuando escuché el porcentaje de abandono, me quedé pasmada, pensando en todas las mujeres que enfrentan o tuvieron que enfrentar esta batalla solas. Ojalá se tome conciencia y se genere una cultura de acompañamiento, porque una enfermedad debe vivirse en unión, fortaleciendo a la persona enferma, quedándose a su lado y no huyendo del problema.

Hoy precisamente recibí la visita de una amiga muy especial, Blanca Miramontes, con quien estudié cuando cursé mis estudios en la Facultad de Economía, ahora vive en otro estado, pero aprovechando que anda por Colima, se tomó el tiempo para venir a visitarme y preguntarme cómo me va con esta lucha que estoy sortéando.

Miércoles 26 de octubre

Mi última quimio. Como siempre, había estado inquieta y nerviosa, a pesar del buen ánimo de los últimos días, siento miedo enfrentar esta sesión final. Me desperté con la idea de que tenía que lograrlo a como diera lugar, gracias a Dios estaba de por medio el Taller de Oración y Vida, y estaba decidida a tomar fuerzas de lo aprendido.

En el taller vimos el tema de la oración contemplativa, en la anterior sesión habíamos visto la oración de elevación, oraciones que son muy difíciles de ejercer porque la intención es comunicarse con Dios, de espíritu a espíritu, y para ello hay que dejar la mente en blanco, acallar todas las voces y preocupaciones; de hecho, ni siquiera hay que tratar de hablar con Dios, más bien se trata de sentirlo. Durante la sesión entendimos que lograr ese tipo de oración no es fácil, y que buscar a Dios tampoco lo es. En uno de los audios, el padre Ignacio Larrañaga, creador de este taller, advierte:

“Los que quieran tomar en serio a Dios que se preparen con sus silencios, ausencias y tardanzas”.

La semana pasada había tratado de sentir a Dios en alguna oración de elevación, pero no lo logré; la verdad es que no hice bien la tarea, pues no le encontraba mucho sentido a estar callada esperando sentir algo, es más, ni siquiera podía tener silencio en mi mente, al momento de tratar de sentir paz pensaba en mis hijas, el trabajo, la casa y las quimios; no me podía concentrar, así que me desesperé. Ahora que nos ponían una oración más difícil —la de contemplación— pensé que menos lo lograría, pero trataría de hacerlo, quería aprender la técnica para luego replicarla en casa.

Para llegar a la oración de contemplación había que elegir una frase que nos ayudara a concentrarnos para después callar esa frase y sólo estar en Dios; elegí la frase: “El Señor es mi pastor, nada me falta”, para silenciar todos mis pensamientos y preocupaciones y lograr dejar mi mente en blanco. De repente, comencé a sentir una energía que me rodeaba el cuerpo, la energía jalaba todo mi cuerpo hacia arriba, sentí mucha paz y sólo pensé que era Dios; me dejé abrazar y comencé a llorar en silencio, podía sentir como las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Todavía con esta bella sensación, repetí la frase que había elegido para concentrarme, pero la energía comenzó a disminuir, entonces cambié la frase por: “No te vayas Señor, no te vayas”, continué así hasta dejar de sentir su presencia. Seguía llorando, había estado realmente en contemplación, fue algo celestial que jamás había sentido.

Cuando terminó la sesión nos pidieron que comentáramos nuestra vivencia; mientras lo hacía, no podía parar de llorar. Una compañera comentó que durante la oración me vio llorar, pero al mismo tiempo con una sonrisa grande en mi rostro; no me di cuenta de ello. Cerramos el taller con

el Padre Nuestro, la cual no pude hacer, pues, al comenzar a rezar, me volvían las ganas de llorar. Lágrimas de felicidad, de desconcierto, no lo sé, simplemente lloraba.

Regresé a casa con mucha paz, le comenté a mi esposo lo sucedido y volví a llorar, también lo comenté con amigas y familia, me aseguraban que me iría muy bien en mi última quimio y que había sido bendecida. Yo entendí que ese abrazo de Dios era para fortalecerme, seguramente esta última quimio no será nada fácil, pero había que soportarla, así que el mensaje para mí fue: “Yo estaré tomando tu mano, pase lo que pase, allí estaré”.

Comí, me bañé y me alisté. Cuando mi hermana Milly llegó por mí, estaba lista con todo lo que debía llevar: agua, hielera, manta, abrigo, libro y ahora regalos: tres paquetes grandes de galletas para Raúl, Elizabeth y Cyntia, mis enfermeros de quimio, y algunos más pequeños, pues luego sale quien también merece las gracias y que uno no contempla desde el principio. Así fue, la chica del aseo del área de quimio se llevó uno y la asistente del doctor Cásarez, otro.

Cuando llegamos, Cyntia me indicó que se tardarían más de lo normal, que esperaríamos turno en la sala. Me recibieron media hora después. Mientras, aproveché para decirle a Milly que fuera tramitando la incapacidad para no entretenernos al final con esa tarea. Cuando tocó mi turno, Milly me acompañó hasta adentro.

— ¿A qué hora me salgo?

— Antes de que me canalicen te dirán que te retires, para que no veas, nunca nadie me ve sufrir —le dije riendo nerviosamente.

Así fue, llegó Raúl, Milly se fue y me quedé sola con el enfermero, estaba contenta de que fuera él. Sin embargo, no había muchas opciones en mis venas, todas están muy delgadas, por fin eligió una en el dorso de mi mano y pinchó.

—Ya se te reventó, se hizo una bolita, la voy a retirar.

—Ahora voy a intentar con esta —dijo, mientras repetía mismo procedimiento.

Dentro de mi mano sentí el movimiento de Raúl tratando de agarrar la vena, respiraba profundamente y veía como otra paciente me observaba; más allá, estaba la enfermera Elizabeth que desde lejos movía la cabeza, como diciendo “pobre chica”.

—No, también se reventó, tampoco sirve.

—Tiene que haber una —dije riendo nerviosa, la chica de al lado rio conmigo—. Esta es mi última quimio, así que encontraremos una.

Hace una semana pensé que no resistiría un piquete, ni una falla ni una reventada más; pero ahora estaba tranquila, decidida a terminar con esto. Sabía que podía haber tres o cinco piquetes más, no me importaba, llevaba la fuerza que Dios me había dado con su abrazo, me sentía fuerte y decidida, así que venga otro piquete más.

Raúl llamó a Cyntia:

—Te toca, ya llevo dos, creo que va a ser la del dedo gordo. Cyntia tomó mi mano y eligió otra vena. —“El Señor es mi pastor nada me falta”, repetí muchas veces en mi interior.

—¡Está funcionando!, ya está pasando el líquido, vamos a esperar y si todo sigue así te pongo las cintas para fijarlo —dijo Cyntia. ¡Lo había logrado!

Mi hermana Milly estuvo al pendiente todo el tiempo, cada media hora entraba a verme; cuando me ayudó para ir al baño, se vino un poco de sangre por los conductos de la medicina, Raúl me puso solución salina para regresarla, y me comentó que se andaba tapando la vena. Ya no fui al baño, me aguanté, no quería que se fuera reventar la vena o a tapar, por andarme moviendo.

Durante la primera parte de la sesión, el dolor del brazo fue insoportable, desde la premedicación sentí molestias, lo revisaba a cada rato para ver si no se había hecho alguna bolita que indicara que la vena no había resistido, gracias a Dios eso nunca pasó. Con el medicamento el dolor se volvió casi insoportable.

—¿Ya le dijiste a los enfermeros? —me preguntó Milly.

—Sí, ya revisaron y el brazo está bien, creo que simplemente ya está muy cansado y dañado, pero ni modo, me tengo que aguantar.

Observé que el brazo estaba enrojecido, pensé que se había reventado la vena y le hablé a Raúl, él me pidió que moviera la mano.

—Todo está bien, te voy a poner más lenta la quimio para que no te duela tanto —me dijo.

Con ese cambio sentí alivio; la quimio pasó más lentamente y con menos dolor. Debido a esto y a que me atendieron más tarde, salimos del hospital hasta las nueve de la noche. Cecy me había estado esperando con un ramo de rosas que las chicas de la Facultad de Economía me habían mandado, ahora el ramo estaba en la camioneta. Me sentí, nuevamente, muy querida, todos estaban pendientes de mí. Zaira, mi hermana mayor, había tenido la oportunidad de estar conmigo en la primera quimio y, atenta a la distancia, en las otras cinco. Ahora Milly, mi hermana pequeña, estaba a mi lado, cerrando esta fase de mi tratamiento.

Terminé de leer *Rayuela*, me había propuesto concluirlo en la última quimio, así que días antes dejé suficientes páginas para entretenerme hoy con la lectura. Gracias cuñado por ese gesto tan bonito, gracias *Rayuela* por ser parte de esta historia.

Llegando a casa publiqué la foto con mi hermana, marcaba el fin de esta parte de la travesía: “Fue la quimio más pesada, pero lo logramos y terminamos la segunda etapa, esta vez me acompañó mi hermana Millaray Gaytán”.

El descanso

Jueves 27 de octubre

Estoy feliz porque ya no sufriré más quimioterapias, porque en algún momento me recuperaré y volveré a ser la mujer que siempre fui. Corrijo, ahora seré más fuerte, seré una mujer distinta, porque el cáncer me está dejando enseñanzas; quiero ser mejor persona. En el Taller de Oración y Vida aprendí que los enemigos los crea uno, por chismes, rumores, falsas expectativas o por tomarte las cosas personal. He perdonado a quien, en su momento, me lastimó o a quien no me tomó en cuenta cuando yo creía que debía hacerlo. Todo está en la mente, ahí está la posibilidad de liberarse; el perdón y la posibilidad de aceptar a los demás, los consideres buenas o malas personas, está en uno/una misma.

Seré una mujer más abierta a las posibilidades, a la convivencia, a la empatía, al amor: “Qué fácil es amar a los

que te aman –decían en el taller–, lo difícil es amar a los que no te aman”, a ellos son a quienes hay que amar y comprender, poniéndonos en sus zapatos y tratando de entender su historia para saber por qué actúan así.

Seré una mujer distinta en mis pensamientos y sentimientos, tal vez pocos noten el cambio en el exterior, pero en mi interior lo sabré y eso es lo importante; eso es lo que me dará paz. Acallar la mente para darle paso al silencio.

Sábado 29 de octubre

Hace dos días que lucho con el dolor del brazo, ayer amaneció un poco hinchado, el pobre está cansado, vencido por las quimios; sin embargo, hasta ahora no ha aparecido alguna manchita o bolita extra, creo que dentro de lo que cabe está bien. Lo estoy atendiendo con fomentos tibios y con la crema para desinflamar, también estoy haciendo unos ejercicios que la enfermera Martha Orozco me recomendó, poco a poco volverá a estar bien. No puedo imaginar qué hubiera hecho si me hubieran programado más quimioterapias, creo que no las hubiera resistido.

Estamos en puente laboral, viene el Día de Muertos y en Colima se celebra el festejo más grande del estado, la Feria de Todos los Santos, así que decidimos viajar a Morelia, desde ayer nos trasladamos. Mis hijas estaban deseosas de ver a su abuelito Ramiro y a sus primos; con varios días de asueto, no pude resistir la tentación de que mi esposo visitara a su familia, en especial a su papá; de salirnos de la rutina y de olvidarnos un poco del calor para disfrutar del clima frío. La sexta quimio la sufrí mucho, pero gracias a Dios no tengo los efectos secundarios tan fuertes, así que le dije a mi esposo: “¡Vámonos a Morelia!” Raúl había decidido que no vendríamos porque no quería presionarme, lo habíamos platicado durante la semana y él consideraba que debía descansar, pero el jueves por la tarde le insistí:

—Estoy bien, vámonos, allá descansaré.

Así que ahora estoy escribiendo desde el escritorio de mi cuñado Ramiro, me traje la computadora para terminar algunas cosas del trabajo. El viaje estuvo tranquilo, llegamos a casa de mi suegro ayer a las once de la mañana. Las niñas fueron a un festival de Día de Muertos en un centro comercial, y yo me quedé todo el día en casa, descansando y viendo películas, espero estar así hoy y mañana, y tal vez salir el lunes a cenar con mis amigas para saludarlas, depende de cómo me sienta.

Estuve hablando de mi situación con mi cuñado Riky, me comentó que también él se habría quitado todo de tajo para mayor seguridad.

—¿Te refieres al pecho? —le pregunté.

—Sí, te lo quitaste todo, ¿no?

—No, decidí conservarlo.

—¡Ahhh bueno!, esa también es una buena decisión.

Le expliqué que tomé la decisión, con base en que hoy en día la tendencia es conservar la mama: “Me costó mucho trabajo, pero al final me decidí”. Le comenté que, de hecho, me había enterado que una de las chicas con las que había platicado durante una de las quimios, también había conservado su pecho, aunque al principio le habían dicho que se lo quitarían. La diferencia entre ella y yo era que su mamá había fallecido por cáncer de mama, había recibido más quimios que yo y más seguidas; es decir, parecía que el cáncer era más agresivo; sin embargo, incluso así, conservó su pecho.

—Sí, por eso digo que tomaste una buena decisión —acotó Riky.

La verdad, me dejó un poco inquieta su comentario. Ahora que he sufrido y constatado lo que el tratamiento hace a nuestros cuerpos, me da miedo pensar que la enfermedad pueda regresar, y sé que, al conservar la mama, existe una pro-

babilidad mayor de que esto ocurra. La conversación me hizo dudar de la decisión tomada, espero que haya sido la correcta.

Martes 1 de noviembre

Seguimos en Morelia, muy contentos de convivir con la familia de mi esposo, ya que no vamos a poder regresar para Año Nuevo debido a la programación de las radioterapias. Hoy me reuniré a cenar con mis amigas: América, Celia, Lupita y posiblemente Alejandra, espero que pueda ir, ya que muchas veces se le complica por su trabajo y me gustaría preguntarle en persona como está su salud, es quien tiene cáncer y creo que nos haría muy bien platicar y convivir. También quiero platicarles a mis amigas lo que he aprendido en el taller de Oración y Vida, la experiencia que me está dejando la enfermedad y, sobre todo, darles las gracias por los ánimos que me mandan por redes y mensajes telefónicos; sentir las, aun en la distancia, ha sido muy importante para mí.

Antes de la reunión, dejaré a las niñas y a Raúl con su hermana Mini, quien ha preparado una fiesta especial, una mezcla entre Halloween y Día de Muertos; nuestras hijas y sobrinos llevarán sus disfraces de catrinas y catrines, pedirán dulces en la colonia y los ofrecerán a niñas y niños que lleguen a su casa, que ya está adornada con calaveritas, telarañas y papel china. También romperán una piñata. Están felices, se pondrán, por tercera ocasión, los disfraces de catrina que estrenaron en la fiesta que les organizó su abuelito en Colima, luego los usaron en el festival del pasado viernes aquí en Morelia y ahora en la fiesta que ha organizado mi cuñada Mini. Estoy muy feliz por ellas, la convivencia con sus primitos y primitas les hace bien, y ya tenían buen tiempo de no verse. A pesar de la situación de salud que enfrentamos, hay momentos de diversión y alegría.

Miércoles 2 de noviembre

Regresamos de Morelia, llegamos a Colima al mediodía, comimos en casa, descansamos y me fui a poner la última vacuna al Hospital Colima. Desde el domingo comencé con el tratamiento, mi cuñada Mini es enfermera y me las estuvo aplicando en Morelia, la última dosis la dejé en el refrigerador para aplicármela, por última vez, hoy que regresamos a casa.

No puedo ocultar que llegué con una inmensa sonrisa al hospital a presumirle a todo el personal que era mi último día, que ya no me verían más, que ya había terminado el tratamiento de quimios; las primeras en enterarse fueron la vigilante y la recepcionista, luego le di la gran noticia a Danery, la enfermera que me ha aplicado casi todas las vacunas, y me despedí con un fuerte abrazo. No tuve la oportunidad de ver a Orlando, el otro enfermero, así que no pude decirle adiós. Dejo aquí sus nombres como un gesto de agradecimiento por todas sus atenciones.

Jueves 3 de noviembre

Estoy sola en casa, contemplando mi físico, mirando como luzco; perder el cabello me ha hecho acercarme a mi lado masculino, puedo ver los rasgos de un hombre en mi rostro. Sin cabello puedo jugar con la diversidad de género en el espejo. Me paro frente a él y hago señas con las manos: “Qué onda raza”, me pongo en posición de “tirar rostro” y me río de mis locuras, “Jajaja”. Asumo actitudes de macho y así como traigo puesta el pijama, de pantalón y blusa, en verdad parezco hombre.

Mi cabeza está desnuda, no la cubre tela, peluca o cabello; mi rostro completamente desnudo, demacrado y sin gota de maquillaje. Al verme así, trato de disfrutar esta dualidad de observarme como un hombre, ese lado masculino

que todas llevamos dentro y que ahora lo puedo percibir y sentir; y doy gracias por la oportunidad de ver la masculinidad que hay en mí.

Viernes 4 de noviembre

Después de darle varias vueltas al asunto, hoy, por fin, me hice el ultrasonido pélvico que me había recomendado el doctor Barocio. Había salido de su consultorio decidida a hacerme el estudio, pero luego me entró el miedo, la incertidumbre y la desidia. Gracias a Dios todo salió bien, el doctor Carlos Juárez Gámez me dijo que no tengo nada de qué preocuparme, mi útero no tiene líquido o alguna situación que pueda confirmar endometriosis, todo se ve normal, así que me siento tranquila. De todas formas, guardaré el resultado para cuando tenga cita con el doctor Barocio, que vea que me hice el estudio que me recomendó y que éste arrojó que no tengo nada.

Lo que me sigue preocupando es el brazo, ahora que regresamos de Morelia lo sentí sensible, tal vez el ajeteo del viaje o el haber manejado una parte del camino de regreso. Sigue un poco hinchado, siento que no se desinflama.

Ayer por la tarde fui a consulta con una conocida de mi amiga Lupita, de mi grupo de amigos los “Ñoñes”, me quiso regalar una terapia que considera me servirá para ver la vida desde otra perspectiva; me gustó mucho y me relajó. Durante la terapia me pasó algo extraño, pude dejar la mente en blanco y darle paso al silencio, nadie me pidió que lo hiciera, simplemente llegué a ese estado mental; además, varias veces sentí una energía que me recorría por los brazos y pequeños impulsos eléctricos. Fue algo muy extraño. Hoy me siento peor del brazo, no sé si la misma energía que sentí despertó algo en él, pero lo siento distinto, espero que sólo sea una crisis que llevará a que por fin sane. Espero que así sea.

Sábado 5 de noviembre

Tuve desayuno con las chicas: Cecy, Norma, Yunuen, Deire, Carolina y Claudia Prado, quedamos de reunirnos para festejar, precisamente, el final de las quimios. Fue un evento muy especial, me llevé a mis dos bendiciones: Julieta y María Emilia; a veces reniego porque no me dejan platicar a gusto, sobre todo la pequeña, que es muy demandante; pero la verdad disfruto salir con ellas, aunque me saquen por momentos de mis casillas, me gusta llevarlas a donde voy.

El desayuno fue mi regalo, las chicas aprovecharon cuando fui al baño para pedir un pastel, el mesero me lo llevó con una tarjetita de feliz cumpleaños, no pude evitar emocionarme y derramar unas lágrimas, mis hijas me abrazaron fuerte seguidas por todas mis amigas, y nos tomamos la foto del recuerdo.

Volví a leer la tarjeta y pensé que las chicas habían mentido que era mi cumpleaños para que me llevaran el pastel con velitas, estábamos festejando el fin de las quimioterapias. Luego recapacité, ¡claro que sí!, ¡claro que es mi cumpleaños! Gracias a la medicina he vuelto a nacer, sin el tratamiento no la hubiera contado. Entonces, sí estoy cumpliendo años, porque he renacido y puedo contar mi historia. Estoy viva y feliz, feliz cumpleaños a mí.

Lunes 7 de noviembre

Mi brazo está más hinchado y comienza a preocuparme seriamente. Hace doce días que recibí la última quimio y me parece que ya es tiempo de que muestre señales de mejoría y no al revés. No puede ser normal. Las dos pequeñas bolitas que me molestaban en la muñeca se han convertido en una sola, que muestra una inflamación dura alrededor.

El sábado me comuniqué con el doctor Cásarez para comentarle mi preocupación, me dijo que me atenderá hoy

lunes en su consultorio; mientras tanto, me recetó un gel para ponérmelo el fin de semana, desafortunadamente no lo venden en las farmacias de Colima, así que tuve que comprarlo en línea. Lo recibí hasta las ocho de la noche de ayer domingo; así que estuve sufriendo el malestar todo el fin de semana. Pero bueno, gracias a Dios llegó y me lo puse de inmediato, sentí algo muy extraño, a mi brazo lo traspasaba un vapor caliente, confieso que hasta me asusté, pensé que me estaba quemando; pero no, al final me dejó una sensación de alivio, si bien no me quitó el dolor, si disminuyó de manera considerable el ardor interno.

Mientras llega la hora de la cita estoy escribiendo. Antes de terminar le digo a mi brazo que vamos a ganar la batalla, como le ganaremos la guerra al cáncer; lo lleno de besos en el área afectada, cerca de la muñeca, le agradezco a mi cuerpo todo lo que ha resistido con este tratamiento tan agresivo. “Ya es lo último, vamos a salir adelante”, “hoy te curas, de eso me encargo yo”, les digo a mi cuerpo y a mi brazo, respectivamente.

Lunes 21 de noviembre

Hace muchos días que no había escrito por la complicación en el brazo, desafortunadamente había una situación de riesgo y el doctor me prohibió mover la mano, escribir en la computadora y manipular el *mouse*. Tuve que dejar de escribir y de trabajar, no tomé incapacidad, pero sí estuve a distancia al tanto de los posgrados de la facultad.

El diagnóstico del doctor fue “extravasación de quimioterapia”, quiere decir que se derramó parte del líquido de la quimio hacia los tejidos, por eso presentaba dolor, quemazón, enrojecimiento de la piel y cambio de temperatura. El tratamiento ante un evento de extravasación debe ser inmediato; sin embargo, desde la quinta quimio había

presentado derramamiento de líquido. El doctor me explicó que cuando hay extravasación, los vasos sanguíneos pueden colapsar por falta de presión, generando falta de oxígeno en el área afectada, lo que puede llevar a la pérdida del tejido. Tuve riesgo de necrosis en el brazo, lo que hubiera causado la pérdida de una parte del miembro o de su funcionalidad.

—Híjole se ve peor en vivo que en la foto —me dijo el doctor, pues el sábado le había mandado una foto para que observara lo que me estaba pasando—. No vi que estuvieras tan mal.

—¿Es grave?

—Sí, podrías perder esta parte de la mano.

No podía creer lo que estaba escuchando, sabía que algo no andaba bien, pero nunca pensé que algo así podría ocurrirme. Al doctor le preocupaba que, desde la quinta quimio se había presentado el derrame, no había sido tratado y ya había pasado casi un mes. La quimio al derramarse estaba atacando al tejido. Ésta se aplica para que ataque al cáncer y lo destruya, pero al haberse derramado fuera de la vena, ahora estaba haciéndole al tejido lo que debería de hacerle al cáncer, lo estaba destruyendo.

—Te voy a tener que infiltrar una sustancia para tratar de deshacer esta parte que tienes dura. Es doloroso —me advirtió.

—Haga lo que tenga que hacer doctor, ya estoy acostumbrada a los piquetes, lo que quiero es salvar el brazo.

El doctor Cásarez asintió con la cabeza y fue por todo lo necesario, me pasó a la parte posterior del consultorio y me pidió que pusiera mi brazo sobre una mesita.

—Primero te voy a anestesiar para que no te duela la infiltración, vas a sentir algo de ardor.

Picó varias veces alrededor de la zona. No sentí nada, ni ardor ni los piquetes, y eso me preocupó, supuse que si

no sentía nada era porque algo no estaba bien. Seguidamente, el doctor infiltró la zona varias veces.

Al día siguiente, el brazo amaneció más hinchado, ya no sólo era la muñeca sino completo, sobre todo en la parte del codo. Le mandé una foto al doctor, me contestó que debido a los piquetes de la infiltración era normal lo que estaba sucediendo: “Fue por la lastimada de ayer, es normal, debemos de esperar”. Me preguntó cómo había evolucionado el dolor, le contesté que seguía igual, me recetó un analgésico por cinco días.

Ese día le pedí perdón a mi brazo por no haberlo atendido antes, pensé que mejoraría como siempre sucedía. No puedo evitar llorar al verme tan mal, ¿en qué momento surgió esta situación de peligro? Había confiado que mi cuerpo se desharía de ese líquido que había quedado en mi muñeca, pues me habían dicho que era normal, pero realmente no pasó así, y ahora corro peligro de perder una parte de la extremidad.

Por la noche volví al consultorio del doctor Cásarez, para esas horas ya notaba cierta mejoría, comenzaba a sentir movimiento dentro de la quemadura, algo que no había sentido desde que comenzó la inflamación. Nuevamente el doctor me infiltró, esta vez sentí los piquetitos de la anestesia y un pequeño ardor cuando entraba en la zona afectada; eso me dio esperanza. El doctor también me dio ánimos, me dijo que el brazo se veía mejor y sentí su sincero positivismo sobre la evolución.

En días posteriores, mi brazo fue mejorando, la inflamación fue cediendo y la sensibilidad regresando. El doctor me infiltró una vez más, en una zona más pequeña.

—¡Va muy bien!, parece que vamos a salvar el brazo —me informó.

No saben lo feliz que me sentí, quería abrazar al doctor, lo sentía como un amigo; las tres noches que me estuvo aten-

diendo, lo veía —por lo menos— una hora, platicábamos de política, economía o salud, siempre temas muy interesantes; el tiempo del tratamiento se me pasaba volando.

Me salió sarpullido en la mano y me daba bastante comezón, al parecer, el gel me irritó la piel, así que le mandé foto al doctor para que lo viera. Me indicó suspender el gel y me recetó una crema para tratarlo; el resto de la semana le mandé diariamente fotos del brazo para que monitoreara la evolución. Poco a poco la inflamación cedía y el ardor iba desapareciendo, haciéndose cada vez más leve.

Volví a consulta con el doctor Cásarez para que revisara presencialmente mi brazo, que ya se había desinflamado casi por completo; no obstante, había una pequeña parte dura donde se encontraba la lesión, pero ya no quería o podía infiltrarme más, así que me recomendó que retomara el gel, el que me había causado sarpullido, pero ahora aplicándolo solamente en el área dura de la lesión y no en todo el brazo. Me comentó que me hiciera un ultrasonido, con la intención de valorar la necesidad de una cuarta infiltración. No debe abusar de las infiltraciones, por eso requería valorar si necesitaba otra más.

Al día siguiente me desperté con una imagen no muy agradable en la lesión, parecía que se había roto una capa de mi piel, que había explotado y se había abierto, y abajo de ella se asomaba otra capa de piel que era de color más tenue, se observaba sana; sin embargo, al tomarle foto para mandársela al doctor, la imagen lucía muy aparatosa.

—Buenos y madrugados días, doctor, así amaneció el brazo, mucho más deshinchada la bolita con el gel y, si se fija, la piel se reventó.

—Buen día, excelente, creo que ya no será necesario el ultrasonido.

Al ver la foto supo que seguía respondiendo bien al tratamiento y consideró que una cuarta infiltración podía esperar, había que darle más tiempo a la recuperación.

Mandé la misma foto al *chat* familiar, con la advertencia de que, aunque la imagen era fea, yo me sentía mucho mejor. Mi papá se impresionó al ver la foto y me llamó por teléfono.

—Quiero que te hagas el ultrasonido, yo lo pago, no estoy tranquilo de verte así el brazo.

Le expliqué que me sentía bien, que había mejoría, que no se preocupara, pero él insistió en que me lo hiciera, así que le dije al doctor que lo haría para que mis papás estuvieran más tranquilos: “Ya ve como son los papás”. Al día siguiente me hice el estudio patrocinado por mi padre, y arrojó lo que el doctor ya había diagnosticado: “Se observa un leve edema, engrosamiento del tejido celular subcutáneo y grasa y leve aumento de la vascularidad focal que sugiere un proceso inflamatorio en forma focal, sin observarse un compromiso vascular”. El doctor no pudo verme ese día, le mandé el estudio y quedé de verlo al día siguiente. En la consulta me dijo que, definitivamente, ya la había librado, así lo indicaba el ultrasonido, no había ningún peligro, mi recuperación iba *viento en popa*.

En días pasados tuve nuevamente el Taller de Oración y Vida, tocamos el tema del amor: “Ser libres para amar, ser mansos y humildes, ser misericordiosos y sensibles, amando como Dios nos ama, sin ambigüedades”. Saliendo del taller sentí unas ganas inmensas de decirle a mi esposo que lo amaba, que le daba las gracias por estar conmigo, por no soltarme de la mano y enfrentar este proceso conmigo; por ocuparse de las labores que comúnmente yo hacía en el hogar y que ahora no puedo realizar. Así que, antes de regresar a casa, compré un ramo de flores, pensé que sería un lindo detalle, sorprenderlo y regalarle algo, últimamente to-

dos los regalos los recibo yo. Ese día quise darle un beso y decirle: “Gracias, mi amor. Te amo. Estas flores son para ti”.

Muchas cosas han sucedido durante estos días, el pasado viernes falleció Eduardo Solís por complicaciones del cáncer que le fue diagnosticado mes y medio después que a mí. Mi compañero de trabajo y amigo había publicado en su *fase*: “Les pido de todo corazón sus oraciones para que todo salga bien en mi intervención. Dios los bendiga”, en la publicación aparecía con una bata de hospital, listo para ir a quirófano. Pensé que sería una situación de rutina y, al parecer, él y su familia pensaban lo mismo; sin embargo, la sorpresa fue que estaba invadido de cáncer en los pulmones, días atrás había presentado dificultades para respirar, me había enterado de que una ambulancia lo recogió en la Facultad de Economía.

Había decidido no escribir sobre el tema de Eduardo aquí, porque estaba segura de que saldría adelante, pues, tras varias semanas en terapia intensiva, había salido del hospital y estaba contando su experiencia. Tuve la oportunidad de ir a visitarlo y platicar con él, de darle ánimos y contarle mi experiencia, de escuchar la suya, de conocer su fortaleza y sus ganas de vivir, sus palabras me fortalecieron a mí también. Eduardo me contó cómo iba recuperándose:

—Quiero ser un ejemplo de que los milagros existen. Sé que todavía no es mi tiempo.

Al parecer, había tenido una revelación cuando estuvo entre la vida y la muerte. Así que él estaba seguro de que todavía tenía cosas que hacer en la tierra. Le llevé un libro sobre identidad cultural, con la intención de que le sirviera para su tesis de doctorado, era una forma de decirle, “lo vas a lograr, regresarás a tu vida normal y terminarás ese reto académico que comenzaste hace unos años”, también le llevé unas galletas, y cuando le entregué todo me dijo:

—Doctora, no tengo nada que darle.

—Verte bien es mi regalo —le contesté.

Había adelgazado unos quince kilos, estaba delgado, pero no en los huesos, se veía saludable y eso me llenó de emoción. Después de unas horas de estar con él y su esposa Yerania me despedí y me puse a sus órdenes para estar pendiente de su recuperación, le comenté que iba a seguir rezando por él. Nunca voy a olvidar la imagen de nuestra despedida, él recargado en la puerta de la casa, con su esposa al lado, diciendo adiós con la mano, sin saber que sería el último día que lo vería con vida.

El viernes por la mañana le escribí a Yerania para preguntarle por Eduardo, me comentó que la situación era delicada pero que tenía fe en que se recuperaría. Desafortunadamente no fue así, por la noche me enteré de su partida. Estaba platicando con mi esposo y revisando el teléfono cuando leí la noticia, no lo podía creer, comencé a llorar y mis hijas me preguntaron qué tenía; no les podía decir lo que estaba pasando, yo estaba luchando contra el cáncer y no podía decirles que Eduardo había perdido la batalla contra la misma enfermedad.

Eduardo cumplió su deseo: regresó y fue un ejemplo para todos. Estuvo presente en el cumpleaños de su esposa, pudieron salir a festejar y estar juntos, tuvo un poco más de tiempo con su familia, al final se despidió de todos nosotros y nos dejó una gran lección. En la misa de su sepelio le prometí que lucharía hasta el final como él lo hizo, que viviría una vida intensa como él quería vivirla, le agradecí por la gran lección que me dejó, de lucha, fe y esperanza. Gracias Eduardo por empujarme a vivir, siempre te recordaré recargado en la puerta diciéndome adiós.

Martes 22 de noviembre

Estoy más tranquila y recuperando el ánimo. Continúa la sanación de mi brazo. Hoy le escribí al doctor Cásarez y le mandé una fotografía para que pueda ver el avance. Aún está dura la parte central, pero mucho más desinflamado alrededor; el doctor considera que tal vez necesite una infiltración más para terminar, pero quiere darle más tiempo al brazo, al fin y al cabo, ya no representa peligro, así que me verá hasta el jueves. Le comenté que tengo un dolor que me sube del brazo hasta la parte posterior del hombro derecho, tal vez sólo sea por la postura que tomé al dormir tratando de no recargarme en el brazo malo. El doctor me recetó un antineurítico para relajar y desinflamar. Espero que este dolor también cese.

Jueves 24 de noviembre

Hoy tuve una entrevista como parte del proceso para obtener una de las dos plazas de profesor investigador de tiempo completo en la Facultad de Economía que oferta la Universidad de Colima. Ya había pasado la primera etapa, por ello tuve la oportunidad de ser entrevistada.

Durante la entrevista me sentí segura, me preocupaba un poco no contestar adecuadamente, pues las respuestas no deben exceder de dos minutos cada una, por lo que se tienen que estructurar bien y contestar completo pero conciso, y con esto de mi *cerebro químico* y la dificultad que a veces presento al hablar y expresar las ideas, tuve preocupación de no lograrlo, pero gracias a Dios todo trascendió bien. Mi esposo me acompañó, cuando salí me preguntó:

—¿Cómo te fue?

—Como pez en el agua —le contesté.

Por la tarde fuimos con Mayra, porque Julieta ha decidido cortarse el cabello para donarlo, aproveché para que

revisara cómo están mis folículos después de la quimio, me había comentado que la fuera a visitar a las tres semanas después del tratamiento. La buena noticia es que el folículo está bien y mi cabello pronto comenzará a manifestarse en mi cabecita. ¡Qué emoción!

Estoy feliz por el gesto de mi hija, cuando le dimos la noticia de mi enfermedad dijo que también se lo cortarían, pero como el mío ya va a comenzar a crecer pensé que se arrepentiría; sin embargo, ella no olvidó su promesa y con mucha seguridad me dijo que quería hacerlo. Mi hija quedó hermosa, hermosísima, ese nuevo corte le sentó súper bien. Veo una niña más madura detrás de esa carita infantil, una gran personita que sabe afrontar los retos y darle ánimos a su mami cuando los necesita. Mi niña convirtiéndose en una mujer de palabra, segura de sí misma, un ejemplo para mí. Te amo, Julieta.

Viernes 25 de noviembre

Hace rato estuve en el Instituto de Cancerología, me tocó la cita de simulación; todavía no entiendo bien qué quiere decir eso, pero fueron casi dos horas de espera después de la hora establecida. Había muchas personas aguardando turno.

Nos iban nombrando uno por uno, en el orden que habíamos llegado. Cada paciente tardaba entre diez y quince minutos, todo fluía y afortunadamente me había llevado el libro *La revolución de Independencia* de Luis Villoro, por lo que, leyendo, el tiempo se me pasó rápido; Raúl, quien era mi acompañante, también se llevó un libro para matar el tiempo, así que la espera tampoco fue larga para él.

Tocó mi turno y pasé al área del tomógrafo, previamente me había puesto una bata; me pidieron que me recostara y que subiera el brazo izquierdo —lado donde apareció el tumor— y que girara la cabeza hacia el lado derecho. Tuve que

estar completamente quieta mientras pasaban el tomógrafo varias veces. Marcaron mi piel, con pequeñas agujas con tinta, delimitando el área en la cual se daría el tratamiento con el acelerador lineal. Eso fue todo, habían terminado. Regresé al vestidor a quitarme la bata y vestirme. Sólo queda esperar, al parecer me estarán hablando en las próximas semanas para indicarme el día exacto en que comenzaré el tratamiento de las radioterapias.

Ya quisiera comenzar, pero sé que todo es de procesos y voy bien, las cosas están pasando en los tiempos indicados, las radias me las darán antes de los seis meses de operada. La etapa de quimios ha quedado atrás, tan atrás que mañana estaré cumpliendo un mes de la última aplicación. Ahora estoy en otro tratamiento, exactamente tres semanas después, comencé a tomar los supresores de hormonas: tamoxifeno, debo tomar una pastilla por la noche durante cinco años. Sí, leyó usted bien, durante cinco años.

Ni modo, así es el procedimiento; estaré en observación los siguientes cinco años, es el periodo en el que podría regresar el cáncer. Esta nueva medicina me ha provocado algunos malestares como mal sabor de boca, náuseas, cansancio y bochornos, lo peor de todo son los bochornos; si algo me estresa o cambia mi estado de ánimo, el bochorno se presenta en automático, lo único que puedo hacer es relajarme para que se vaya, pero, eso sí, la sudada nadie me la quita, me han dado bochornos en los que he sudado a chorros y otros que sólo me han dado un poco de calor.

Miércoles 30 de noviembre

Estoy como mamá pavorreal, acudí a la entrega de calificaciones de la primera parcial al colegio de Julieta, ella me había dicho que me esperaba una sorpresa, pero no me imaginé que a mi querida primogénita la reconocerían con un merecidísimo

tercer lugar en el cuadro de honor. Esto me hizo sentir muy feliz, porque mi Julieta, en medio de este duro reto, ha podido el inicio de su educación secundaria. Tenía preocupación de que no se adaptara, que le costara trabajo o se le hiciera todo más difícil. Ahora me sorprende con ese tercer lugar y me hace sentir tranquila, se está adaptando bien a su nueva escuela, al nuevo nivel y a sus nuevos amigos y maestros.

No quería que me atacara un bochorno por las notas de mi hija, gracias a Dios le fue muy bien y a mí también. Últimamente tengo bochornos con mayor frecuencia, cumplí quince días con el tratamiento de los supresores de hormonas, y el doctor Cásarez me comentó que el medicamento me está induciendo químicamente la menopausia, entonces los bochornos están a la orden del día, mañana, tarde y noche. Espero que con el tiempo se vayan disipando, pero mientras me acostumbro, son incómodos; no es normal estar platicando con alguien que está fresca como una lechuga, mientras una está sudando como si vinera de correr un maratón. En fin, una raya más al tigre.

Jueves 1 de diciembre

Hoy fue la posada de la Universidad de Colima. Decidí que ya basta de turbantes y pelucas, mi cabeza se va cubriendo de una sombra finita de cabello, pareciera que ando rapada, no calva. Utilicé los turbantes porque no me gustaba verme sin nada de cabello, calva, no me molesta verme pelona. Me armé de valor y decidí asistir a la posada con mis hijas, sin esconderme, sin usar turbante para verme mejor o para que la gente no me vea raro. Ya saben que estoy enferma, no hay nada que ocultar, ya me han visto pelona en las redes sociales y en el video que hice para la universidad, no debe sorprenderles verme en vivo. La verdad me sentí muy bien y mis hijas, como siempre, apoyaron mi decisión.

Julietta estaba triste porque, por su edad, ya no tenía derecho a un boleto para recibir dulces y regalos, podía asistir a la posada, pero los regalos son sólo para niñas y niños menores de 11 años con tres meses. Pobre de mi chiquilla, que no quiere crecer para seguir siendo niña. Finalmente, en una dinámica se ganó un peluche; además, la presidenta del Voluntariado la reconoció y le comentó que la trenza que había donado cumpliría su objetivo de convertirse en una peluca oncológica. Eso la llenó de felicidad.

María Emilia se acercó a Santa, junto con sus primos Fátima y Sebastián, para entregarle su cartita; en ella, además de regalos, pidió salud para su mamá. Disfrutamos juntas el encendido del árbol de Navidad; comimos pozole, churros y agua fresca; gozamos la posada; fue un momento maravilloso con ellas. La pelona lució en todo su esplendor, mucha gente me abrazó y me deseó lo mejor, me decían que les daba mucho gusto verme bien. Terminé llena de energía y vibras positivas, ya es primero de diciembre, comienza la época más bonita del año; estoy viva, tengo a mis hijas, a mi esposo, a mis papás y a mis hermanas. ¡Qué más puedo pedir!

Sábado 3 de diciembre

Me encanta la época de posadas, todos los fines de semana tendremos fiesta, comenzando hoy con el grupo de amigos los “Ñoñes” y terminando con un desayuno de primos el viernes 23 de diciembre, cuando ya estará aquí mi hermana Zaira. Tendré posada con mis ex colaboradores de la Secretaría de Cultura en casa de Víctor, fiesta en mi casa con el grupo de la Facultad de Economía, brindis en la Federación de Egresados de la Universidad de Colima, desayuno con profesores y personal de la facultad, cumpleaños de Julieta en casa (una pijamada de diez amigas); al día siguiente llegará mi hermana Zaira y por la noche nos iremos a la

posada de los amigos de Raúl; también posada con Mara, Jaz, Ciria y Claudia en la casa de las dos últimas en Suchitlán y, finalmente, cena en el restaurante El Chepe con Yare, Blanca, Milly, Claudia y Zaira.

Pareciera que no estoy enferma, desde noviembre comencé a agendar todo, quiero festejar con todas mis amistades y, al parecer, lo voy a lograr. Estoy feliz, no importa que me encuentre a medio tratamiento, la vida sigue y hay que aprovechar que estamos aquí; además, el tener fiestas no implica que descuidaré mi salud; al contrario, estar activa me da mucho ánimo, los días que no tengo evento trataré de comer lo más saludable posible, para luego poder pecar un poco con la comida.

La mayoría serán reuniones para darnos el abrazo de Navidad y Año Nuevo, festejar con quienes queremos los últimos días del año; sin embargo, la de hoy será lo más cercano a una auténtica posada, habrá nacimiento, cánticos, regalos, buenos deseos y mucha diversión. También me gustaría con el grupo de la Facultad de Economía pedir posada, pues es en la que se juntan más niños y sería bonito inculcarles la tradición de los villancicos.

Todavía me falta camino por recorrer, pero estoy segura de que estaré bien, no quiero vivir esta época triste, quiero que mis hijas también la recuerden alegre. Ha sido un año difícil, pero finalmente estamos terminándolo con mucha diversión; las radios serán menos intensas, al menos así lo espero, y ojalá no tenga tantos efectos secundarios, para gozar con mis hijas estas fiestas navideñas, que son también tiempo de reflexión, de dar y fomentar el amor.

Jueves 8 de diciembre

Ya pasó una semana de cuando decidí dejar de usar turbante. El cabello sigue creciendo, pero es distinto al que tenía, es

como cabello de bebé, muy delgado, como una pelusita, se siente raro. Paso mis manos por la cabeza y siento como si fuera de algodón. Entiendo que se irá fortaleciendo para salir grueso y negro como antes, pero ahora lo veo más bien como café. Creo que es cuestión de paciencia, de esperar; la buena noticia es que el cabello ha salido y eso me pone feliz. Sé que es un proceso que llevará meses, pero espero que para marzo ya tenga el cabello más largo, pues será la boda de América, una de mis mejores amigas de Morelia, y me invitó a formar parte de su grupo de madrinas; cuando acepté acompañarla en el evento de su nueva etapa de vida, saqué la cuenta y pensé que ya tendría cabello para entonces, corto pero tendré.

Buscaré a Mayra, tal vez sea tiempo de darle una rapadita a este cabello de algodón y mejorar su consistencia o tal vez tenga que dar tiempo a que crezca más para raparlo; no lo sé, por eso espero verla y que me diga qué hacer.

Viernes 9 de diciembre

Por más que he querido ver al doctor Cásarez no ha sido posible, su agenda está bastante ocupada. Lo busco para darle seguimiento al tema de mi brazo, pero creo que ya no insistiré, finalmente tengo el diagnóstico del ultrasonido que dice que todo está bien.

Los doctores tienen una rutina muy pesada, en Colima son pocos los especialistas oncólogos y se reparten entre varios hospitales: algunos están en el Instituto de Cancerología, en el IMSS y también atienden de manera particular; tienen jornadas larguísimas, comienzan muy temprano y terminan muy tarde. Recuerdo un día que fui a ver al doctor Cásarez, como siempre, a las nueve de la noche, la hora que me podía atender, le pregunté:

—¿Usted a qué hora se duerme?

—¡Uy! como a las dos de la madrugada —me contestó.

—¿Y a qué hora se levanta?

—Como a las seis.

—¡Qué pesado!

—Sí, desde que regresé de vacaciones no he estado un sólo fin de semana en mi casa, siempre tengo alguna actividad fuera: un curso, una plática, algo.

¡Qué barbaridad, qué vida es esa!, pensé, pero ciertamente que cuando hay pasión por la profesión, por lo que se hace, no se lamenta del todo sacrificar algunas cosas.

Lunes 12 de diciembre

Ha sido un día especial, recibí una noticia que esperaba desde hace tiempo, fui la elegida para ocupar el puesto de Profesora de Tiempo Completo (PTC) en la Universidad de Colima, en mi querida Facultad de Economía. Fue sorprendente porque esperaba resultados hasta pasado mañana, así que hoy no imaginaba que recibiría una noticia así.

Hoy es día en que la mayoría de los mexicanos celebramos a la Virgen de Guadalupe, así que hice una publicación en mi página de la red social con una frase que tengo grabada en la mente, “¿Qué no estoy yo aquí que soy tu madre?” Me encanta porque transmite un mensaje de paz, me hace sentir acompañada y fortalecida ante la adversidad. El Taller de Oración y Vida me acercó más a la religión, no tuvimos un acercamiento tan profundo con la Virgen, sólo en una ocasión tocamos el tema de María, así que me aferré intensamente a mi Padre, más que a mi madre del cielo, pero hoy la recordé con ternura y cariño y le pedí perdón por no haberla llamado tantas veces en mis oraciones.

Después del mediodía me compartieron la noticia publicada en la página oficial de la Universidad de Colima, donde aparecía mi nombre en la lista de personas selec-

cionadas; a partir de ese momento comenzaron a llegar llamadas y mensajes de felicitación. Mi amiga Carolina me llamó llorando.

—Amiga, el PTC es tuyo, te lo ganaste, te lo trajo la Virgen.

Me sentí —una vez más— bendecida y feliz, pero al mismo tiempo un poco desconcertada, la noticia llegó cuando menos lo esperaba. Familiares y amigos me felicitaron. Regresé a casa y me puse de acuerdo con Yare, Blanca, Claudia y Milly para festejar el martes en una cena, una cena que ya estaba programada para vernos, pero que ahora tendría una razón más, festejar el nombramiento de PTC.

Terminando de comer, mi esposo me dijo:

—Habrá mariachi en el Espíritu Santo con motivo de la Virgen.

—¡Hay que ir! Quiero darle las gracias —le dije, y así lo hicimos.

Dejamos a María Emilia en el fútbol y nos llevamos a Julieta con nosotros. Llegando a la iglesia vi que el mariachi era el de la Universidad de Colima, entonces confirmé que ese momento estaría en mis recuerdos toda la vida. Estaba ahí, dando gracias por la vida, por la salud que poco a poco estoy recuperando y por mi designación como PTC, con el acompañamiento del mejor mariachi de la región. Me percaté que sólo quedaba uno de los integrantes del mariachi universitario que había tocado en mis quince años, sólo uno de cuando yo bailaba. Pasa la vida y aquí seguimos. Recordé a los antiguos músicos del mariachi, uno desafortunadamente falleció en un accidente, tocaba maravillosamente el violín, a Jesús Larios quien me enchinaba la piel cuando cantaba la canción “México” en las giras del ballet; y como no recordar a Chema, quien tocaba el guitarrón.

Comenzó la misa, con la típica canción dedicada a la Virgen de Guadalupe: “Desde el cielo una hermosa mañana, desde el cielo una hermosa mañana, la Guadalupeana...” mis lágrimas comenzaron a caer a raudales, no podía contener el llanto, de felicidad, esperanza, fe y otros sentimientos encontrados de alegría y tristeza. Recordé a mi amigo Eduardo y a todos los que se fueron en 2022. Canté con mucha devoción y sentimiento. Mi esposo me tomaba de la mano, mi hija me abrazaba y recargaba su cabecita en mi hombro, yo simplemente no podía parar de llorar. La Universidad de Colima estaba abrazándome con sus cantos, todo era mágico, un pedacito de mi *Alma Mater* me estaba acompañando; mi universidad, la que ha estado conmigo en gran parte de mi vida.

Martes 13 de diciembre

Ayer acudí con Mayra para que me dijera cómo vamos con el crecimiento del cabello. Voy bien, pero me tuvo que volver a rapar para darle paso al nuevo cabello. Julieta me acompañó, ya que no tenía actividad por la tarde; a María Emilia la dejé en el fútbol, cuando me vio nuevamente me preguntó consternada:

—¿Mami, por qué te volviste a cortar el cabello?

Le expliqué que no lo hacía por gusto, sino por necesidad, que era parte del proceso para que mi cabello volviera a crecer largo y fuerte. Que, con esta rapadita se tumba el cabello débil para darle paso a uno más sano. Trató de comprenderlo, pero al final insistió:

—Ojalá que ya no te lo tengan que rapar, ya quiero que te crezca.

—Esperemos que no, mi amor, esperemos que ya no me lo tengan que rapar de nuevo —le contesté.

Miércoles 14 de diciembre

Ya casi nos vamos de vacaciones en la Universidad de Colima. Estoy feliz y ansiosa, ya quiero ver a mi hermana Zaira, llega el sábado, así que estoy contando los días para que eso suceda, para abrazarla y abrazar a mis sobrinas; además, está en puerta la fiesta de Julieta, su celebración de doce años.

¡Qué rápido pasa el tiempo! Diez años ya de haber sido contratada por la Universidad como profesora por horas, he sido coordinadora y directora, y hoy tuve la oportunidad de firmar mi contrato como PTC para desarrollarme como investigadora. Aquí estoy, con esta gran oportunidad, con un nombramiento que estará marcando una nueva etapa en mi vida, una etapa que quiero disfrutar como todas las que me ha ofrecido mi centro de trabajo desde que me recibió.

Tengo un poco de incertidumbre, en la última década me desarrollé en puestos directivos y administrativos, más que académicos; ahora tengo que administrar mi tiempo más como académica, generar proyectos de investigación y publicaciones. Creo que, simplemente, me tengo que dejar llevar por mis instintos y ver las señales que me va dando la vida, tomar las oportunidades y seguir apasionándome por lo que hago. Sí, hacer las cosas con pasión, como me enseñó uno de mis grandes maestros, estoy segura de que así todo fluirá.

Sábado 17 de diciembre

Ayer por la tarde fue la fiesta de Julieta, todas sus amiguitas llegaron relativamente puntuales. Todavía hubo piñata. Un hermoso unicornio rosa fue la que escogió el día que fuimos a buscar los dulces, el mantel y el letrero de feliz cumpleaños; el mantel también fue de unicornio. Compramos los ingredientes para el pay de limón que hicieron como parte de las actividades durante el festejo. Cociné espagueti con queso, jamón y tocino para la cena, y *hot cakes* para el desayuno de hoy.

La fiesta fue todo un éxito, tenemos una bola colgada en el techo, estilo de los años ochenta, que destella luces de colores y gira, así que hubo disco y bailaron un buen rato; luego se pintaron el cabello con aerosoles especiales: morado, rosa y verde; terminamos la velada con cohetes y luces, para gusto y delicia de las invitadas. No sé a qué hora se durmieron, a mí me dio sueño como a las once, ellas se fueron a dormir más tarde. Hoy se levantaron temprano, así que me levanté con ellas para prepararles el desayuno. Cerca de las dos de la tarde se fue la última de las invitadas.

Me comuniqué con mi hermana Zaira para saber dónde venían, resultó que ya cerca de Colima, así que nos alistamos para recibirlos. Mi papá fue por la comida: pescado frito para mi cuñado Sergio, pescado empanizado para las nietas y filetes rellenos para los adultos. Zaira llegaría a casa de mi papá y él no estaría para recibirla, así que le llamé y me puse de acuerdo con él para irme con mi familia a esperarlos allá.

Fue muy emocionante, las niñas contaban los minutos para ver a sus primas; María Emilia estaba especialmente emocionada, pues había quedado con su primita Andrea de hacer miles de actividades cuando se vieran. Tenían ya varios fines de semana hablando por videollamada tramando lo que harían juntas, hasta tenían anotadas las actividades y juegos que realizarían.

Por fin llegaron, no faltaron los besos, abrazos y apapachos. Me dio muchísimo gusto ver a mi hermana. Era la primera vez que me veía en vivo, así pelona.

—¡Te ves muy bien! —me dijo. Asentí con la cabeza y sonreí.

Finalmente llegaron Milly y familia, y mis papás con la comida. La pasamos genial, entre risas, bromas y anécdotas, la velada estuvo maravillosa, tal y como la imaginé.

Entre el fin de las quimios y la espera de las radios, por buen tiempo se ha ido el dolor, el malestar, los malos momentos que he pasado afrontando esta enfermedad, ahora sólo quiero gozar este tiempo en familia y olvidarme de todo. Quiero gozarlos y convivir, pues no sabemos hasta qué día estaremos en este mundo, ahora estamos todos completos, mañana quién sabe.

Las radioterapias

Martes 20 de diciembre

Hoy comencé el tratamiento de radioterapias, serán treinta sesiones. Como durante el tratamiento tengo que cuidarme del sol, aprovechamos la mañana, mi esposo y yo, para ir a rodar en bicicleta.

Salimos un poco antes de las ocho rumbo a Comala, tenía ganas de hacer algo así, desafortunadamente no había tenido oportunidad por la situación del brazo; a la fecha, me duele cuando lo estiro, pero va bien, se desinflama cada vez más y ya no aguanté las ganas de hacer alguna actividad física al aire libre. Nunca había ido en bici para allá, me fascinó la travesía. Siempre me ha gustado la bicicleta, de niña me encantaba salir a pasear con mis hermanas y vecinos, pero ese tiempo había quedado atrás y ya no hacía ese tipo de cosas, pura bicicleta fija, *spinning*, que, aunque me gusta,

nunca será igual hacerlo a la intemperie. Ahora que tuve la oportunidad de descansar mes y medio entre un tratamiento y otro aproveché antes de comenzar esta última etapa, lo necesitaba; quería sentirme libre, una persona normal que hace lo que quiere, pues dentro de unas horas me convertiré, nuevamente, en paciente en tratamiento de cáncer.

En dos horas y media habíamos regresado a casa para desayunar, bañarnos y estar puntualmente a las 12:00 horas en el Instituto de Cancerología.

Tardaron casi dos horas en atenderme, supongo que así será siempre, ya me habían dicho que es más tardada la espera que lo que dura el tratamiento, y es verdad, porque veinte minutos después ya estaba afuera y con la primera radiación puesta. Además, parece que la primera sesión es la más tardada, porque te toman nuevamente medidas. Me dijeron que no me moviera mientras tomaban unas placas, luego me dieron la radio y al final me volvieron a marcar los puntos que me habían señalado cuando me hicieron la simulación. A lo que entendí, ratificaron el proceso realizado en la simulación. Supongo que, para que el aparato me dé la radiación, deben ajustarlo a mi medida y establecer la dirección correcta del rayo; me imagino que le deben de poner mi nombre a los ajustes y por ahí debe quedar guardado: el tratamiento de Oriana Gaytán es este, y la máquina actúa. No lo sé, sólo supongo.

Volví a hacer una publicación concerniente a la lucha que estoy llevando contra el cáncer: “De regreso, hoy comenzamos la tercera etapa del tratamiento #radioterapiatime”.

Miércoles 21 de diciembre

Ayer no me percaté porque estaba emocionada y nerviosa por comenzar este nuevo tratamiento de radioterapias, pero hoy me di cuenta de un detalle muy bonito en la sala

del acelerador lineal: cuando me acuesto para recibir el tratamiento, quedo por un momento boca arriba, mirando un techo lleno de estrellas de colores, pegadas exactamente en la dirección dónde queda la cabeza. Estoy segura de que alguien las puso con la intención de hacernos el momento más ligero, de darnos un poco de alegría y esperanza; en mí lo logró. Ese detalle me robó una sonrisa y me transmitió un sentimiento de esperanza, una sensación de que todo estará bien. No cabe duda que, cuando se está en una situación como la mía, todo lo que sucede es una señal, gracias a Dios veo muchas señales buenas, esta es una de ellas, así que de ahora en adelante disfrutaré las estrellitas en el techo de dicho cuarto.

El acelerador lineal es una maquina moderna y compleja, tiene una plancha donde se acuesta quien recibe el tratamiento; la persona encargada se ocupa de acomodar al paciente en las coordenadas correctas marcadas previamente en su cuerpo; un rayo de luz roja sale de un lado de la habitación y cruza hasta el otro extremo, junto con otro rayo que sale de la pared de enfrente y tocan los puntos marcados en el cuerpo del paciente.

Cuando la o el paciente está acomodado, la persona encargada de dar la sesión sale del lugar y cierra la puerta, que tiene treinta centímetros de espesor; desde una cabina y a través de un espejo opera la máquina para que haga lo propio. Desde la plancha se puede observar una pantalla donde aparece el nombre del paciente en turno, junto con diferentes letras y números que indican las coordenadas precisas en las cuales se aplicará el rayo. En mi caso, el acelerador aplica la radio en cuatro zonas distintas, también llamadas campos; me doy cuenta que son cuatro porque observo como el aparato, que tiene un gran brazo llamado Gantry, se mueve cuatro veces y cuatro veces dispara el rayo.

Primero comienza desde el lado izquierdo, a una distancia de más o menos medio metro, lanza un rayo que emite un sonido muy largo y agudo; después se cambia de posición y pasa muy cerca de mí, pareciera un gran ojo que me observa, alcanzo a ver la pantalla de ese ojo, el cual se llama colimador, y escucho dentro de él el movimiento; luego está detrás de mí, a mi lado derecho, y manda otra vez el rayo. Cada vez que cambia de posición el Gantri, también cambian de posición las láminas que están dentro del colimador. Por último, el Gantri se coloca arriba de mí, de frente, va el último rayo que tiene una duración más larga, pareciera que nunca va a terminar, es largo, se siente eterno, pero finalmente termina. Comienza la cuenta regresiva, dos sesiones menos, sólo me faltan veintiocho.

Jueves 22 de diciembre

Tendremos cena las amigas de antaño: Yare, Blanca y Claudia, estarán también mis hermanas Milly y Zaira, decidimos juntarnos puras damas para platicar. Una de ellas no la está pasando nada bien, pues ha tenido problemas en su relación matrimonial y recién se separaron, así que decidimos vernos sin maridos y sin hijos; un ratito de descanso para platicar entre mujeres, así como en aquellos ayeres cuando teníamos nuestros miércoles de niñas.

Amistades que perduran, espero que podamos envejecer juntas y que después de habernos quedado solas, cuando nuestros hijos e hijas vuelen, sigamos reuniéndonos para echarnos porras, desayunar, planear un viaje y hacer ejercicio, entre otras cosas. Que Claudia y Ciria sigan subiendo volcanes para que me lleven. Tendremos más tiempo para nosotras, aunque seremos más grandes, no importa, lo bonito de la vida es estar en ella y para eso hay que envejecer. Ahora ya no me preocupan tanto las arrugas, tienen que

ver con mi permanencia en este mundo; quiero seguir aquí, envejecer con mi esposo y ver a mis hijas crecer. Nuestra amistad continuará, ya ha sobrevivido dos décadas, ahora entramos a los cuarenta; Milly y Blanca también llegarán al cuarto piso en 2023, así que, nos espera una década más de sorpresas y retos. Ya quiero que sea de noche, ya quiero verlas, estoy segura de que esta velada estará llena de risas.

Antes de eso acudiré a mi tercera radio, esta vez lo haré acompañada de mi hermana Zaira, aprovechando que está aquí, quiero que vaya conmigo y supongo que ella también así lo desea, y que conozca cómo es el proceso de la radio. Tengo la esperanza de que no haya mucha gente, ayer y antier que fui con mi esposo pasamos muy rápido; han sido alrededor de cuarenta y cinco minutos de espera y quince de tratamiento, está siendo más rápido de lo que pensé. Después de la terapia me siento un poco mareada y con ganas de vomitar, por eso prefiero ir acompañada, que mi hermana conduzca, y confío en que me irá bien para reponerme rápido, pues en la noche estaré de convivio.

Sábado 24 de diciembre

Es Nochebuena y mañana Navidad, estoy feliz de llegar con cierto bienestar, las sesiones de radioterapia no son lo mismo que las quimios, por lo menos hasta mi cuarta sesión. Es sábado, así que hoy no tuve tratamiento, lo que me permite sentirme mejor, de hecho, ayer le pregunté a la doctora si me podría tomar una copita de vino tinto para brindar, y me lo autorizó una pequeña.

Ya son las cinco de la tarde. El pavo está listo para hornearlo después de misa, Milly llegó con el relleno, Zaira hizo espagueti a la carbonara que se servirá de guarnición y un pan navideño de postre y yo hice la ensalada. Por la mañana fui a casa de mi mamá a picar los ingredientes, Julieta parti-

cipó, entre las tres hicimos esa tarea; luego ayudé a mi mamá a teñirse el cabello, para que luzca más linda. Por la tarde, ella prepararía el lomo que degustaremos mañana durante el recalentado. Todo está listo, la mesa está puesta, la vajilla, he decorado con servilletas navideñas que me sobraron del festejo de Julieta, cada uno tendrá un lugar muy especial en esta casa. Hoy es un día en que celebramos la vida y el nacimiento del niño Jesús. Los regalos están listos, ya quiero ver las caritas de mis hijas, de mis sobrinas y de Sebastián al emocionarse por lo que les ha traído el niño Dios.

Tengo un detallito para cada quien, bueno, no es cierto, olvidé a mis cuñados. A mis hermanas y a mi mamá les compré aretes y a mi papá calcetines, él nada quiere que se le regale, pero me enteré de que eso necesitaba. Hoy les llegan unos hámsteres a Julieta y María Emilia, siempre me piden una mascota para cuidar; no me animé por un perrito porque creo que me estresaría mucho, espero que los hámsteres cubran su necesidad y que los cuiden y atiendan como es debido. A mi esposo le compré una manguera especial que distribuye el agua como lluvia para regar el jardín, no es un regalo personal, pero es algo que quería desde hace tiempo y hoy le llegará de sorpresa.

La cena, los regalos, los abrazos y el brindis son parte de la fiesta, pero lo mejor de todo es poder festejar con mis papás y hermanas; estar todos juntos, en familia, con nuestras familias. No sabemos si Dios nos prestará vida para pasar una Navidad más, por eso hay que disfrutarla, hay que dar gracias por vivir un año más el nacimiento del niño Jesús. ¡Feliz Navidad!

Domingo 25 de diciembre

A las doce de la noche llegaron los regalos, el niño Dios no falló y los pequeños gozaron jugando en la madrugada. La

cena estuvo deliciosa, no llegamos al postre, nos quedamos en el vino tinto; el delicioso pastel de Zaira nos quedó para desayunar hoy, y el pastel que le había comprado a Julieta para festejar su cumpleaños con la familia poblana tampoco fue partido, así que tuvimos mucho pastel para hoy. Como siempre, el lomo mechado de mi mamá estuvo excelente, lo acompañó con la ensalada —macerada de un día antes— y el espagueti recalentado, todo estuvo para chuparse los dedos. La convivencia se prolongó hasta las ocho de la noche. Mañana se va mi hermana y quisimos disfrutarla lo más posible. Fue un día maravilloso, en familia, contando chistes, recordando la fiesta de anoche, haciendo planes para el venidero 2023.

Gracias Dios por permitirme llegar a este día, gracias por traerme a mi hermana y a su familia, gracias por permitirnos estar nuevamente juntas, gracias.

Lunes 26 de diciembre

En los últimos días he tenido insomnio, o me despiertan los bochornos y me es difícil volver a conciliar el sueño. Comienzo a sentir dolores e inevitablemente me cuestiono si todavía quedarán vestigios de cáncer en mi cuerpo, o si tal vez son mis riñones dañados por las quimios. Si me duele el costado derecho pienso que puede ser el hígado que no aguanta un tratamiento más. Estoy irremediamente alerta de mis dolencias. Luego, procuro calmar mi angustia y busco argumentos optimistas: el dolor de espalda puede ser debido a que tengo más de una semana de vacaciones y me la he pasado acostada más que de costumbre, es decir, me cansa la cama.

En la pandemia me pasó, tuve dolores de espalda y hasta me torcí el cuello por el estrés de no hacer nada. Quiero pensar que los dolores tienen que ver con un estado de

reposo más que de enfermedad, en aquel entonces no había sido diagnosticada con cáncer y ningún pensamiento negativo me consumía; ahora es distinto, me da miedo pensar si así será de ahora en adelante, que me ataquen los sentimientos fatalistas.

Ayer, estaba muy tranquila, a punto de bañarme antes de dormir, cuando Julieta me preguntó,

—Mami, ¿en qué parte del cuerpo te dan la radiación?

—Aquí, en esta área —le contesté.

—¿El área que está inflamada?

—¿Cómo que está inflamada?

—Sí, aquí, mira, está inflamada.

Tenía razón, quise tomarlo con calma, pero no me gustó saber que esa área esta inflamada, pues apenas llevo cinco radios. Me da miedo que me pueda pasar algo en el brazo, que la inflamación se extienda y termine en una linfedema. Pensé que estaría más tranquila con las radios, pero hoy no me siento así, me siento angustiada.

Martes 27 de diciembre

Tuve la sexta radioterapia y aproveché para preguntarle a Marlén —licenciada en radiología y encargada de apoyarme durante las sesiones— si era normal la inflamación en mi pecho, me contestó que sí; su respuesta me dejó un poco más tranquila. También le comenté, que, durante la primera semana me había sentido mareada y con ganas de vomitar al término de la radio, pero que ahora ya no sentía casi nada. Me dijo que realmente la radioterapia no provoca ese efecto, que pudo haber sido por los nervios, porque generalmente no sabemos bien cómo serán las radiaciones, pero que los efectos secundarios son inflamación y ardor en la zona, además de cansancio; ese último sí que ni lo he sentido, es más, he estado yendo a caminar al jardín aprovechando que

estoy de vacaciones y que no tengo otra cosa que hacer más que tratar de sentirme bien, recuperarme y estar lista para regresar a clases.

Estoy emocionada por regresar a trabajar, no quiero sentirme enferma; los efectos secundarios han sido mínimos, no vale la pena quedarme en cama o en casa. Sé que si me llego a sentir mal puedo tramitar incapacidad. Cuando me preguntaron en qué horario quería las terapias elegí la tarde, para poder asistir al trabajo por las mañanas. Finalmente, me las programaron a las tres cuarenta y cinco, un horario no muy cómodo, pero rápidamente me adapté porque cuento con el apoyo del director para salirme antes y alcanzar a comer una vez que regresemos del periodo vacacional. Por otra parte, el horario me permitirá, la mayoría de las veces, ir por las niñas y llevarlas a sus actividades vespertinas, sin tener que molestar a mis papás. Todo se acomoda, todo fluye, estoy vibrando en lo positivo.

Martes 27 de diciembre

La señora Alida, a quien no conozco, me regaló una crema para pieles radiadas, me contactó por redes sociales cuando supo que había sido diagnosticada con cáncer. La primera vez que me escribió lo hizo para darme ánimos y me compartió que ella era sobreviviente de cáncer de mama, que ella pudo y yo también podría y que estaría orando por mi salud. Le agradecí y hasta ahí quedó la conversación. Siguió reaccionando a mis publicaciones y dejándome comentarios positivos. Hace una semana me recomendó la crema y ayer me escribió para decirme que ya la había comprado para regalármela, acordamos encontrarnos y platicamos un buen rato. Me contó que cuando se enfermó se había tratado en privado porque tenía un seguro de gastos médicos mayores, había pasado dieciocho años pagándolo

y nunca lo había necesitado. La verdad le fue muy bien, se atendió en Guadalajara y allá fue donde le recomendaron la crema que me regaló.

He sido muy afortunada, muchas personas me han regalado cosas durante esta travesía, me han dado preferencia en alguna fila o me han atendido más rápido; mis amistades me han llenado de flores, chocolates, pasteles, galletas, gelatinas, canastas de frutas, dulces, helados, turbantes, masajes, pelucas y libros. No ha habido semana en que no reciba un detalle, una visita, una llamada o una palabra de aliento. Mis familiares y amistades me hacen fuerte, incluso la gente sin conocer también me da fortaleza.

Como cuando recibí la visita de mi amiga Flor Bracamontes, quien vive en Alemania, salimos a cenar —como es costumbre cada vez que está por acá— y no tenía idea de que le daría la noticia de mi enfermedad; cuando lo hice, su cara se paralizó y sus ojos se llenaron de lágrimas, me dijo que estaría pendiente de mí y así lo ha hecho durante todo el tratamiento; con frecuencia me escribe para preguntar cómo estoy, para darme ánimos y decirme que está orando por mi salud. Fue de las primeras personas a las que les compartí que me gustaría escribir esta historia y me animó a hacerlo.

—No olvides escribir sobre esta cena —me dijo.

Jueves 29 de diciembre

Me encuentro melancólica porque está a punto de terminar un año que, para mí, fue muy difícil en el segundo semestre. Los primeros meses fueron de pura felicidad, tuve la oportunidad de viajar a Puebla con mi familia, un anhelado viaje que quedó pendiente por la pandemia; estuvimos allá en Semana Santa y, al pasar por Ciudad de México, aprovechamos para llevar a las niñas a *Six Flags* y a *Los*

Pinos, convertido ahora en un gran centro cultural que tenía ganas de conocer. Estuvimos conviviendo toda una semana con mi hermana Zaira y su familia.

El 11 de enero, día de mi cumpleaños, me enteré de que había sido aceptada como candidata en el Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt; en marzo, el Congreso del Estado de Colima me otorgó la Presea “Rafaela Suárez” por mi investigación sobre la Sociedad Cooperativa de Salineros de Colima que produce sal en la laguna de Cuyutlán. Mis planes estaban resultando mejor de lo planeado y, de repente, la noticia dio un viraje a mi vida, una grave enfermedad; pero por fortuna un tratamiento que, aunque pesado, me permitirá vivir los próximos años y, si Dios quiere, declararme sobreviviente de cáncer. Nunca se está preparado para este tipo de noticias. El 2022 ha sido un punto de inflexión en mi vida, me doy cuenta de que hace exactamente diez años hubo otro acontecimiento que cambió mis planes y le dio un giro a mi existencia. ¿Será que cada 10 años me va a pasar algo? Qué raro.

En 2012 radicaba en La Piedad, Michoacán; trabajaba en el Colegio de Michoacán como auxiliar de investigación e impartía clases en la UNIVER, campus La Piedad; tenía más de siete años viviendo fuera de Colima, la mayor parte de mi vida profesional la había desarrollado fuera de mi Estado; entonces, Raúl y yo tuvimos una crisis matrimonial y nos separamos, sin divorciarnos, me regresé a Colima con nuestra hija Julieta, María Emilia aún no nacía.

Regresé sin un centavo en mi cuenta bancaria a casa de mis papás, me traje una camioneta que recién habíamos comprado, con la intención de venderla y tener algo de dinero mientras me acomodaba en algún trabajo, pero allá dejé mis muebles, mis amigas y todos mis sueños, se quedaron allá en aquel departamento en el que mi esposo y yo habíamos tratado de formar un hogar.

Para mí era un fracaso total, había fracasado en mi matrimonio y sentía que en lo laboral también porque, lo que había logrado conseguir en La Piedad, se había esfumado al regresar a Colima a comenzar de cero. Había fracasado al no haber podido arreglar las diferencias con mi marido, dejando a mi Julieta sin su padre. Lo único que me quedaba de allá era haber conseguido el ingreso a un doctorado en el Colegio de Michoacán.

Ya en Colima, descubrí que no comenzaba de cero, las puertas se me abrieron de par en par al final de ese año, estudiaba el doctorado en el Colegio de Michoacán y daba clases en la Universidad de Colima y en el Instituto Multitécnico, además tenía la propuesta de coordinar las tres licenciaturas de la Facultad de Economía a partir de 2013. Después de todo, había sido un año de oportunidades y cambios que se siguieron dando a lo largo de toda la década, entonces tuve la oportunidad de ocupar puestos de trabajo que jamás en la vida había pensado: directora de la Facultad de Economía, presidenta de la Federación de Egresados de la Universidad de Colima y secretaria de Cultura en el gobierno estatal. Durante ese tiempo, mi esposo y yo nos recuperamos como matrimonio y nació nuestra hija María Emilia.

Volteo hacía atrás y miro que aquel 2012 que comenzó mal, me dio las oportunidades que nunca pensé; así que tengo fe en que ahora pasará igual. Por lo pronto tengo un buen pronóstico: una nueva oportunidad de vivir; en mi trabajo un nuevo nombramiento de PTC, mayormente enfocada a la investigación y a la docencia, más que a la labor administrativa, lo que me dará más tiempo para disfrutar a mis hijas, tiempo que compartí con las niñeras cuando ocupé aquellos puestos directivos; mi matrimonio se ha consolidado después del duro golpe del cáncer, mi esposo reaccionó de la mejor manera ante la enfermedad y pude sentir lo que es el amor verdadero.

¿Qué me deparará el 2032? ¿Qué sorpresitas me tendrá preparada la vida para ese entonces? ¿Será que estos ciclos seguirán repitiéndose? Ahora que escribo, hago memoria para tratar de recordar si me pasó algo similar en 2002, 1992 o en 1982. ¿Será cierta mi teoría de que cada diez años sucede algo fuerte que cambia mi vida?

Sábado 31 de diciembre

Hice una publicación en mi red social, no quería dejar de compartir lo que me deja el año 2022, es la última reflexión que hice en el Taller de Oración y Vida a principios de diciembre y que guardé para despedir este año que me ha traído muchas enseñanzas, retos, aprendizajes y crecimiento personal. En la dinámica de ese día, le pedí a Dios que me ayudara a contestar la pregunta que me hice cuando fui diagnosticada con cáncer de mama: ¿para qué?

Me surgieron estas respuestas:

- Para encontrarme con mi Padre.
- Para encontrar la paz en el silencio.
- Para conocer el verdadero amor en mi relación esposal.
- Para reafirmar que mi mayor tesoro son mis hijas.
- Para sentirme bendecida por mi familia, padres y hermanas.
- Para regresar a mi hogar.
- Para saber, con certeza, que estoy rodeada de mucha gente que me ama.
- Para pedir ayuda.
- Para recibir apoyo de quien menos lo esperaba.
- Para entender el poder de la oración.
- Para ser fuente de inspiración.
- Para hacerme más fuerte.
- Para lo que venga.

Sentimientos encontrados rodean mis pensamientos, y Dios me ha permitido llegar con vida para recibir el año 2023. Despido este 2022 con algo de gripe, desde ayer estoy tomando vitamina C y hasta un té con ajo, miel y limón que me preparó, por la noche, Julieta. No quiero estar enferma este día, quiero estar feliz y alegre porque lo logré y estoy terminando un año que ha sido muy difícil para mí y mi familia. Con alegría brindo por la vida y por la salud.

Este año he aprendido que sin salud no hay nada. No bastan la intención, la actitud, el buen ánimo, la planeación y las ideas; sin salud, no hay nada. Gracias 2022 por enseñarme a valorarla, te prometo que le echaré muchas ganas para conservarla. ¡Feliz Año Nuevo!

Domingo 1 de enero de 2023

Qué bonita velada la de anoche, pese a que Zaira se regresó a Puebla, Milly pasó Año Nuevo con sus suegros y que la familia de Raúl no vino a Colima, nos quedamos solamente con mis papás. No queríamos pasar esta fiesta tan especial en casa, así que reservamos en un restaurante, ahí estuvimos con las niñas, mi papá, mi mamá y mi tío Julio. Fue una noche distinta, nunca la había pasado en un restaurante aquí en Colima, pero fue divertido, lo malo es que hoy no tuvimos recalentado, pues nadie cocinó ayer.

La visita al restaurante también fue especial para Julieta, aproveché que en el espectáculo participaba un mariachi y les pedí que le cantaran las mañanitas antes de que terminara el año. Mi hija siempre me reclama por qué el 31 de diciembre digo que es una importante fiesta para recibir el nuevo año.

—Mami, también es mi cumpleaños —me aclara.

Es cierto, y aunque la despierto con un beso y un abrazo, la familia le llama para felicitarla y recibe regalos, el día

gira en torno a la celebración de Año Nuevo. Entonces, para que no se sienta triste, le compro un pastel y durante la fiesta de fin de año le cantamos las mañanitas y la felicitamos; sin embargo, su fiesta la organizamos otro día con sus amigas, casi siempre a principios del mes, ni modo, quien le manda nacer el último día del año.

El día lo dedicamos a ella aprovechando que no teníamos que preparar la cena, pasamos un buen rato en una plaza comercial, su papá le dio un regalo sorpresa y ella estaba feliz, jugó con sus primos y su hermana, como la niña que no quiere dejar de ser. En el restaurante estuvo en el área de juegos, sólo regresó a la mesa durante la cena, las mañanitas y para partir su pastel. Fue una gran noche para todos.

Hoy mi esposo y yo volvimos hacer el amor con la pasión que teníamos cuando éramos novios; es la segunda vez que escribo sobre esto, no quiere decir que durante mi proceso de recuperación no lo hayamos hecho, pero no ha sido igual. Raúl es muy respetuoso y cuidadoso de cómo me siento, muchas veces yo quería estar con él, pero mi cuerpo no estaba listo; otras veces, él quería estar conmigo, pero sabía que yo no me sentía bien. Con frecuencia sólo nos abrazábamos; otras veces él me abrazaba mientras yo lloraba en silencio, me decía: “Qué linda eres”, y yo pensaba que no era cierto, estaba calva y enferma, pero él me llenaba de besos y con esos gestos me daba fortaleza. Siempre me esperó con paciencia a que fuera yo la que le indicara si estaba dispuesta. Esta madrugada fue muy lindo. Qué maravilla comenzar el año nuevo enamorados como dos chiquillos, felices por nuestra familia, por nuestras hijas que amamos tanto: nuestra preadolescente Julieta y nuestra pequeña chiqueada María Emilia.

También ayer —para cerrar el año— recibí otro lindo regalo, cuando íbamos a misa a dar gracias por un año más, en la radio sonó la canción “El presente” de Julieta

Venegas; me emocioné, sentí un nudo en la garganta al escucharla. Esa canción fue la que nos recibió, a mi esposo y a mí, cuando tuvimos nuestro encuentro matrimonial, donde rescatamos nuestra relación. La volvimos a escuchar, precisamente, cuando terminaba el año e íbamos a dar gracias con la familia.

El presente es lo único que tengo
el presente es lo único que hay
es contigo mi vida con quien puedo sentir
que merece la pena vivir.

Martes 3 de enero

Ayer, saliendo de la décima radioterapia, mi cuñada Minerva me mandó la invitación de los 15 años de mi sobrina Emily, con quien he convivido desde que era novia de Raúl. Me entristeció saber que probablemente no podré asistir, pues la fiesta será en viernes y tengo radios entre semana. Cuando le estaba explicando por mensaje de audio que no podría acompañarlos, pero que Raúl y las niñas sí, caí en cuenta que mi última sesión sería el martes 31 de enero y, al mismo tiempo, recordé que mi contrato como PTC comienza el miércoles 1 de febrero, una sensación de paz invadió mi cuerpo, nuevamente un mensaje divino se me manifestaba: el tratamiento terminaría justo antes de que entre en vigor mi nuevo contrato. A partir de ese momento comenzaré una nueva historia y seguramente ese día dejaré de escribir este libro, ya que el tratamiento habrá concluido.

Hoy me toca la segunda cita con el doctor Barocio en el Instituto de Cancerología, quiero decirle que me lastima mucho pasar saliva, entiendo que puede ser por la reseque-
dad de la garganta provocada por la radiación; se supone que no debo tomar cosas irritantes, cítricos y cosas calientes, pero el viernes pasado me sentí agripada y Julieta me

hizo un té con ajo, cebolla, miel y limón; además, tomé un antigripal y vitaminas, con la intención de pasar una buena fiesta de fin de año, creo que todo me irritó la garganta y ahora estoy pagando mi imprudencia. Espero que el doctor pueda recetarme algo para quitarme la molestia, apenas llevo diez sesiones de radioterapia, me preocupa que la situación se agrave y entonces no pueda comer nada.

También necesito que me informe sobre el daño que pueden ocasionar las radio en mis órganos; el consentimiento que firmé decía que hay un 20% de probabilidad de sufrir una afección cardíaca. Aunque parezca alta esta probabilidad, fumar incrementa el riesgo en un 400%, así es que, con esa comparación, el porcentaje ya no se lee tan aparatoso y me tranquiliza un poco.

A la sesión de hoy me acompañará mi papá, él no tuvo la oportunidad de hacerlo en las quimios. Todavía no entramos a la escuela, así que el día se presta para ir con calma y darme el lujo de que mi papá esté conmigo. No sé qué sentirá cuando entremos al hospital, a lo mejor tristeza, qué difícil ha de ser acompañar a una hija a que reciba un tratamiento como el mío; pero es mi papá y quiere vivir la experiencia de estar a mi lado durante esta etapa. Así que, bienvenido papi, espero que no nos toque esperar mucho, últimamente avanza rápido la fila.

Miércoles 4 de enero

Ya no tendré que raparme, resulta que el cabello que me está saliendo, a pesar de que lo siento delgadito, viene más grueso y negro. Ya puedo dejarlo crecer.

—¡Ni canas te salieron Ori! —me comentó Mayra cuando me revisó.

La más feliz con la noticia fue María Emilia, pues me insistía en que ya no me rapara, aunque le explicaba que no lo decidía yo, sino Mayra.

Por fin tendré cabello para la boda de mi amiga América, para mi cumpleaños, para cuando festejemos el cumpleaños de mi mamá y para cuando regresemos a la escuela, los estudiantes me verán sin turbante y con cabello, que feliz me hace esta noticia. Estoy dispuesta a gozar como me veo con cabello corto, mucha gente me dice que se me ve bien, entonces, para qué sufrir, mejor festejar con una sonrisa que esta etapa pasará con estilo.

Jueves 5 de enero

Aprovechando los últimos días de vacaciones, Julieta me acompañó a la sesión de radio y amenaza con regresar mañana: “Me parece bien, mi niña”, tampoco pudo estar conmigo cuando tuve las sesiones de quimio por ser menor de edad; pero ahora, en una terapia menos invasiva, tiene la oportunidad de acompañarme.

Cuando llegamos al Instituto de Cancerología le fui explicando dónde estaba cada cosa, desde un letrero en el estacionamiento que dice “¿Quieres mi lugar?” invitando a que sólo sea utilizado por quienes somos pacientes, hasta los consultorios y cubículos del personal y los especialistas. Le dije cuál era el del doctor Barocio y el lugar donde reciben las donaciones de cabello, recordándole que, seguramente, su trenza ya debía haber llegado ahí.

Tocó mi turno, pasé para quitarme la blusa, ponerme la bata y estar lista. Minutos después se escuchó la voz de la técnica que preguntaba ¡Quién sigue! Entré al área del acelerador lineal, me acosté sobre la plancha y me acomodaron según las coordenadas. Pude observar cómo, en la pantalla, aparecía mi nombre: Oriana Gaytán; también se podía leer el tratamiento,

el cual, obviamente, no entendía porque estaba lleno de claves compuestas de números y letras. Momentos después había terminado y regresaba al cuartito para ponerme mi ropa, no sin antes aplicarme la crema que me había regalado Alida para evitar que el rayo me dañe demasiado la piel.

—Lista, terminamos —le dije a Julieta.

Caminamos de la mano hasta el estacionamiento donde nos esperaba nuestra camioneta y el letrero “¿Quieres mi lugar?” No, no creo que alguien quiera nuestro lugar, y así se demuestra, el estacionamiento siempre tiene lugares disponibles y, afuera, sobre todo por las mañanas, está lleno de autos. Agradezco la cultura y empatía de la gente que reflexiona con la pregunta y respeta los espacios para pacientes.

Sábado 7 de enero

Falta poco para regresar a la escuela, con buena energía, no importa que continúen las radioterapias. Me siento bien, no me han provocado el cansancio abrumador que me dijeron. La piel del área tratada ha comenzado a cambiar de color, se ha enrojecido, pero sólo eso; sigo con mi vida normal y así quiero seguir: ir a la escuela, preparar el semestre, atender el taller integrador y acudir a las academias. Sé que no podré estar de tiempo completo porque mis tratamientos son por la tarde y antes debo de comer, así que pediré permiso para retirarme dos horas más temprano; pero de ahí en más, puedo hacer todo como una persona normal.

Ahora tengo una molestia distinta, estoy experimentando resequedad en las mucosas, al principio pensé que me estaba enfermando de gripe, pero ésta tiene que ver con escurrimiento nasal no con endurecimiento de la mucosa como me sucede. Últimamente se me forman mocos, que se vuelven duros como piedra y se quedan muy pegados; me causa ansiedad no poder respirar por la obstrucción, siento la diferencia al

jalar aire. Me la paso tratando de quitármelos, desprendiéndolos con mucho cuidado porque me duele bastante.

Lunes 9 de enero

Nuevamente me tocó hacer una larga fila en el Instituto de Cancerología para recibir el tratamiento; algunos días tengo la suerte de avanzar hasta la última sala y esperar sólo media hora para que me atiendan; otras, como hoy, me toca que la fila salga hasta el pasillo y debo esperar dos horas o más. Lo bueno es que siempre llevo algún libro, así que no tengo problema con esperar mi turno.

También suelo platicar con otras pacientes. Hoy, por ejemplo, una de ellas me comentó que sí le ha afectado el cansancio, que llega a su casa a dormir y le cuesta mucho despegarse de la cama, un cansancio enorme. Yo no siento eso, de hecho, estoy acudiendo a trabajar, es cierto que me da sueño más temprano ahora, pero me siento bien.

Hay una situación que me llama la atención y hasta me divierte un poco, cuando hay mucha gente esperando, lo primero que hacemos quienes llegamos es preguntar: “¿Saben qué está pasando?, ¿por qué hay tanta gente?”; la respuesta siempre es la misma: “Parece que se descompuso el aparato”. La primera vez que me pasó me preocupé, cuánto tiempo tardarían en repararlo, tal vez esto va a durar todo el día. Después de dos horas ya me habían atendido, parecía que sólo había una acumulación de pacientes porque, ese día, resultó más transitado de lo normal. Otro día que pasó lo mismo le pregunté a Valeria, la chica técnica en radiología que nos da el tratamiento, si el aparato se había descompuesto y ella me respondió que no, o que si en otras ocasiones había sucedido alguna descompostura y también dijo que no: “El aparato no se descompone y compone de la noche a la mañana”.

Cuando le comenté que había escuchado comentarios como: “Se descompuso en la mañana, pero ya lo arreglaron y por eso hay tanta gente en la tarde”. Valeria rio divertida.

—No, no es así, muchas veces nos retrasamos porque llega nuevo paciente y hay que hacerle nuevamente las pruebas, checar mediciones, etcétera. ¿Recuerdas que tu primera sesión fue más larga que las demás?

—Es cierto —contesté.

Pero bueno, quién soy yo para desmentir a los pacientes, siempre será más emocionante decir que el aparato se descompuso y compuso en el camino.

Miércoles 11 de enero

Es mi cumpleaños, siempre doy gracias a Dios por este día especial, y hoy no es la excepción, tengo el privilegio de cumplir cuarenta y dos años. Sigo luchando contra el cáncer, pero estoy segura de que saldré victoriosa, tengo mucho por qué y por quiénes vivir. Me puse bonita para ir a comer con mi marido: aguachile y tacos de tiburón, hasta me di permiso de tomarme una cerveza.

Mi día comenzó con una reunión de maestros en la Facultad de Economía, por el inicio del nuevo semestre. Se repartieron las academias y tomé la presidencia en una de ellas; trabajé un rato en la computadora y hasta alcancé a contestar un montón de mensajes de felicitación que me llegaron por todos los medios; todavía sigo contestando, creo que me dormiré hasta la madrugada si pretendo verlos todos. Me salí temprano del trabajo con la intención de comer con cierta tranquilidad acompañada de mi esposo; al final, no pudimos siquiera llegar al postre, miré el reloj y era tardísimo, el tiempo pasó volando, si llegábamos tarde a la radioterapia corríamos el riesgo de retrasarnos y no alcanzar a llevar a las niñas a sus actividades vespertinas; por

fortuna, con el tiempo encima, alcanzamos a cumplir con todas las actividades programadas.

Hoy me tocó la radio número quince; en mi cumpleaños, voy a mitad del tratamiento. Mejor regalo no pude haber recibido, estoy cada vez más cerca del final y eso me hace feliz. Mi esposo estuvo a mi lado, aunque casi siempre vengo sola al tratamiento, hoy me acompañó. Capturo la imagen en una foto para recordar que hace unas horas estaba en un restaurante comiendo y celebrando con él, y apenas unas horas después, en el Instituto de Cancerología, recibiendo el tratamiento que me da la esperanza de sanar.

Viernes 13 de enero

Recibí mi nombramiento de PTC de manos del rector de la Universidad de Colima, fue una ceremonia íntima y bonita, sólo estuvimos presentes las mujeres directoras y la coordinadora integrantes del presidium y las ocho personas ganadoras. Antes de comenzar la ceremonia, el personal de protocolo nos había indicado que rodearíamos la mesa en la que estábamos para recibir nuestro nombramiento, una gran mesa con forma de herradura. Si bien, sentados el rector nos quedaba muy cerca, al momento de dirigirnos al interior de la herradura había que rodear toda la mesa, en un trayecto largo. Cuando escuché mi nombre me levanté con mucha alegría y seguridad para comenzar la caminata y recoger el documento, en ese ínter, sentí que el tiempo se detuvo, estaba haciendo ese recorrido tan esperado para recibir el nombramiento que por mucho tiempo había buscado, por el que —en los últimos años— había trabajado tan intensamente, el deseado PTC.

Caminé, primero con la mirada en el horizonte, después mirando a las mujeres presentes que acompañaban al rector, mujeres a las cuales quiero y admiro, y con quie-

nes he tenido el honor de trabajar. Los últimos pasos los di viendo de frente a la máxima autoridad, quien me recibió con un saludo y una sincera sonrisa; hice lo mismo, apreté fuerte su mano, tomé mi nombramiento, saludé al presidium, me di la vuelta y me retiré. Caminaba dándoles la espalda, ya no veían mi rostro y entonces sentí como comenzaba a transformarse mi enorme sonrisa por un nudo que se apoderaba de mi garganta, tenía ganas de llorar, era demasiada la emoción contenida: “Lagrimita regrésate, no quiero hacer el ridículo, no quiero verme débil”, dije para mi interior. Logré calmarme y cuando nuevamente estuve de frente, mis emociones las tenía bajo control.

Las palabras del rector fueron precisas, definían a cabalidad mi proceso, entre otras cosas mencionó que sabía que habíamos estado trabajando muy duro para conseguir este puesto, el máximo nombramiento al que puede aspirar un profesor, y que sabía que habíamos desarrollado todas las actividades de docencia, investigación, tutorías y gestión, sin tener la certeza de que se publicaría alguna convocatoria de PTC para participar, pero con la esperanza, siempre, de obtener dicho nombramiento y que no nos cupiera la menor duda de que si estábamos ahí, era porque lo merecíamos. Había estado publicando artículos y capítulos de libro cuando estudiaba la maestría, el doctorado y después de éste, aún con los puestos directivos tan demandantes que tuve, siempre con la intención de estar preparada para concursar por el puesto en cuanto fuera posible. Al final, varios hablamos y agradecemos la oportunidad que se nos había otorgado con la seguridad de que no defraudaríamos a la institución.

Domingo 15 de enero

¡Qué día el de ayer! ¡Qué bien la pasé! Había estado indecisa entre hacer o no una fiesta por mi cumpleaños; temía no

sentirme completamente bien, entre el dolor de garganta por las quemadas de la radio, la resequedad de la nariz, la restricción de tomar licor y el gasto que genera una fiesta, lo estuve pensando durante la semana pasada. Finalmente, el lunes me decidí y comencé a hacer las invitaciones, ¿a quién invitar? son tantas las amistades que la lista era muy larga. Como siempre, decidí invitar a los más íntimos del grupo de la Facultad de Economía, a mis amigas de antaño y a dos amigas que hice cuando trabajé en el Gobierno del Estado.

Mi esposo me ofreció su apoyo con la carne y su preparación, así que decidimos hacer pepitos de carne asada con puré de papa, ensalada, salsita picosa de chile serrano y el *chucrut* a base de col que él acostumbra hacer y le queda delicioso.

Raúl decidió adelantar el asado de la carne, para sólo tener que calentarla durante la fiesta y así poder disfrutar juntos. Mientras él asaba, yo le daba una limpieza a la casa. Pusimos a enfriar las cervezas, acomodamos las sillas y mesas en la terraza. Julieta me ayudó a picar parte de la ensalada y a hacer el puré, María Emilia a poner las sillas, y ambas arreglaron sus recámaras para que lucieran bonitas en la noche, pues la comitiva de menores se entretiene en el cuarto de la tele y en las habitaciones para jugar.

Me divertí muchísimo, anduve de grupo en grupo, charlando y riendo, la cerveza sin alcohol dio batalla, con el pepito me tomé una copa de vino tinto de la botella que Milly llevó y antes acepté un *clericot* que Yunuen y Luis me ofrecieron. La comida estuvo deliciosa, felicitaron a Raúl por su gran sazón y a Julieta por su exitosa ensalada. Los últimos invitados se fueron cerca de las cuatro de la mañana.

Ahora estoy desvelada pero contenta, cómo no iba a festejar la vida después de todo lo pasado, tenía que hacerlo. Este día pienso ver televisión y descansar todo el tiempo, sólo iremos a misa por la tarde en familia.

Ayer recibí la noticia de que mi tía Chayo, de 107 años, falleció, era la última hermana de mi abuelita Tere. Ya descansa con todas sus hermanas y hermanos, eran tantos que no los conocí a todos, espero que estén contentos allá arriba, seguro hay fiesta en el cielo por su llegada. Con su partida se termina una generación de hermanos, toda una familia. Hasta siempre familia Vega Barreto.

Miércoles 18 de enero

Después de tres años por fin Julieta tiene un partido de voleibol, solía practicar ese deporte en la primaria, pero con la pandemia todo se detuvo. Durante el partido pude constatar su avance en la forma de jugar y de dominar el balón, ahora es más decidida para contestar un remate y también ha adquirido la competencia de lograr varios saques seguidos. Julieta es de las más experimentadas, recuerdo que cuando iba en primaria era la pequeñita, la más chiquita de todas, y aun así lograba uno que otro saque, y también lograba contestar alguna pelota. El tiempo pasa rápido, ya no es una bebé, es una niña y pronto será una adolescente. Se me va mi pequeña. Estoy orgullosa de verla crecer y de cómo va a adquiriendo habilidades. Ya es casi la mitad del ciclo escolar, y poco a poco, está cursando con éxito el primer año de secundaria.

Jueves 19 de enero

Este día me sucedió algo simpático, fuimos a llevar a las niñas al teatro a ver un musical y esperábamos que comenzara la función cuando María Emilia me pidió ir al baño; al regreso, dos señoras nos detuvieron:

—Oye, ese corte que traes se te ve muy bien, no a cualquiera le queda —me dijo una de ellas.

—Muchas gracias —contesté.

—¡Qué valiente! —dijo la otra.

En verdad fue algo extraño y simpático escuchar la expresión: “¡Qué valiente!” Entendí que la chica admiraba mi decisión de cortarme el cabello tan chiquito. Si supieran que no había sido decisión propia, que en condiciones normales quizás nunca me hubiera animado a cortármelo así, que lo había hecho por necesidad. Pero no iba a aclararles y quitarles la ilusión de que una mujer puede tomar la decisión de cortar su cabello como quiera. No fue mi decisión cortarlo, pero sí ha sido mi decisión portarlo con orgullo.

Esta enfermedad me hizo verme y sentirme distinta, no voy a desaprovechar la oportunidad de sentirme bien con mi peinado. Hace unos meses no tenía cabello, ahora lo he recuperado, ¿por qué me iba a sentir mal?

Soy valiente, ¡claro que soy valiente!, y más lo fui durante todo el proceso, me quedo con esa expresión, aunque ellas no sepan por lo que pasé, ¡qué valiente! Que valiente soy y que valiente somos todas y todos quienes padecemos esta enfermedad, ganado o perdiendo la batalla, siempre seremos valientes.

Viernes 20 de enero

Estoy desesperada, no me siento bien; hace tres días el doctor Barocio me diagnosticó una infección urinaria y el medicamento que me recetó en lugar de mejorarme creo que ha empeorado mi condición, tengo náuseas y mal sabor de boca, como cuando me daban las quimios, con menor intensidad, pero parecido. Me pone ansiosa no sentirme bien todavía. Entrevisté al doctor Barocio para el libro y aproveché para decirle de mi malestar, me dijo que era normal, que son efectos secundarios de la medicina. Es un antibiótico fuerte, supongo que la infección también es fuerte, son diez días de tratamiento y el medicamento lo tomo cada seis horas.

En la noche me puse a llorar, me llegó el sentimiento y me invadió el llanto. Quise escribir una carta tratando de sentirme mejor y de sacar lo negativo que traigo en mi mente. Le escribí al bebé que no pude tener el año pasado a consecuencia del embarazo ectópico, con mucho cariño y dolor me despedí de él, digo él porque lo imaginé niño, Demian, el niño que mi esposo y yo algún día soñamos cuando éramos novios. El *Demian* de Hermann Hesse, recuerdo que a los dos nos gustaba ese libro y fantaseábamos con casarnos y tener nuestros hijos, siempre creímos que tendríamos un niño y estábamos de acuerdo en que se llamaría Demian. Dios nos concedió dos preciosas hijas: Julieta y María Emilia, pero el niño nunca llegó. Fue un momento bonito, le hablé a mi hijo quien me llenó por un instante de ilusión y de amor, que luego se desvaneció dejándome sola. Tenía pendiente escribirle algo, necesitaba esa catarsis de despedida, así que aproveché mi sentir en ese momento para hacerlo.

Llegaron mis hijas, notan mi tristeza y me abrazan, preocupadas me preguntan qué tengo y respondo que estoy un poco desesperada porque todavía me siento mal, no les dije nada de la carta. Ellas son conscientes de que recargan mis pilas con sus maravillosos y cariñosos abrazos, llenan mi tanquecito de amor.

Martes 24 de enero

Ahora sí no estoy sintiendo lo duro, sino lo tupido, la radiación ya está haciendo estragos. Me arde y duelen el pecho y la axila, el pezón se ha enrojecido y tiene una pequeña herida, como si me hubiera cortado, parece que por la resequedad se está fisurando. Recibí la radio número veintitrés, me faltan siete. Entiendo que las últimas cinco ya no abarcarán el área de la axila, serán directas en la zona donde apareció el tumor,

por eso me preocupa el pezón, pues si ya está así, ¿cuánto más sufrirá con las radios que restan?

Ni la crema ni la sábila que me dio mi mamá están sirviendo mucho, claro que si no me hubiera puesto nada seguramente estaría peor. Ayer Marcela —una de las tantas pacientes que esperaba turno, igual que yo— me decía que no se está poniendo nada y que ya le está ardiendo la zona donde recibe la radio, con mi dolor pensé en ella, ojalá que comience a aplicarse algo que le ayude a no sufrir tanto el ardor. Yo me estoy aplicando la crema, por sugerencia de las chicas que nos atienden, inmediatamente después de la radio, en la noche antes de dormir y en la mañana; los fines de semana aplico sábila. No quiero suspender la radio por la piel quemada, he sabido que cuando eso sucede, dejan descansar a la paciente algunos días; pero ya quiero terminar. Necesito ayudarle a mi piel a recuperarse.

Viernes 27 de enero

Por fin las últimas cinco radios, éstas serán diferentes, ya no abarcarán desde el pecho hasta la axila izquierda; es decir, desde el lugar donde se extrajo el ganglio centinela hasta la zona donde apareció la bolita, ahora solamente las dirigirán donde apareció el tumor, exactamente apuntando a la cicatriz de la operación; desde ayer el doctor en turno dibujó un rectángulo alrededor de esa zona y realizó pruebas y mediciones con el acelerador lineal.

Ya no es solamente el brazo llamado Gantri el que está presente cuando se lanza el rayo, para dirigirlo a la cicatriz y no abarque ninguna otra área le anexaron un soporte que se llama portacharola y otro aditamento que tiene la forma de un cilindro largo, llamado cono, que queda apuntando directamente a la zona que recibirá la radiación. Ahora el Gantri no queda a medio metro de mí, como en las otras

sesiones, sino que queda super pegadito debido al cono; además, me ponen encima de la piel un trapo húmedo, que tiene como cometido que tenga mayor efecto la radiación. Eso fue lo que me explicó Valeria.

Debido a que la zona que me tratan ya sólo es una, la máquina emite radiación una vez, en lugar de las cuatro de antes. El Gantri ya no cambia de lugar ni se mueve como en las otras sesiones, ahora solamente escucho un pitido que dura como medio minuto y después nada, el silencio, y termina la sesión.

Se tardan más en acomodarme para que quede bien alineada y en colocar todos los instrumentos, que lo que dura la máquina emitiendo la radiación. Qué bueno que estas últimas radios son distintas, espero que el fin de semana me sirva para recuperarme. Voy a ayudarle a mi piel con la sábila de mi madre.

Lunes 30 de enero

Aunque me puse sábila todo el fin de semana no sentí mejoría en la piel, incluso creo que está peor que nunca, ahora presenta un color rojo intenso, quemado, y la que se encuentra alrededor de la axila se ha puesto más oscura. Al interior de la axila se observa algo de piel clara, creo que la quemada se desprendió y se puede ver piel nueva detrás de la afectada. Me pregunto si eso también me sucederá en el pecho, el área que me arde más es esa, como hace unos días me ardía la de la axila, creo que es parte del proceso de curación: después de que arde como brasa, se apaga, comienza a caerse y sale la nueva piel. Estoy lista para lo que venga, no me asusta mudar de piel, creo que es lo mejor, que se vaya la piel dañada y que venga la nueva.

Mi pezón está secretando líquido por la fisura que se le hizo a causa de la resequedad. Ya falta poco, hoy recibí

la segunda radio de la cuenta regresiva con este nuevo método, ya sólo quedan tres y, luego, la recuperación. Ahora que tendré mi última cita con el doctor Barocio le preguntaré cuándo podré volver a ir a la playa, hacer una caminata o carrera, sin que el sol me haga daño; supongo que la piel tardará un tiempo en recuperarse.

Mi mamá me comentó que me veía ojerosa, y tiene razón, he estado trabajando y haciendo mi vida lo más normal posible, me levanto temprano y me duermo tarde, no paro en todo el día, me salgo del trabajo corriendo para alcanzar a comer y estar lista para ir a la radioterapia; la mayoría de las veces no alcanzo ni a estirar los pies para seguir la jornada vespertina, que es llevar a María Emilia al fútbol y a Julieta al voleibol; auxiliar a las niñas a hacer tareas y estudiar para los exámenes, precisamente desde la semana pasada Julieta está en exámenes, trato de motivarla para que estudie sola y se haga responsable, pero siempre le surgen dudas o le pido que me explique a ver si realmente comprendió los temas.

Por ejemplo, ahora escribo estas líneas en el auto, aprovechando el tiempo mientras María Emilia está en su clase de fútbol. Así es la vida de mamá, aunque una esté enferma, la vida sigue; además, ya no me quiero sentir enferma, ahora estoy en tratamiento preventivo y no me volveré a enfermar, haré todo para salir adelante y seguir con mi vida, aún a costa de las ojeras de las que habla mi mamá.

Miércoles 1 de febrero

Mi mamá me acompañó a la radiación, también lo hará mañana que es mi última sesión. Ya quiero que se acabe. Nos tocó un día con poca afluencia de pacientes, tranquilo, pasamos directo a la última salita para esperar turno; ahí me encontré a Marcela,

quien se encuentra sufriendo las quemaduras de las últimas radios; ya le regalaron sábila, pude ver que otra paciente le llevó una penca para que se pusiera de manera inmediata; también saludé a otra paciente con quien platiqué cuando comenzaba el tratamiento, ella —al ser de piel blanca— ha sufrido mucho más que yo, tiene toda el área muy lastimada, se le nota en el cuello y el dorso la piel enrojecida, como si trajera una brasa, o como coloquialmente decimos: “Se le ve la piel en carne viva”, muy impresionante. Me dijo que ya no aguantaba y que verá si le pueden posponer las últimas radios, ya sólo le quedan dos o tres; pensé que sería mejor terminar el tratamiento y buscar recuperarse luego, pero no lo sé, no estoy en sus zapatos; ya le dirá el médico qué es mejor para ella, al parecer mañana tiene consulta.

Jueves 2 de febrero

Acabo de regresar de mi última cita con el doctor Barocio, ya le pregunté cuándo podré ir a la playa y me contestó que en tres semanas.

—¿Está seguro? —le dije, sorprendida— veo mi piel muy quemada.

—Sí, la quemadura que tiene es de segundo grado, entonces la recuperación no será tan tardada.

No pienso ir a la playa en tres semanas, pero me sorprendió que pudiera ser tan pronto, yo supuse que me respondería que en tres meses o algo así. También le pregunté si podría ir pronto al Nevado de Colima, quiero subirlo para festejar que estoy bien, me comentó que podría hacerlo por etapas, primero caminar hasta cierto nivel y en otra excursión llegar a la cima, no es tanto por el sol, sino por la respiración; mi pulmón izquierdo quedó resentido por las radiaciones y tiene un poco de fibrosis, entonces en una altura de más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar se podría dificultar la respiración.

Examinó mi pezón, el área de la axila y el pecho, me sugirió sulfadiazina de plata, una crema que, aparte de calmar el ardor, regenera la piel y contiene un componente para evitar que la quemada se infecte; también me recetó Ibuprofeno para desinflamar la zona radiada y para el dolor. Cuando me preguntó si tenía problemas para respirar le dije que de repente me dolía la parte posterior de la espalda, del lado izquierdo, justo donde está el pulmón, ¿no será que traigo algo por ahí?

—El dolor tiene que ver con la operación.

—¿La operación?, pero si ya hace mucho que me operaron.

—Lo que sucede es que, al haber retirado parte de tu pecho, tu postura se desequilibra porque hay más peso en el pecho derecho que en el izquierdo.

Es lógico, me quedé con una prótesis en un pecho y en el otro no; pues sí, está desequilibrada mi postura y por eso el dolor en la espalda. Para aminorarlo, me sugirió que me pusiera un lienzo calentito en el lugar de la molestia, además de que el ibuprofeno también servirá para el malestar de esa zona. Yo había estado tan preocupada por ese dolorcito, primero pensando que pudiera ser el riñón izquierdo, luego un daño en el pulmón por la radio, por suerte resultó que es porque tengo el tratamiento de prótesis incompleto. Saberlo me quita una preocupación de encima.

Ya me iba muy contenta a mi camioneta cuando observé en el resumen que me entregó el doctor Barocio para entregárselo al oncólogo del seguro que decía: *Diagnóstico: [C50.9] Tumor maligno de la mama, parte no especificada. Tumores malignos de los órganos genitales femeninos (Confirmado)*. Regresé inmediatamente al consultorio, ¿cómo que tumores en órganos genitales!? ¿En qué momento salió eso? Seguramente era un error y era mejor aclararlo de una vez. El doctor me explicó que el diagnóstico correspondía a

una clasificación internacional que daba el sistema, así lo catalogaba, debido a que el tumor había aparecido en la mama. Todo estaba bien, añadí, pero no entiendo por qué juntan las mamas con los órganos genitales femeninos. Resulta que así es la clasificación a nivel internacional, no hay más, y no se corrigió nada. Lo importante fue que me confirmó que en mis órganos genitales no tengo nada malo. ¡Qué susto me llevé!

Por cierto, la noticia agradable es mi peso de 59.5 kilos, no había regresado a ese peso desde hace seis años, cuando nació María Emilia, y lo mejor es que no adelgacé por el cáncer, de manera directa, sino por la alimentación, que ahora es más cuidada y sana. Dos meses de estar alimentándome así y estoy viendo los resultados en mi cuerpo. Realmente no me importa mucho estar más flaca o más gorda, simplemente quiero estar sana; pero admito que fue una grata sorpresa para mí.

Hoy tuve la última radio, ¡terminé este proceso! Ahora tendré más tiempo para organizar mis actividades. A partir de mañana ya no tendré que salir corriendo de la escuela para ir a comer y luego hacer fila para que me den el tratamiento. Hoy se termina y espero nunca volver a él. Para cerrar esta etapa publiqué:

Hoy terminamos las radioterapias, la piel sufrió, pero está en vías de recuperación, gracias a Dios comienzo este semestre sin estar entre el hospital y la facultad. De aquí para adelante con toda la actitud.

La recuperación

Viernes 4 de febrero

Ayer terminé el día enfiestada: “Si ya me conocen, para qué me invitan, jajaja”. Me fui a cenar con varias maestras de la Facultad de Economía para festejar el inicio de los nombramientos de PTC. Fue una noche agradable, celebramos también el fin de las radios.

Hoy terminé de comer y me pude acostar a ver televisión un rato, alcancé a estirar los pies y descansar, ya no hay más tratamientos. Más tarde, me puse a arreglar la casa, mi familia vendrá en un rato a cenar tamales para festejar el Día de la Candelaria, la mayoría de los Niños Dios salieron en nuestra familia cuando cortamos la rosca, así que ofrecimos poner los tamales, como comúnmente decimos: pagar la tamaliza. Fue un día distinto: no hubo prisas, pude estar en paz.

Por supuesto que continúan los chequeos, tengo que llevar el resumen al doctor Cásarez, pero lo haré la semana que viene, con calma. Hoy sólo quiero descansar y disfrutar a mi familia.

Lunes 7 de febrero

El sábado se terminó de caer toda la piel quemada del pezón, apareció una piel rosita y suave; también la piel de la axila va mejor; sin embargo, la que se encuentra alrededor está marchita, seguro se caerá posteriormente. La piel de todo el pecho está oscura, ya no es roja sino café, al parecer lo quemado está cediendo, se está apagando. A veces todavía me molesta, hoy, por ejemplo, me despertó un ardorcito, creo que fue porque ayer en la noche no me puse la crema con sulfadiazina de plata, usé la que me sobró de cuando me radiaban, pensé que sería bueno combinarlas, pero creo que no fue buena idea.

Domingo 12 de febrero

Por la mañana participamos Claudia, Ciria, Julieta y yo en un bicipaseo organizado por el Ayuntamiento de Villa de Álvarez, a propósito de las fiestas charro-aurinas. Como le presté mi bicicleta a mi hija Julieta, usé la de Raúl, Ciria llegó con una bici que hacía semanas me había ofrecido en venta y Claudia con una que había comprado recientemente. Durante el recorrido, Ciria se percató que tenía dificultades con la bici de mi marido, pues me quedaba muy alta, así que me la cambió para que me fuera más cómoda, ella es más alta y le quedaba mejor.

Cumplimos el recorrido y me sentí feliz montada en la bicicleta, actividad que disfruto desde pequeña. No me gusta tanto correr o caminar como me gusta andar en bici, le comenté eso a mis exvecinas durante el bicipaseo; entonces Ciria me dijo que hay un grupo de personas que ruedan

todos los jueves por la noche, que deberíamos incluirnos; automáticamente aceptamos unirnos a esas rodadas nocturnas. Estoy lista para el jueves que viene, Julieta también se apuntó al grupo; no sé si la llevaré, la verdad no quiero usar la bici de Raúl, quiero irme en mi bicicleta y disfrutar del recorrido.

Jueves 16 de febrero

Me hice un tiempo para llevarle el resumen del doctor Barocio del Instituto de Cancerología al doctor Cásarez al IMSS, la verdad no lo hice antes porque éste último me pidió que lo fuera a ver dos meses después de terminadas las sesiones de radio; sin embargo, traía el pendiente de llevar ese expediente al seguro, así que decidí no esperar más, aprovechando que tengo que regresar a la facultad por la tarde y me queda relativamente cerca la clínica del IMSS.

—Oiga, parece que nunca tuvo nada, se ve muy bien, ya hasta cabello tiene —me dijo el doctor Cásarez.

—Sí, al que no le ha salido es a mi marido —el doctor soltó una carcajada—, durante todo el tiempo que estuve pelona se estuvo rasurando la cabeza como apoyo y ahora que ya se dejó crecer el cabello, no le sale igual.

Es verdad, mi esposo ha sufrido para que le salga nuevamente el cabello como lo tenía, no entendemos por qué, ahora le sale más escaso y no le gusta como se ve. Le digo que no se preocupe, que le dé tiempo, seguramente crecerá y volverá a estar como antes; sin embargo, hace unos días se volvió a rapar y a afeitar la cabeza, pues considera que se ve mejor pelón que con el cabello escaso. Las niñas no piensan lo mismo, sobre todo María Emilia, y le insiste en que lo deje crecer nuevamente.

El doctor me dijo que me volverá a checar en tres meses; para entonces, me mandará hacer todos los exámenes

que necesita para evaluar mi recuperación. Al final me despedí con un abrazo muy fuerte, la verdad me dio mucho gusto verlo y creo que a él también le dio gusto verme bien, supongo que contribuir en salvar una vida debe darle felicidad.

—Cuídate —me dijo.

Llegué a casa a platicarle a mi esposo como me había ido y que la próxima consulta será en tres meses, el 16 de mayo.

—¡El día de mi cumpleaños! —comentó sorprendido.

Cierto, no me había percatado que caerá en el cumpleaños de mi marido, había pensado que era bueno que no cayó el día de las madres, pero olvidé que era el aniversario de Raúl. ¿Será que todavía traigo cerebro químico? En fin, espero salir bien para ese entonces, yo confío que sí, vibraré en lo positivo.

Por cierto, no pudimos ir a rodar este jueves porque sentí que me iba a dar gripe y no me quise arriesgar, tengo senderismo el sábado con integrantes de la Asociación Colimense de Universitarias, a La Cumbre, y he esperado ese recorrido hace mucho tiempo, ya que no voy a ese lugar desde que tenía doce años; además invité a mi mamá a ir conmigo, es un paseo que quiero disfrutar. Así que prefiero esperar hasta el próximo jueves para volver a ir a rodar.

Viernes 17 de febrero

Acudimos al dentista para que a Julieta le extrajeran las últimas dos muelas de leche que le quedaban, nunca se cayeron y necesitamos que las muelas permanentes bajen para iniciar su tratamiento de ortodoncia. La cita comenzó abriendo el expediente de Julieta, y sucedió algo que no vi venir: “¿Padece de alergias?” “¿Alguna enfermedad crónica?” “¿Alguna operación?” A todas contestábamos que no porque, gracias a Dios, Julieta es muy sana; sin embargo, nos acercamos a la

sección: “¿Algún familiar directo con diabetes?” “No”, porque si bien mi abuelita y casi toda la familia directa de mi mamá ha sufrido de diabetes, mi madre, que es mi familiar directo, no tiene. “¿Algún familiar hipertenso?” Ahí la respuesta siempre ha sido positiva: “Sí, mi papá”. “¿Padecimiento del corazón?” Sí, mi papá. Y de repente:

—¿Algún familiar con cáncer?

—Sí, yo.

En ese momento me percaté que, de ahora en adelante, ese antecedente se sumaba a la lista de padecimientos de la familia y de los familiares directos de mis hijas. Me sentí triste, quedé pensativa, no me gustó el hecho de que sí hay un antecedente de cáncer, y que ese antecedente soy yo. Fue un día extraño para mí, un día que me recordó que tendré que vivir con la sombra de esta enfermedad los años que me resten, pero también, que es una enfermedad que estará presente de ahora en adelante en el expediente clínico de nuestras hijas.

Domingo 5 de marzo

Ya van varias veces que me pasa, no sólo con mujeres sino también con hombres, no con mis amigas o amigos sino con personas que han seguido mi caso por redes sociales, que cuando me ven me preguntan: “¿Te puedo dar un abrazo?” Entonces siento un apapacho fuerte, sincero, lleno de esperanza. Normalmente me comentan que me ven muy bien, que me veo muy recuperada y que se alegran de verme así, por ello tienen la necesidad de expresarme su emoción y alegría a través de un abrazo.

Es bonito sentir esas muestras de cariño de personas con las que no convivo cotidianamente, pero que en algún momento supieron de mi caso y oraron por mi salud, que estuvieron al pendiente y me echaron porras a través de algún

mensajito. Ahora me las encuentro en la calle, en el trabajo, en un restaurante, en misa, como me sucedió hoy, y me hacen esa hermosa pregunta: “¿Te puedo dar un abrazo?” “Sí, claro que puedes”; también a mí me gustaría abrazar a una persona que pasó lo mismo que yo, espero no tener que hacerlo, en señal de que ya no hay más casos de cáncer, pero tristemente la realidad no es así, por eso si me encuentro con alguna de las tantas chicas que estuvieron conmigo en quimio o en radio, y las veo en la calle, me encantará pedirles permiso para abrazarlas, y lo haré con mucho amor, con el mismo gusto y alegría con el que la gente me abraza hoy.

Lunes 13 de marzo

El fin de semana fue caótico y lleno de aventuras, desde el viernes salimos super temprano rumbo a Morelia, a la boda de mi amiga América, teníamos que estar allá un día antes para probarme el vestido que íbamos a usar las madrinas y que me lo ajustaran. El problema fueron los zapatos de tacón alto —o zapatillas, como comúnmente les decimos en México— que me prestó mi mamá, en el camino se deshicieron por falta de uso; así que por la tarde fui al centro de Morelia a comprarme unas. Al día siguiente, el maquillaje, el peinado no fue necesario por mi cabello corto, con un poco de gel y un acomodo con las manos y queda bien. Luego a comer e irme a la sesión de fotos, América tenía todo planeado para hacer fotos con las madrinas desde el lugar donde nos vestimos, hasta la boda.

La boda estuvo muy linda, fue mi primera fiesta grande después de la enfermedad y la gocé mucho. En la fiesta saludé a mi amiga Alejandra, de quien hablé al principio de este libro, a quien le ha regresado el cáncer que la había aquejado hace siete años. Ya lleva un año de que le regresó, los doctores le han dicho que haga su vida normal, pues

operarla ahora es muy riesgoso; en este momento su calidad de vida es buena, entonces, la operación se decidirá cuando el cáncer comience a manifestarse en su cuerpo. Me dio gusto verla bien y feliz, hasta echándose unos mezcales.

Se llegó el domingo y con ello el regreso a Colima, desayunamos y emprendimos el regreso con la intención de llegar por la tarde a casa, para arreglar mochilas, dejar los uniformes listos y descansar, pues al día siguiente había que ir a la escuela. Poco antes de entrar a Colima nos tocó transitar un tramo de carretera recientemente inaugurado, es un paisaje bonito, con grandes puentes de alta ingeniería. Disfrutábamos la vista cuando escuchamos un sonido seco, al parecer algo había golpeado en la parte inferior del auto, automáticamente me fijé por el retrovisor para ver qué era, pero no logré distinguir nada. Seguimos nuestro camino y comenzamos a percibir olor a gasolina, el tablero no marcaba ninguna falla; creímos que el camión que iba delante de nosotros era el que emitía el olor a combustible, lo rebasé, pero el olor seguía. Llegamos a la última caseta de cobro y mientras hacíamos fila para pagar, mi esposo se bajó para buscar algún daño, nada; entonces, un señor desde su carro, en otro carril, nos gritó.

—¡Acá atrás!, su camioneta está tirando gasolina.

Raúl dio la vuelta al auto y observó el chorro de gasolina saliendo a raudales. Pagué y me estacioné. Nos bajamos de prisa y nos alejamos del vehículo. Antes, observé la aguja del tablero y seguía sin moverse, la camioneta seguía sin marcar que estaba perdiendo gasolina.

Fue toda una odisea. Gracias a Dios tomamos la mejor decisión: bajarnos y ponernos en un lugar seguro, dejar que la camioneta se vaciara y hablar para que una grúa viniera por ella. Cuando Raúl fue a pedir apoyo a la caseta de cobro, un señor que tenía un puesto de comida me comentó:

—Tienen derecho al seguro de la autopista, esto le pasó en la autopista, así que está asegurada.

Así lo hicimos, cancelamos la grúa que habíamos pedido a nuestro seguro y subimos el incidente de nivel: en lugar de ser un auxilio vial, lo reportamos como siniestro, entonces llegó el seguro de nuestro carro y el seguro de la autopista y se determinó que, como el incidente sucedió por un objeto tirado en la vía, nunca supimos qué fue, el seguro de la autopista tenía que responder. Respiré, me imaginaba el cuentonón por haber roto el tanque de la gasolina.

Estuvimos varados en la caseta hasta las once de la noche, cuando llegó la grúa. Mi cuñado Alfonso, esposo de Milly, fue por las niñas y se las llevó a su casa; previendo la situación, pasaron a casa por sus mochilas y uniformes; se bañaron en casa de los tíos, cenaron, se durmieron; al día siguiente, las llevaron al colegio. Nosotros llegamos a casa después de la media noche.

Qué peligro corrimos y qué suerte tuvimos. Todo el año luchando contra una enfermedad mortal para terminar calcinada con mi familia por un accidente en carretera, ¡qué barbaridad! Ya no quiero pensar en eso; no podía dormir imaginando la fatalidad que nos pudo haber ocurrido.

Esta es la vida, así de inesperada e incierta; por ello hay que dar gracias siempre de estar vivos, y sobre todo vivir felices. No sabemos cuándo será nuestro último día. Hoy estamos mañana quien sabe, hay que vivir el presente, valorar lo que tenemos y dar gracias por ello.

Viernes 17 de marzo

No cabe duda de que el tiempo lo cura todo, en mi caso ha curado las heridas dejadas por la quimio y la radio. No puedo decir que ya no siento nada o que ya estoy totalmente recuperada, creo que nunca estaré como antes, mi brazo

izquierdo ya no se mueve igual, si lo trato de estirar con fuerza me duele el área que fue intervenida. Mi brazo derecho se ha recuperado por completo, lo puedo mover sin problema, sólo tiene una manchita en el área afectada por la quimio derramada, una sombra apenas de lo que fue aquel incidente de extravasación.

Estoy haciendo ejercicio, ciclos acelerados en la bici, moviendo mi cuerpo hacia adelante y hacia atrás y usando mancuernillas para fortalecer los brazos; todos los jueves voy a rodar con Claudia y Ciria en el grupo de Azteca Bike, ayer volvimos a hacerlo. Con el tiempo estoy retornando mi vida a la normalidad, ahora escribo un artículo de economía circular en la región centro occidente de México, he tenido la oportunidad de ser conferencista magistral en un evento que organizó mi universidad y sigo coordinando uno de los posgrados de la Facultad de Economía, pues ahora que soy PTC sólo me quedé con uno de los tres que tenía a mi cargo: el doctorado en Relaciones Transpacificas.

Domingo 26 de marzo

“Sólo voy a decir que doy fe de que mi esposa está curada”, fueron las palabras de Raúl al terminar el reto que hicimos hoy de *Colima Bike*. No sabía cómo ni cuándo terminaría este anecdotario, pero hoy será la última experiencia que les comparta, porque me llena de orgullo e inaugura mi nueva forma de vida.

Hoy realicé el esfuerzo deportivo más grande de mi vida, una rodada de 50 kilómetros; resistí subidas, bajadas, polvo, sed y sol. Me lo habían advertido, una rodada eterna sobre terracería; no era una parte de la rodada, era toda la rodada sobre terracería. Al principio comenzamos bien, felices por la carretera rumbo a la comunidad de El Chical; de repente, el grupo giró para tomar un camino lleno de polvo

y piedras, la mayoría con gran velocidad y emoción. Ciria, Claudia, Raúl y yo, también le metimos al pedaleo para no quedarnos atrás, nos encontramos dentro de una nube de polvo que se había levantado, no había marcha atrás, había que seguirle; las piedritas y el polvo nos brincaban a la cara, yo llevaba unos lentes para el sol, que me estaban protegiendo para que no me fuera a entrar una piedrita a los ojos. Por fin llegamos a El Chical, llevábamos diez kilómetros según el reloj de Ciria. En la comunidad había un punto de hidratación con agua y fruta.

Habíamos cargado energía, y ahora entendíamos como sería toda la rodada, habíamos pasado la primera prueba, teníamos que seguirle. Avanzamos con rumbo a La Esperanza, en el horizonte apareció una enorme subida, me bajé de la bici en los últimos treinta metros, ya no pude pedalear más, por más que aflojé las velocidades de la bicicleta, el cuerpo ya no respondió. Mi esposo llegó a la cima sin bajarse, pero nuestras exvecinas corrieron la misma suerte que yo. Finalmente, al subir, nos esperaba un letrado: “Nos vemos abajo, cuidado con los dientes”. Por el lado izquierdo me rebasaban ciclistas intrépidos a toda velocidad, yo soltaba los frenos de mi bicicleta, pero ésta comenzaba a tomar velocidad y me daba miedo, entonces volvía a apretar los frenos para no irme de boca. Fue una experiencia traumatizante, sentía como mi cuerpo rebotaba; me tenía que agarrar hasta del aire para no derrapar en alguna curva. Llevaba las manos muy tensas y pensaba que mi brazo estaba sufriendo en demasía. ¿Y qué tal si por el esfuerzo y los rebotes se me hace una linfedema? ¿Qué podía hacer?, ¿bajarme de la bici y quedarme a medio cerro?, ¿detenerme y estorbarles a quienes bajaban? Observaba a mi marido luchando también contra la velocidad, sabía que las exvecinas venían detrás de nosotros. Todos concentrados en no caer;

ahora sí que como decía el letrero: tratando de conservar los dientes.

Por fin terminamos de bajar, recorrimos un poco más de brecha y llegamos a la segunda parada. Ahí nos volvimos a hidratar y a comer fruta; esta vez había agua con suero. Mientras me comía media barra energética que había comprado especialmente para este día y todo el gel energético que traía, escuché a un ciclista comentar:

—Ya estamos a la mitad, en este punto es lo mismo regresar que seguir.

Pensé, “ni loca me regreso por donde vine”. Él comentó que habíamos hecho la parte más bonita del camino, que en adelante ya no le gustaba tanto el trayecto. No entendí sus palabras hasta que sufrí la siguiente parte de la carrera.

Me sentía como cruzando el desierto en bicicleta, para entonces ya habían trascurrido más de dos horas. Nos encontrábamos en un camino de terracería que se veía infinito y sin sombra alguna donde refugiarnos. Antes, había sido verde y frondoso, ahora había cambiado la situación y la rodada se sentía muy pesada con el rayo del sol. Después de avanzar por media hora más, ya no podía, les tuve que gritar a Claudia, Ciria y Raúl, que se detuvieran porque necesitaba tomar agua; me deshidrataba, pero sólo me quedaba la mitad de la botella, tampoco podía tomar tanta agua. El reloj de Ciria marcaba que llevábamos 35 kilómetros. Un poco más adelante encontramos otro puesto de hidratación, estaba debajo de uno de los pocos arbolitos que había. ¡Gracias Dios! Ya estaba a punto de secarme, el agua no me estaba sirviendo para nada. Me bajé de la bici y vi una deliciosa bebida hidratante color azul en el fondo de una hielera, sin pensarlo dos veces me la empiné como si estuviera en un concurso; me volvió el alma al cuerpo y, con ello, las ganas de seguir, finalmente ya estábamos cerca de la meta.

Seguimos rodando por esos caminos de sol, a veces nos rebasaba uno que otro ciclista. Nosotros seguíamos con la estrategia de ir los cuatro juntos y a nuestro paso. Fueron diez kilómetros más los que recorrimos bajo ese desierto, los relojes marcaban que llevábamos 45 kilómetros, me emocionaba saber que faltaba poco; sin embargo, me desconcertaba la perspectiva con la que veía los volcanes de Colima, los observaba de un costado, y esa posición no me era familiar, pues desde Villa de Álvarez, el lugar de llegada, los volcanes se observan de frente. Probablemente, en un momento saldremos de la brecha, tomaremos carretera y llegaremos a la meta.

Un puesto de hidratación más, seguramente el último, había que aprovechar para preguntar cómo íbamos. No puedo describir nuestra sorpresa cuando nos dijeron que faltaban como 17 kilómetros ¿Cómo que 17, si los relojes nos marcan que llevábamos 45 y este reto era de 50? volteé a ver a mis exvecinas y a mi marido, ya no sabíamos si reír o llorar. Había camioneta de arrastre, podíamos tomarla y salir de la situación, la verdad no me sentía tan cansada, es decir, no estaba desfalleciendo en ese momento, el puesto de hidratación, una vez más, me había ayudado a seguir adelante. Pues a darle, no pensaba darme por vencida a estas alturas.

Seguimos avanzando por el camino de terracería, salimos un momento a la carretera, pero después volvimos a la terracería. Eran casi las dos de la tarde y seguíamos rodando; las niñas y mis papás nos habían llamado varias veces, habíamos acordado ir a misa en familia a la una de la tarde. Ya a punto de tirar la toalla, desconsolada, frustrada, desesperada, tomé una curva y me sorprendí al ver que la brecha se acababa y comenzaba la carretera. No lo podía creer, por fin pavimento. Ahora sí, los volcanes se veían frente a nosotros, desde un ángulo conocido, ahora sí ya estábamos muy

cerca y nos fue posible reponernos en el último puesto de hidratación.

No puedo negar que cuando iba llegando a la meta se me llenaron los ojos de lágrimas, no podía creer lo que acababa de hacer, no podía creer que hace algunos meses había estado luchando por mi vida y ahora había rodado más de 50 kilómetros. Traté de tranquilizarme, no quería ser la única llorona de la carrera, pues todos llegaban como si nada, como si esto hubiera sido un paseo.

Pasamos del cansancio extremo a la alegría de haber terminado el reto y al agradecimiento, cuando los organizadores nos recibieron con una birria calentita y una Coca-Cola bien fría. A comer se ha dicho: carne, frijoles con manteca, tortillitas calientes, cebolla, cilantro y limón. Después de comer y descansar un poco, nos tomamos una foto con el *dream team* que habíamos formado Ciria, Claudia, mi marido y yo. Después de la foto mi marido exclamó:

—¡Sólo voy a decir que: doy fe de que mi esposa está curada!

Sí, estoy curada, completa, viva; de aquí para adelante nadie me baja de este tren. He recuperado la salud más pronto de lo que pensé, no miraré hacia atrás, voy derecho y no me quito; que vengan más retos deportivos, más retos académicos. Trabajaré para tener salud, porque con salud todo se puede. Mi esposo, mis hijas, mis padres y toda mi familia están conmigo, mis amigas y amigos están pendientes de mí ¿qué me falta? Nada, lo tengo todo y lo pienso disfrutar hasta que Dios me preste vida. Así sea.

Y todo por una bolita. Mi historia frente al cáncer de mama, por Oriana Zaret Gaytán Gómez, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. La edición se terminó en octubre de 2023. En la composición tipográfica se utilizó la familia Georgia. El tamaño del libro es de 21 cm de alto por 14 cm de ancho. Programa Editorial: Eréndira Cortés. Gestión Administrativa: Inés Sandoval Venegas. Diseño de portada: Shackty Griseld Baltazar Villegas. Diseño de interiores y cuidado de la edición: Myriam Cruz Calvario.

En este libro narro mi historia, mi experiencia para afrontar una de las batallas más grandes de mi vida: el diagnóstico que da cuenta de una enfermedad mortal. Tuve que detenerme, dejar de planear, pedir ayuda y dejarme abrazar; en otras palabras, abrimme a la vida y a la esperanza de sanar y recuperar lo que hasta ahora tenía. No lo hice sola, lo logré con el apoyo de mi familia, de mis amistades y de una comunidad a mi alrededor que desconocía. La presencia de la medicina moderna hizo su parte, pero yo también hice la mía, con fe y con la certeza de que todo pasaría positivamente. Esta es la forma como enfrenté una enfermedad que me dejó, sobre todo y a pesar de todo, grandes enseñanzas: el cáncer de mama.



Oriana Zaret Gaytán Gómez. Doctora en ciencias sociales por el Colegio de Michoacán. Ha sido distinguida con el Premio “Peña Colorada”, el Premio Estatal de la Juventud 2004 “Prof. Gustavo Alberto Vázquez Montes” en la categoría AA (por trayectoria académica) y la Presea “Rafaela Suárez” que otorga el H. Congreso del Estado de Colima por trayectoria en la investigación. Es candidata en el Sistema Nacional de Investigadores. Actualmente se desempeña como profesora-investigadora de tiempo completo y coordinadora del doctorado en relaciones transpacíficas en la Facultad de Economía de la Universidad de Colima. Sus líneas de investigación son: economía social, cooperativismo y economía circular.



UNIVERSIDAD DE COLIMA